



PEDRO PUJANTE
**HIJOS
DE UN DIOS
EXTRAÑO**

**HISTORIAS INSÓLITAS EN LAS QUE
NADA ES LO QUE PARECE**

Chiado Editorial

Hijos De Un Dios Extraño

By Pedro Pujante

Published by Chiado Editora at Smashwords

Copyright 2012 Pedro Pujante

Copyright 2012 Chiado Editora

Smashwords Edition, License Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy.

Thank you for respecting the hard work of this author.

* * *

Prólogo

Hijos de un Dios Extraño es un conjunto de relatos creado por Pedro Pujante para, no sólo disfrutar del simple placer de contar historias, sino tratar una serie de temas que a mí me parecen realmente trascendentes. Con una prosa absolutamente poética – hay muchos fragmentos de la obra en los que uno siente estar disfrutando de la lectura de un verdadero poemario – Pedro nos lleva a experimentar una serie infinita de sentimientos, nos sumerge en un Universo de dudas y trata una serie de temas que aparecen en casi todos los relatos y que no han de pasar desapercibidos para el amante de la buena literatura. La muerte, sempiterna compañera de la mayor parte de los protagonistas; el amor, como motor que mueve nuestras vidas o la pérdida, a la que tanto tememos. La soledad, la tristeza o el día como simple premonición de que ha de llegar la noche, son conceptos que Pedro Pujante trata magistralmente en un conjunto de cuentos, muchos de ellos con final sorprendente, con una prosa elaborada, precisa y hermosa. La propia existencia, ¿es real esto que vivimos y que llamamos vida? o las reflexiones del autor sobre la vida y la muerte, impregnan este conjunto de relatos en el que Pedro no se muestra sólo como un contador de historias, sino a mi modo de ver, aparece también como un poeta y sobre todo, como un filósofo, alguien que piensa sobre nosotros, sobre el origen de las cosas, alguien que nos lleva con sus relatos a hacernos preguntas. Hay relatos en los que Pedro me ha hecho recordar a Poe, a Bécquer. Realiza incluso una incursión en la mismísima mitología que no deben ustedes perderse en Tal vez Ítaca; roza el umbral que separa al relato de la poesía en Retrato de Morella con fondo azul; y nos siembra las más atroces dudas con Ciudad esconde tu nombre. Y no sólo ataca temas trascendentales, de vital importancia para aquéllos que acostumbramos a dudar de todo y de todos, sino que en la mayor parte de los relatos hace un fiel reflejo de la realidad humana, nos pone frente a aquellos aspectos más prosaicos y más terrenales de nuestra propia humanidad: casi todos son relatos sobre las relaciones entre un hombre y una mujer y en ellos también hay espacio para las altas y las bajas pasiones, para el sexo y la venganza. En suma, Hijos de un Dios Extraño

es un conjunto de relatos ideal para acompañarnos en una tarde lluviosa de otoño como ésta en que escribo estas letras.

Disfrútenlo desde la primera a la última palabra.

JERÓNIMO TRISTANTE
Escritor

Índice

[Una mujer en el umbral](#)
[Extraños en la niebla](#)
[Hijos de un dios desmemoriado](#)
[Cuando éramos Dioses](#)
[Flores para Ofelia](#)
[Tal vez Ítaca](#)
[Imágenes de ayer](#)
[La voz desnuda](#)
[Retrato de Morella con fondo azul](#)
[Te amaré toda la muerte](#)
[Ciudad esconde tu nombre](#)

UNA MUJER EN EL UMBRAL

Abandonó el cine con la confirmada desesperación de un domingo. Los domingos le parecían tristes como la misma vida. La vida es una semana tediosa, y un domingo inesperado resulta ser el último de los domingos. Un fin al que no le sucederá un lunes de sol y nuevas cosas.

Había acudido solo a la sala a ver una película bastante extraña en la que un hombre volvía de un viaje espacial y no reconocía a su esposa, ni a su perro, ni nada de su antigua vida. Al final se le reimplantaban recuerdos viejos y falsos y continuaba una vida vieja y falsa, un sucedáneo de la existencia que su otro yo había logrado borrar. Tal vez hubiese sido más feliz sin todos esos recuerdos antiguos. Tal vez los había olvidado para defenderse de quién sabe. Y tal vez había viajado al otro lado del Universo con la única intención de dejar atrás un mundo grasiento como un trapo de cocina con el que no quería limpiarse más las manos. Pero ahora le devolvían sus recuerdos, el trapo sucio y arrugado por el tiempo, y se manchaba las manos con la misma memoria grasienta y rancia. Alfredo no entendía bien la película. Todos tenemos derecho a olvidar. Y entonces pensó en Gema y sintió que su estómago se retorció como un nido de serpientes en mitad del infierno. Olvidar era un tesoro y la memoria el dragón que lo custodiaba con su humeante aliento.

La noche era azul y Alfredo sintió la soledad de un océano en sus párpados. Casi podría llorar, se dijo como el que recita un viejo salmo en una lengua que nadie comprende. Ni siquiera él. Pero era domingo, estaba solo y había caído la noche en la ciudad. Una noche sin estrellas pero azulada como el neón tácito de la modernidad. Una noche anacrónica que no le correspondía, y Gema estaba ahí, en algún lugar de su corazón, pero todo era tan complicado. Si sólo hubiese un destino,

si la vida se compusiese de días y noches, blanco y negro, todo o nada... Pero no. La vida no es una moneda, cara o cruz, y sin más elección. Gema o Patricia. Elegir a una sería tan sencillo que asustaba. Pero la vida no es una vieja amiga con la que puedes apostar todo a una sucia moneda de 50 céntimos al viento. No. La vida era una extraña partida de ajedrez en la que cada instante, cada movimiento multiplicaba los siguientes hasta el infinito. Podías saltar en ele como un centauro enfurecido o hacer un largo viaje imperial en cualquier dirección. Y siempre habría una opción mucho mejor. Siempre te equivocas, siempre. Y nunca hay marcha atrás. El tablero de la vida no es de madera, es de fracaso. Era domingo y todo era azul. Estaba solo y tal vez Patricia ya estuviese buscándolo, llamando a casa de Pierre o de algún compañero de trabajo, pero quién sabe. Deseaba ser en esos momentos el perdido astronauta en su perdida nave espacial. Aislado de todo sería capaz de pensar con claridad. Y quizá volverse loco de una manera distinta. Su propia locura. No la locura que le imponía esta vida. ¿Quién había elegido esa vida para él? Él no, de eso estaba seguro. Yo no, se decía. Otros, sus padres, sus profesores, luego Patricia, sus suegros, sus superiores, la rutina... Él no existía del todo. Era una aparición. Aparecía en fotos de familia, en una orla de la facultad de educación del 86 y en las cartas de colores que le enviaban cada día para reclamar el cobro de la luz, el agua, el gas, el destino... Aparecía en las bases de datos de los bancos o de tráfico. Era un fantasma. Existía en el corazón improbable de sus dos hijas y en la memoria de aquella chica polaca que conoció en Bristol en su juventud. Pero ahora, aquella rubia sin nombre también era un fantasma que carecía de imagen, y la había olvidado tristemente. Era, entonces, el recuerdo breve de un fantasma. O sea, nada. Y acaso unos cuantos números en un calendario, fechas, días, minutos. En la nave perdida en el negro cosmos no oiría el ruido del tráfico. Un tráfico lento que moría al anochecer del domingo. No se sentiría como el hielo. Aunque no hacía frío, no lograba deshacerse de la sensación gélida. La había aprendido y ya nunca podría deshacerse de ella. Era Patricia. Y sus ojos azules, como la noche, le recorrían, y le insistían en que dejase de ser él mismo. Ser parte de ella, renunciar a Gema y a un sueño de miles de noches en el desierto o en la barra del bar de un lujoso barco hundido: bello, silencioso y tranquilo. Quién era él, salvo la sombra de otro que ya había muerto.

Encendió un cigarro y recordó que había dejado de fumar hacía un mes o quizá un año. El amargo sabor a humo y metal quemado le invadió la boca. Lo tiró al suelo y lo pisó con la punta de su zapatilla. Dos hombres vestidos de amarillo cambiaban la cartelera del cine. Desatornillaban el cartel del *hombre-sin-memoria-que-volvía-del-espacio* para colocar el de *una-mujer-rubia-pensativa-y-enamorada-en-una-bicicleta-roja* y que era ESTRENO.

La noche cedía al silencio. Caminó junto al hotel. Era siempre el mismo hotel. Aquella tarde había recorrido los pasillos alfombrados de la sexta planta, la llave de la habitación era una tarjeta negra con el dibujo de un trébol blanco en el centro, la habitación era cálida y en la mesilla había una rosa de plástico en un jarroncito de diseño. Siempre la misma habitación y la falsa flor. Las cortinas a medio echar, la luz de la tarde se filtraba, la silueta desnuda de Gema dibujándose como en un sueño pero real. Ella miraba a través de la ventana el tráfico o las copas de los edificios. Parecían imágenes absurdas y asustadas. Elevadas arboledas de ladrillo. Elegantes rascacielos. Falsificaciones de bosques. Mentiras que se extendían a las habitaciones de los hoteles y a los corazones. No hablaban. Ella contemplaba, quizá, su propio reflejo en la ventana o nada. Él pensaba e intuía con una extraña certeza que Gema era feliz y que por eso él también. Una forma de consolar su culpa y su miedo. Porque Gema era todo en ese momento pero Patricia estaba ahí. Siempre estaría ahí, y cómo no. La televisión estaba apagada y las sábanas limpias y planchadas aguardaban.

Hicieron el amor despacio. Saboreando las palabras dulcemente y sin apremios. Él, por unas horas, dejaba de ser un fantasma gris y se deslizaba a Gema, a su abrazo desigual pero certero, su caricia leve en los muslos y el sexo, como una fina cuerda que casi lastimaba su frágil amor, pero era tan tierna... Y Gema suplicaba otro beso, dientes y saliva, siempre el último, reía, y en sus ojos brillaba otra realidad que nadie imaginaba. La lengua, otra vez risas y los pequeños pies de Gema como manos de bebé que se agitaban y reían en el aire. Profeta del pasado, así cualquiera, bromeaba Alfredo cuando Gema le recordaba dónde empezó todo, inventaba un recuerdo o lo coloreaba para cambiar de tema, y felicidad eterna sólo el día de hoy y ya es tarde, vístete. Los hoteles son lugares donde el tiempo se detiene. Pero es un tiempo falso y al abandonarlos se sabe de forma casi trágica.

Al girar la llave en la cerradura de su casa sintió la soledad del hogar que se extendía desde el suelo como una nube de gas lacrimógeno. Todo lo inundaba, le quemaba los ojos, silencio y eternidad en los escalones de la entrada, los pasos resonaban como en un templo en el fin del mundo, la puerta cedía y ya estaba en el comedor, olía el vacío, y lo reconocía como si fuera ropa húmeda o el perfume del primer amor. Las niñas están acostadas. De dónde vienes. La voz de Patricia era hueca, como una grabación, como en otro idioma pero en castellano y lo entendía todo perfectamente. Alfredo miró a su alrededor, al suelo, el abismo de parquet y dejó el abrigo en el perchero. Al alzar la vista Patricia seguía escudriñándole. Era una mirada amigable y blanda, como un hermoso caballo de Troya que quería derrotar sus muros y quemarlo desde dentro. Luego, un silencio, una pausa que era más terrible que la voz quieta de aquella sombra en el umbral de la puerta de la cocina. Fui al cine. Fui al cine, solo. Ah, qué película viste. No recuerdo el título. Era de un astronauta que quería olvidar su vida y empezar otra nueva pero no es tan fácil... Y mientras hablaba, otra voz que no era la suya hablaba por él, pero lo conocía mejor que él mismo, y la película no era la misma que él había visto esa tarde, había una leve variación que mejoraba la original o que la ajustaba de algún modo y todo era real y terrible. No te conozco, dijo ella. Acostémonos, mañana es lunes y ya es tarde. Y el silencio de la casa, hogar dulce hogar, se adhirió a la soledad como una masa pegajosa. Una mezcla explosiva y salvaje y muerta en la que las cosas perdían su forma y su color, y se diluían en una oscuridad triste y vacía como de cementerio al amanecer. En la fría cama, entre los sueños imposibles y el tic-tac del despertador, Alfredo roncaba en un silbido de flauta y abrazaba el cuerpo equivocado de Patricia. Deja de roncar, no puedo dormir... yo también te amo, Gema. Un codazo, Gema es más que un nombre y tirón violento de las sábanas. Soy Patricia. Alfredo despertó sin entender, qué ocurre, nada, vuelve a dormir. Después amaneció. No había tocado el cuerpo de Patricia en meses.

El lunes era un suspiro sin aliento, un espejo que devolvía una imagen repetida y cansada. Pero glacial y distante.

En la facultad Alfredo recordaba vivamente una frase: *No te conozco*. En la tenue luz de la cocina, en el umbral, la figura de Patricia, tan desigual como una alargada sombra china que lo escrutaba, *no te conozco*. Yo tampoco te conozco, nadie conoce a nadie. Tampoco conozco a Gema, y quién puede conocer a alguien. Si al menos supiéramos en qué consiste conocer a alguien. Nos reconocemos en las fotos y damos por supuesto que sabemos quiénes somos. Son estúpidos comportamientos que aprendemos de los espejos y de otras personas que se cruzan en nuestras vidas. Ilusiones. Gema, a ella no necesitaba conocerla. Para qué. Sólo ansiaba sus leves presencias, que se filtrase en su vida poco a poco y la cambiase. Como la erosión lenta de las rocas por las mareas. Corazones fríos de granito. El tiempo y las olas todo lo pueden. Gema. Su

pelo oscuro que le rozaba la cara al besarle. Si fuese menos real quizá habría intentado borrarla de un manotazo, como la hoja del mes de marzo se tira a la basura cuando llega abril.

Pero abril nunca llega y siempre es invierno.

Pasan los días y las noches. En el despacho las oquedades de su vida adquieren otra forma. Los libros ordenados cuidadosamente en las estanterías, una foto del claustro, otra de Patricia y las niñas y su cómodo sillón de piel azul. Papeles, informes, circulares sobre la nueva ley de educación y boletines de calificaciones sin rellenar. Un cuarto vacío. La soledad toma la forma del lugar donde se siente. Y en medio del escritorio, junto al calendario escolar y un libro de poesía chilena, un teléfono que empieza a sonar. Soy Gema, necesito abrazarte, el mismo hotel, en media hora. De camino al hotel la felicidad le llega en forma de eclipse. Gema-felicidad es un astro que se ha colocado delante de Patricia-antigua-y-triste. Pero, ¿cuánto puede durar un eclipse? Los más bellos son los más breves, o tal vez no. Nadie lo puede saber. Cuánto dura el tiempo o dónde está la primavera cuando es invierno...

De camino al hotel se encuentra con el cine cerrado. Un cartel de una chica montando en bicicleta ha sido cambiado por el de un perro con gafas de sol que sonríe y va a salvar el mundo. Junto al can, un cómico que a Alfredo nunca le ha gustado hace una mueca. También lleva gafas de sol, y Alfredo sabe que no irá a ver esa estúpida película. Compra flores y sube a la habitación con prisa, como si fuese la primera vez. Como quien va a recoger un premio. Ella lo espera. Desnuda y cálida como ese mes de abril que al fin llega y pronto se esfumará. Ella lo espera. Deja las flores, con una calma disimulada, en el pequeño jarrón de diseño. La rosa de plástico ya está muerta. Todo está siempre muriendo y ambos lo saben. No hay mucha luz en la habitación. Como si lloviese en la alcoba, se desviste con celeridad y se cuela bajo las sábanas, cubre el cuerpo desnudo de ella y se precipitan a hacer el amor. Un amor como de lobos, alaridos que parecen llantos, golpes, alientos extenuados. Comienzan a sudar pero no se detienen. Ambos están muy excitados. Saben, aunque ninguno se atreve a admitirlo, que comparten más que una cama de hotel. Comparten la soledad y un tedio de millones de años. Los dos están solos y es por eso que se saben cómplices. No necesitan articular palabras, frases que todo lo empañen. Sonríen al verse los rostros y son moderadamente felices. Los ojos tristes de Gema reflejan el gris que proviene de la ciudad. No conciertan otro encuentro. Saben que siempre es el último. Siempre es la primera vez. Y en cualquier momento entrará la luz en sus alcobas y ya no será ni abril, ni mayo, ni junio. Será el fin del mundo y eso no tiene solución, todos lo saben. Tú también, Gema. Sin terminar de vestirse Alfredo mira a la mujer que hay en la cama. Cruzan sus miradas y sin hablar ya saben lo que piensan. Son tantos años ya. No debemos continuar con esto. No, tienes razón, es absurdo. Nos engañamos a nosotros mismos.

Están cansados y también lo saben. Y el cansancio, como la desidia, es real porque se reconoce. Patricia recoge su ropa. No más juegos, sólo tú y yo, sin fingir, quiero ser yo misma y no otro nombre falso en un hotel. Quiéreme como soy o vete al infierno. Sí, tienes razón. Patricia abandona la piel que nunca más se pondrá y que no es de ella.

Esa misma noche en casa no hablan del asunto. No inventan más nombres ni conciben futuras ilusiones.

Nunca vuelven a mencionarlo y retornan al guión y a la rutina de ser ellos mismos.

EXTRAÑOS EN LA NIEBLA

'What seest thou else In the dark backward and abysm of time?'

W. Shakespeare

Intentar contar esta historia es tan difícil como querer olvidarla. Todos nos hemos sentido alguna vez extraviados en el mundo. Como si la vida nos diese la espalda. O nosotros a ella, da lo mismo. Dar la espalda a la vida o que ella te la dé a ti es igual de doloroso y patético. Sí, y cuando esto ocurre se comprende que el dolor es la forma que tiene la miseria de decirnos que es parte de nosotros mismos. Yo lo intuía levemente cuando era más joven. Ayer, la semana pasada, hace mil años. Ahora, lo he aprendido. Gracias a Elvira. No, no es reproche. Es la verdad. Donde quiera que estés ahora, sé que lo comprendes. Tal vez ya lo sabías entonces. Pero ahora no importa.

Nos conocimos a la salida de un teatro. La función era horrible y ha sido felizmente olvidada. Sólo retengo imágenes dispersas. Hombres y mujeres en la oscuridad vestidos de un blanco immaculado. Sombras y silencio. Como sucede con los recuerdos de nuestras vidas. Se reducen a instantáneas amontonadas y vagas que habitan el cuarto oscuro de nuestra memoria. Pero el cuarto es cada vez más oscuro. Y las fotografías que se revelan en él más pobres y absurdas. El tiempo es una tormenta que desordena todos los recuerdos. Elvira saliendo del teatro. Yo acercándome a su paraguas con la excusa de me das fuego, vaya noche que hace y esgrimiendo una mirada lo menos desafiante posible. Su jersey blanco de lana que resplandecía entre la abrumadora multitud. Su chaqueta de cuero chorreando las últimas gotas de soledad. La muchedumbre devorada lentamente por la omnívora ciudad. Nosotros dos, al fin, solos frente a frente. El café en aquel remoto bar de la esquina. Junto a la ventana en una mesa pequeña, compartiendo el diálogo de la lluvia con la noche, y cojo tu cucharilla porque la mía se había caído al suelo, siempre tan torpe y oportuno. Sí, tomaré otro café, no tengo prisa, nadie me está esperando. Imágenes que ahora vuelven de Elvira sonriendo, cediendo al acercamiento tácito pero demoledor. La actuación no ha sido gran cosa, coincidimos ambos. Tu cara me es familiar, decías. Sabías que no me conocías pero tan familiar al fin y al cabo. Tus facciones, tu mentón afilado, el pelo... No, no era gran cosa la función, pero mucho mejor que albergar la certeza de estar muriendo, de que nadie nos espera y saber que estamos solos. Ambos sabíamos que la vida no era más que un triste vals con el demonio. Y la música de fondo nos confirmaba que nos extinguíamos y nada se podía hacer al respecto.

Al borde siempre de un precipicio que no tiene fin.

Yo siempre he estado solo, le susurré al oído. Y sonó falso de tan tierno. Ella esbozó una sonrisa y supe que ya no había marcha atrás.

Elvira no había aprendido a lidiar con su soledad. Diez años viviendo con un asesino no dan para mucho, me dijo en cierta ocasión. Mataba por placer pero al final él también murió. Simuló pesar y supe que actuaba. Comprendí que el puñal de su marido seguía trabajando después de muerto. Elvira era su víctima póstuma. Trabajaba despacio pero era un gran homicida. Me contó que había fallecido en la cárcel. Sobredosis o suicidio. Me mentía. En el rostro de Elvira se apreciaban las cicatrices que deja el amor cuando se transforma en otra cosa. No mostraba liberación. Sí, era obsesivo pero lo amé. Ahora estoy aprendiendo a odiarlo. Es más duro pero me sienta bien.

Aquella noche nos acostamos por primera vez.

Hacíamos el amor como directores de orquesta enzarzados en una pelea. Enloquecidos vaivenes, sin la menor armonía pero sin detener la vorágine de dos cuerpos desnudos y hambrientos de

canciones y signos prohibidos.

Nunca más fuimos al teatro. Sabíamos, de algún modo, que era el recuerdo de un principio que no nos pertenecía. El pasado ya murió, le digo sin mucha elocuencia. Ella me mira y no responde.

Ahora, al evocar aquel primer encuentro, comprendo que somos efigies ilógicas de lo que un día fuimos. O sea, nada. Parecía tan casual...

Los actores salen del teatro y siguen la actuación bajo la lluvia. Se miden los gestos, ensayan un guión único que jamás se repetirá. Hoy es siempre el gran día. El estreno. Ella me cuenta, yo hago que la creo. E invento un desenlace feliz.

Le digo: Elvira, he aprendido que la vida, a pesar de lo que oigas decir por ahí, es extraña y ajena; aunque nos empeñamos, como niños caprichosos, en creer que no lo es para no volvernos más locos aún. Pero sí, la vida es un extraño paraíso al que no nos han invitado.

¿Y entonces qué hacemos aquí? Podríamos ser felices, ¿no crees?

No lo sé, respondo mientras intento desviar la conversación a otro terreno menos pantanoso.

Y siempre bailamos al borde de ese precipicio. Y es siempre la víspera de una fiesta a la que no asistirán nuestros seres queridos ni payasos simpáticos para hacernos reír. No. No hay chistes, ni trucos de magia con conejos, ni guiños cargados de complicidad. Hay mueca irónica: es el destino descreído y rasgado. Como un calendario obsoleto que quisiese advertirnos de la celebración del Fin del Mundo.

¿Quién sabe la última fecha? No hay cruces en ese póstumo almanaque. Son muescas en el arma del tiempo y nos disparará en cuanto le demos la espalda. Esperaba que Elvira no estuviese aquí cuando empezaran los disparos pero...

Todos somos asesinos.

Él mató y violó a cuatro chicas. Cinco contando a Elvira porque la tristeza es una de las formas que tiene la muerte. Lenta pero letal al fin y al cabo.

Elvira, ahora, asesinaba el recuerdo de una vida que la invadía como las pesadillas o los virus. No era venganza, no, Abel, no lo es, me dice. Es mera supervivencia. Y tenía razón. En parte la creí y la compadecí. Pero nadie baja al infierno a sustituir a un condenado. No hay salvación.

Yo no lanzaba mis dagas contra una mujer de mi pasado. Yo huía de mi pasado, con todos sus fantasmas descoloridos y sutiles. La soledad es tan grande que casi no se puede luchar contra ella. Goliat siempre gana. Elvira, pobre Elvira.

Te contaré mi historia, le dije: Yo no abandoné mi pasado. Fue el destino el que nos separó. Quiero empezar de cero, le dije. Todo lo que dejé atrás no me pertenece ya a mí. Tú, mejor que nadie me entiendes, verdad.

Elvira me entendía mejor que yo mismo. Pero no sabía los pormenores...

La vida no es como nosotros la deseamos, Elvira. No hay una partida de póker ideal. Siempre nos sale una carta baja y apostamos y perdemos. El destino guarda un as escondido en el mañana.

Pero él casi sigue aquí. Tengo miedo. Intentó matarme y no le odio por ello. No siento odio. Por eso me aborrezco a mí misma. Por ser incapaz de odiar a quien intentó quitarme la vida. Debes aprender a vivir con el dolor y el recuerdo, respondo. Sí, Abel, estoy aprendiendo. Pero no sé si lograré aprender a vivir conmigo misma.

La culpa es otro fantasma que viste con sábanas majestuosas. Elvira arrastra las cadenas oxidadas de muchos fantasmas. Pero sigue viva. ¿No consiste en eso? ¿No es lo que hacen todos los malditos seres de este universo?

Mis fantasmas eran distintos. Pero conducían a Elvira.

A las dos semanas se vino a vivir conmigo. Un piso alquilado. Vida nueva. No hablábamos del

pasado. Tampoco sabíamos hablar del futuro. Yo no lo necesitaba y a ella no le preocupaba. La palabra futuro ya es una palabra futura en sí misma. Encierra todo lo que no existe aún y nadie sabe si es buena o mala. Porque todos sabemos que Amor es bueno. Dolor es malo. Pero, ¿Futuro? No, es un extraño vocablo provisto de incertidumbre. Como encontrar a un desconocido en nuestra propio espejo. Un William Wilson del día de mañana.

Los dos amábamos el silencio y odiábamos los calendarios. Eso fue suficiente durante un buen tiempo. Te contaré mi vida, le decía. Y sólo le hablaba de mí mismo, de sueños improvisados y de las cosas que a una mujer asustada le gusta escuchar de un hombre. Y eso fue suficiente durante un buen tiempo.

Nunca nos acostábamos sobrios un viernes por la noche. Siempre nos apetecía un último baile y la noche era tránsito. Las pesadillas y la angustia cedían. Éramos dichosos porque no nos deteníamos. Eso creía ella.

Me viene un recuerdo. El último, quizás. Desordenado y sin más detalles: Vaso de agua, sed, a las tres de la mañana. Pies descalzos, pasos leves, ir a la cocina, abrir el grifo, beber y volver. Elvira se mete en la cama sin saber que yo estoy despierto. Me besa en la nuca. Entendí que me amaba a su modo y que me necesitaba. Pero el pasado aunque se intente borrar vuelve como una insidiosa cara de Bélmez.

Te quiero. Yo no supe que responder, y le dije, yo también te necesito. Y añadí, desnúdate. Y en su miseria arcillosa me ofreció los despojos de una mujer deshecha. No hacíamos el amor. Deshacíamos los recuerdos y las heridas.

Unos meses más tarde sentía que me amaba de verdad sin la necesidad de abocar los afectos en el cáliz turbio de las palabras. Comprendí que era el momento.

Se había desprendido de casi todos sus fantasmas. Elvira empezaba a ver la luz al final del largo pasillo de la desolación. Era el momento.

Creí que me sería más difícil. Pensaba en Esmeralda y en los niños. El pueblo, mi antigua vida. La otra vida a la que renuncié. Llegas a un punto del camino en el que hay que tomar una decisión. Y siempre se tiene la sensación de que el otro camino hubiese sido el acertado.

No di muchas explicaciones. Soy de pocas palabras. Me marché. Volveré, Esmeralda. No sé cuánto tiempo necesitaré pero volveré. Esmeralda casi se muere del disgusto, se volvió loca pero sé que en el fondo me entendía. La sangre es espesa como la noche que se esconde tras las constelaciones. Pobre Esmeralda. Y mis hijos...

Elvira ha salido a comprar. Mientras tanto, aprovecho y lo preparo todo. Ella me quiere mucho pero eso no complicará las cosas.

Elvira vuelve del mercado. Es el momento. Cariño, bebe un poco de vino, tenemos algo que celebrar. Mi voz parece desnudarse al contacto con el aire, se desprende de mí, como si no fuese mía. El calendario, ¿se habrá percatado de la fecha?

- Cinta adhesiva
- 5 metros de lona plástica
- un cuchillo de cocina
- la dosis justa de amatoxina empieza a hacer su efecto.

Cuando Elvira vuelve en sí no reacciona. Me duele la cabeza, qué ha pasado, Abel.

Está envuelta en cinta adhesiva. Una momia moderna y trágica. No hables, le digo. Sólo escucha. Ya has hablado bastante. La lona de plástico cubre todo el suelo. No deben quedar restos.

Pero yo te amo...Le lleno la boca de plástico. No puedo escucharla más. En sus ojos hay sorpresa y el terror de un niño que ha visto un espectro bajo la cama. No comprende hasta que le

enseño la foto. Era mi hermano. Hace justo un año hoy que... Ella, entonces, sabe que yo lo sé. No murió en la cárcel. Tú acabaste con él. No te llamas Elvira y todos tus demonios son de carne y hueso y están aquí. Ahora debes pagar por ello, maldita zorra.

Sé que ella no es del todo culpable, nadie lo es, y casi la he amado. Esmeralda no podría entenderlo y por eso mejor ahorrarle los detalles.

Pero la sangre es la única fuerza que guía nuestro camino por esta tierra estéril. Después de apagar su último aliento la troceo. Ella es sólo un cuerpo, me digo. Pero la sangre y el crujido de los huesos al romperse me dicen otra cosa. Envuelvo sus miembros, su cabeza como una pelota de balonmano y el tronco y las vísceras en pequeños rollos de plástico. No deben quedar restos de su mísera existencia. Limpio la sangre con detenimiento. Siento que elimino la última hembra de una especie en peligro de extinción.

Un millón de peces hambrientos esperan en el océano para devorar un cuerpo desmembrado y gélido. Siento algo de pena, no soy un monstruo. Pero volvería a hacerlo.

Llamo a Esmeralda. Hace meses que no escucho su voz. Ella no lo sabe todo pero cómo no intuir.

Cariño, ya he acabado. En unas horas estaré en casa, no llores, Esme, cielo, ya te explicaré. ¿Cómo están los niños?

HIJOS DE UN DIOS DESMEMORIADO

A Marga,

Por ser tan grande

1 de agosto. Clínica Trevor. Centro especializado en trastornos de la memoria. Valencia.

Si de algo somos responsables es de nuestros propios recuerdos. Por vagos o tenues que éstos sean son nuestros. Pero nadie puede culparnos de nuestro olvido. El olvido es una región deshabitada. Un océano inalcanzable e infinitamente gris donde se ahogan los peces naufragos de la memoria. Allí nunca hemos estado aunque creamos lo contrario. Es un mundo que no nos pertenece a pesar de que algún lejano día azul nos haga creer que sí.

Miguel intentaba rescatar esos peces fúnebres que bailaban en el olvido. Después del accidente su memoria era un caos. Una enrucijada de senderos infinitos y desordenados. Pero recordaba a Alba. Y con el recuerdo de Alba parecía recobrar mucho de su antigua vida.

No tenga usted prisa. El doctor le hablaba con serenidad. Todas las piezas volverán a su lugar. Pero las oquedades eran profundas en su memoria.

Hacía calor y el mundo se reducía a esa habitación blanca y trágicamente limpia.

Unos meses antes. 6 de junio, sábado. 2:35 a.m. Algún lugar en la carretera.

La cena en el apartamento de los Moreno había acabado. Vuelta a casa, la noche sonámbula que oscila entre la oscuridad y los abedules. El automóvil atraviesa los lánguidos bosques como una fiera de otro mundo. La carretera gris y silenciosa se retuerce como una serpiente entre las negras arboledas. La música de Mozart en la radio del coche suena levemente. Es una canción funesta de presagios que habrán de cumplirse de inmediato. Alba posa su mano en el muslo de Miguel. Se miran un segundo en aquel habitáculo de plástico y hierros que atraviesa el siniestro mundo salvaje. Tienen la vaga sensación de que a medida que avanzan por la carretera el cosmos que los

rodea es creado en exclusiva para ellos dos. De repente un animal o una sombra se cruzan en la carretera y... Es ahí donde todos los recuerdos se desordenan. Como naipes en manos de un tahúr. El mundo cambia de órbita, fuego, gritos de Alba horrorizada que ya son inútiles. Como a cámara lenta, el coche se gira en el aire, vueltas de campana, inconsciencia, Mozart envolviendo el instante y luego el silencio glauco de fondo abisal.

Dónde está Alba, tranquilícese, ella está bien, respire... Todo ocurre veloz, la ambulancia, todos parecen tener prisa. Como si así se pudiera evitar lo inevitable, la camilla con ruedas recorriendo los pasillos de un pálido hospital en la madrugada.

Julio. Mismo hospital.

Luego las visitas. Rostros desconocidos que se recortan en la blanca luz que brota de las paredes. Voces que me susurran.

Pesadillas. Monstruos, carreteras.

Más pesadillas. Sueño que el accidente no ha ocurrido. Sólo fue un mal sueño. Pero en la misma pesadilla sé que todo es falso. Que el accidente ha ocurrido y que Alba ya no está conmigo. Despierto empapado en sudor y la realidad permanece aquí y parece que tiene intención de quedarse.

Jenny me visita cada día. Es la mejor amiga de Alba y pretende tranquilizarme. Estoy bien, estoy bien, le grito mientras las pastillas comienzan a hacer su efecto.

Miguel no está nervioso. Está aterrado porque no sabe si será capaz de hacer frente a la vida sin Alba. Alba, mi vida...

Yo esto aquí, no tienes que preocuparte, Miguel. Jenny le calma aunque ella también denota una pesadumbre descomunal. Y aunque Jenny es una mujer bella y cercana, Miguel ve que de ella se desprende una sombra afilada y horrible como de crepúsculo.

Lloran sin vergüenza. Las palabras no tienen significado. Son sólo palabras.

Todo en vano. Todo roto. Lloro y no reconozco que es el fin.

Septiembre. Casa de campo de Miguel. Albacete.

Todos estamos perdidos aunque no nos atrevemos a reconocerlo. Todos tenemos miedo de averiguar qué hay dentro de nosotros. Y es por eso que se olvidan algunas cosas. Nadie quiere abrir su muñeca favorita y descubrir los engranajes, las desagradables tripas que la componen. Aunque eso es lo auténtico y real. Los horribles engranajes. La muñeca es sólo una superficie bella que los tapiza. Igual sucede con nosotros. Somos un trozo de piel yerma que recubre un fragmento de alma podrida. O de recuerdos que se esconden en un palimpsesto de caracteres indescifrables. Las hermosas máscaras nos permiten seguir pareciendo normales. Alba sigue ahí, a pesar de que no pueda leer su nombre ni escuchar su lánguida voz. Sólo su último grito, la carretera lenta... Pero hay que seguir adelante, verdad, Jenny... Y ella no le responde, es mejor así. Él es quien debe salir de todo esto. Lo siente lejano e inaccesible. Enciende la calefacción. El frío no se va. La casa es más grande ahora.

Octubre, noviembre, diciembre...y el año siguiente. Albacete

Deberías volver a tu casa, no sé por qué has de vivir aquí. Yo creo que ya lo sabes, Miguel. Quiero ayudarte. Pero, Jenny, no deberías. Ya sabes que puedo arreglármelas yo solo, el doctor me dio el alta definitiva. Me encuentro perfectamente, Tal vez, la semana que viene, después de Pascua a lo sumo, volveré a trabajar. Tengo ideas para un libro.

Sí, creo que te vendrá bien mantener la mente ocupada. Pero sigues en tratamiento, no lo olvides. ¿Pero de veras quieres que me vaya? Ella lo mira. Él la abraza, siente su cuerpo que tiembla y cede al cálido beso que ella insinúa en su boca. Pero no deberíamos. Ya sabes... Y ese día, tal vez no ocurre todavía. Pero al día siguiente hacen el amor y ella siente un paraíso extraño que la desborda. Contempla la escena desde dentro de su propio cuerpo y el sudor y la piel se entremezclan. Miguel no comprende y se doblega lentamente a la caricia de ella. Son muchos días juntos desde el accidente. Soledad. No es fácil mantenerse cuerdo con una soledad tan ruidosa.

Estamos solos, piensa Miguel. Somos huérfanos de un dios desmemoriado. Nos han abandonado. Nos han olvidado.

Resulta que dios sí juega a los dados. Pero el maldito demonio siempre gana la partida. Y Alba ha sido su último trofeo.

Miguel busca algo. Sabe que está en algún lugar, tal vez en el corazón de Jenny aunque en sus besos no encuentra a Alba. Y es por eso que la añora más. Sólo halla un lamento. No encuentra el amargo sabor del amor. Sólo un lamento que se desprende a través de la lástima que ella siente por él. Y en su abrazo y su sexo alcanza el terrible reconocimiento de sí mismo. La herrumbrosa conciencia de su soledad.

Gracias, Jenny, pienso cada vez que su cuerpo se adhiere al mío. No, ahora estoy seguro. No es tan sólo sexo, es un acto de expiación y perentoriedad física. Por eso murió, Por mi culpa. Yo tuve la culpa, yo conducía aquel coche que nos transportó a este lado del infierno. Los veleros que navegan al averno carecen de memoria. Ya lo sé. Y por eso sólo recuerdo la culpa envuelta en sombras y penumbra y miseria.

Debo, ahora, cargar con mi alma a cuestas. Yo solo. Ella no me puede ayudar. Yo sólo, como quien arrastra una sombra ajena. Las almas de los otros pesan demasiado. Maldita seas, Alba, por haberte ido. No sé vivir sin ti. Me tienes a mí, grita Jenny, ¿no me ves, no me ves? Y sofoca un sollozo entre sus manos. Improvisa una máscara de dedos. Pero las lágrimas anegan sus ojos y el llanto desaloja el silencio de la estancia.

No. No la veo. La miro y no la puedo ver. Y es porque a los espectros no nos gusta compartir la noche con ángeles trasnochados.

No deberías intentar ayudarme, le digo. Todo está perdido.

Ella calla. Y su silencio y su llanto se parecen. Y somos dos menhires que se enfrentan en mitad del gélido desierto. Y somos zaheridos por la última de las tormentas. Pero intuimos que nunca es la última aunque nos parezca la más dolorosa.

Dios no sabrá perdonarme. Olvida pero no perdona. Yo tampoco lo he perdonado a él. Alba era mía. Estamos en paz. Tú te quedas a Alba y yo no te entregaré mi alma. O lo que me quede de ella. La vida es eso: un viaje cuyo peaje es el alma.

No me esperes, Alba. Por supuesto, todo lo digo cuando Jenny no está aquí. No quiero herirla. Ella intenta ayudarme. Ha contraído una deuda con ella misma, con Alba y conmigo. No sé las razones ni tengo derecho a preguntar.

En la cama es dulce y eso no se puede negar. Así que finjo. Aunque ella presiente que no y parece comprender mi frialdad.

Alba, no me esperes, perdóname. Todos mis peldaños se deslizan hacia abajo. Escaleras mecánicas hacia el infierno. Hasta que el olvido se imponga de una vez por todas. ¿Me escuchará alguien? Sé que no.

Miguel había vuelto a escribir. Notas sueltas, algún poema con un estilo que no era el suyo. Sin ninguna intención de publicar. Por primera vez le parecía que nada tenía que contar al mundo. Al

menos, nada que el mundo estuviera dispuesto a soportar. Después del accidente, cómo no, Jenny vivía con Miguel. El tiempo fluía lento. Se estancaba en los recodos de su propio tránsito.

El año siguiente. Albacete

El amor y la memoria son frágiles. Sí, sé que Jenny me quiere. Y yo no soy capaz de... Alba era mi vida. Sé que soy un asesino. Mi automóvil, todo fue culpa mía. Encontraron el jabalí, los frenazos, no había bebido ni una gota y todo tiene su explicación pero... Si hubiese tenido más cuidado. La culpa no se cura tan fácilmente.

¿Podría haber evitado el accidente? Tal vez. O tal vez no. Somos débiles marionetas sujetas por los tenues hilos del azar. Y arriba, dirigiendo este teatro absurdo, sólo dioses desmemoriados. Padres que han olvidados a sus nimios vástagos. Y cuando el resto del mundo también se olvide de nosotros empezaremos a recuperar algo de nosotros mismos.

Estoy solo. Reniego de mi hacedor. Mi destino es sólo mi responsabilidad.

Ella lo escudriñaba con tristeza y distancia. Su mirada parecía atravesar un millón de kilómetros. Extraviarse por brumosos páramos, insólitos bosques petrificados en los confines del mundo. Y, al final del viaje, llegar hasta sus ojos grises y anacrónicos y rotundos. Sus pupilas se agrandaron al contacto de la luz que emergía de su mechero al prender un cigarro.

No deberías fumar, te matará.

Ya estoy muerto. Mi vida no ha sido más importante que un ocaso.

Los ocasos son bellos.

Sí, Jenny, no te lo discuto, pero son breves. Todos terminan en tinieblas.

La conversación parecía flotar en un aire quebradizo. Como si no sucediese en realidad. La casa desprendía silencio y Miguel lo intuía. Un silencio que reducía las palabras a ecos. Y las presencias a sombras. Sentía que la soledad y el silencio, como una brisa lenta, tomaban todas las estancias de la vivienda. Y luego pasaba del aire a la boca, a los pulmones, al alma.

Tengo la sensación de que éste no es mi sitio. Como si esta casa sólo fuera el envoltorio de un animal cuyo aliento rezumase pasado. Su pensamiento circulaba detrás de sus propias acciones. Lento. Atrapado en la telaraña de un tiempo ya agotado. Sentía un leve *déjà-vu*. Pero no un *déjà-vu* de lo inmediato. Sino la extrañeza nítida de *esto ya lo he vivido pero hace unos cuantos siglos*.

Jenny quiere que seamos felices. Sólo ella y yo. Y vivir hacia adelante. Sin mirar al pasado. Ella piensa que con el tiempo olvidaré, olvidaré. Todo se torna una herida que atraviesa mi memoria. ¿Cómo olvidar tu propia vida? Si lo hiciese dejaría de existir. Tal vez sería lo mejor. Pero si dejase de existir Alba se desvanecería conmigo... No, nunca... Debo preservar su recuerdo aunque signifique exigirme la existencia postergada de los muertos en vida.

Mi vida ha sido horadada por cicatrices. Han dibujado un mapa antiguo en mi piel; un mapa poblado de remotas islas en las que la presencia acuosa de Alba perdura aún.

En el pasado sigue viva. El pasado.

¿En qué piensas, Miguel?

Ideas para mi libro, palabras. Sólo palabras, mintió él.

Debemos afrontar esto juntos. Ha pasado bastante tiempo desde...

...El accidente, acabó la frase Miguel, ¿quieres que hablemos del accidente?

¿Quieres tú?

No, y tú, Jenny, ¿qué quieres?

Yo sólo quiero que seamos felices.

¿Seamos? Piensa él.

El tiempo, puede que el tiempo lo cure todo. Yo... Mis doctores dijeron que...

No hables como si estuvieses solo, ¡mírame cuando te hablo, por Dios y no...!

Él ya había bajado la mirada y pensaba en otra cosa.

Una semana después

Era más de la una de la mañana. Afuera comenzaba a lloviznar. Sus voces se apagaron en la oscuridad incipiente de su alcoba. Un mundo nuevo y cálido en el que dos pares de ojos parecían querer comenzar a existir. Dos constelaciones anónimas engullidas por un agujero negro. Dos miradas que buscaban su trozo de realidad en una galaxia equivocada.

Se acercaron las bocas. Se besaron y sintieron la carne ajena y tibia.

Miguel presintió en el aliento de Jenny la bocanada póstuma de un dragón moribundo. Un aliento de hoguera recién apagada y gélida. Los rescoldos de lo que nunca será. Afuera la noche. Hubo un sordo rechinar de lenguas. Vio la imagen de Alba. Alba, cuya presencia no renunciaba a presidir el mundo. En la tibieza de su piel comprobó que todo su ser se desgranaba. Lento, como un reloj de arena en el desierto de las noches inacabadas. Su cuerpo cedía al peso atroz del momento.

Minutos y segundos que se perdían como aullidos de lobo en los plenilunios.

Los demonios parecían dormir. Miguel no tuvo pesadillas.

Jenny me abrazó toda la noche y no tuve frío. A pesar de Alba.

Los días pasan. Los lugares son los mismos aunque no lo parezcan.

Antes de empezar el día, ya desde la cama tuvo la certeza de que su final no estaba lejos. No podía resistir más la intrusión de Jenny. La profanación de la imagen sagrada de Alba. La imita; cuando se ducha tararea su canción favorita. Mozart, la misma sinfonía que escuchábamos aquella noche mortal. Se peina y se viste igual. Y cree que me está ayudando. Que todo va bien. Que somos felices. Ella es un ser extraño que adopta la forma de hembra solícita para intentar anularnos, Alba. Pero el día ha llegado. Hoy.

Mientras Alba desayunaba sintió un húmedo calor en el costado. Desde atrás Miguel la había atravesado con un frío cuchillo de cocina. No hubo violencia, ni escena aparatosa, ni dolor sensible. Sólo el cuerpo de ella que se desvanecía en un último suspiro. La sangre ardiente como lava bullía de su costado derecho. Empapaba la camisa blanca y escapaba hasta el suelo. La mancha cárdena y húmeda y final. El cuerpo sin vida que Miguel dejó caer lentamente junto a la silla. Una mujer muerta es siempre horrible aunque parezca que duerme.

Llamó a la policía aún con las manos ensangrentadas. Era su último día.

Después con calma rajó su propia garganta y se abandonó a la oscuridad de la inexistencia.

Doble homicidio. Primero asesinó a su esposa y después se suicidó. Sí, sargento, no hay duda, él mismo nos llamó. El informe del psiquiatra lo aclarará todo. Por arma blanca. Hay sangre por toda la cocina. Seguía un tratamiento psiquiátrico. Un trauma severo. Disociación, dice el informe. Tras un accidente, hace algunos años, perdió la razón. No reconocía a su propia mujer. La confundía con una tal... Sí, Jenny, Ella estaba destrozada, Había inventado una realidad paralela en la que su esposa había fallecido en el accidente. Una forma de autocastigarse por los sentimientos de culpabilidad. Son casos poco normales, pero están documentados, sargento. Una lástima. Ella era bastante hermosa. Algunos olvidan, otros fabrican recuerdos. Sí, señor, ya ha llegado el forense. Alba Ramos, sí, no hay duda, el cadáver es el de su mujer.

CUANDO ÉRAMOS DIOSES

Los dioses existen.

Viven escondidos bajo la envoltura

de ciertos hombres que se acuerdan

de la vida en el planeta

cuando aún la tierra era niña.

Él encierra también un dios. ¿Es posible?

Roberto Arlt

Tras el penoso y largo viaje en tren sentía los miembros entumecidos. Tenía los párpados gastados por un tiempo infinito y difuso que de forma dolorosa le infligía un letargo y una duermevela extraños. Estaba agotado y confundido. Quizá, se confesó de forma mecánica, se deba a los siglos de trayecto. O, con mayor seguridad, a mi nuevo estado. Sentía una neblina alrededor que lo perseguía a todas partes. Un halo gris de eternidad oblicua y efímera que le dificultaba la visión de las cosas. Le impedía dilucidar la constatación lógica de cómo era el vagón en el que se hallaba, si se encontraba solo y demás peculiaridades ordinarias.

El ferrocarril se había detenido tras el estrepitoso gemido de metales y los silbidos febriles de la locomotora. Se apeó despacio, haciendo de cada paso un simulacro, una tentativa para corroborar que su cuerpo le respondía. Pero el cuerpo no era su problema. Su mayor dificultad era acomodar en aquel pequeño cráneo de células limitadas y precaria sustancia gris la milenaria e inabarcable despensa de memorias que albergaba su alma. Su mente recreaba de forma precisa y clara cada uno de los lugares que había presenciado o visto de algún modo a lo largo de su vida. Era capaz de recordar qué había hecho o pensado cada instante de su vida. Y además podía evocar de forma diáfana lo que estos recuerdos tenían en común entre sí. A su vez, también podía albergar en su mente las caras de todas las personas que había conocido, los timbres de sus voces y cada palabra que emitieron en su presencia. Era incluso capaz de clasificar las palabras de estas personas por orden alfabético o por su número de sílabas. Sin embargo algo había que no concordaba. Atesoraba todos estos inmensos recuerdos y presencias sigilosas de la memoria. Pero, paradójicamente no era capaz de discernir en qué momento exacto habían tenido lugar estos encuentros, o aquellos viajes a aquellos lugares que también dibujaba su razón. Tampoco recordaba nombres ni sentía empatía por ninguna de las personas o acontecimientos que convivían en su interior. Mi cerebro, volvió a conceder, no me corresponde. Y en estas divagaciones iba sumido mientras bajaba por fin del compartimento y pisaba el suelo de la polvorienta y desolada estación. Un escenario ideal para perder el juicio, se susurró. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí?

Toda su vasta memoria de colores vivos, aromas penetrantes y presencias fortuitas no era suficiente para hacerle saber de dónde venía, quién era, ni a dónde se dirigía. Todo resultaba un interrogante con forma de afilado gancho que se le incrustaba en el cerebro. Tenía la vaga certeza de que antes de su milenario crucero en tren había sido otra cosa. Sí, y esa incertidumbre vana pero vital le situaba en un territorio sombrío que difería muy mucho de la realidad, de lo cotidiano. Porque hallarse en una estación de tren, poseer una memoria y una maleta nada significaba para él. Sus recuerdos no le devolvían un pasado concreto ni una existencia ordinaria. Las imágenes omnívoras que poblaban su ser eran los vestigios de algo más grande que él mismo.

Las dudas de esta precariedad se instalaron poco a poco en él y fueron erigiéndose paulatinamente como probabilidades. Su mente de forma fulminante eliminó todas las alternativas inviables. Pero aun así, a pesar de descartar millones de posibilidades, su instinto tejía otros tantos miles de opciones. Optó por desechar todas y cada una de las alternativas para comenzar desde cero y, así, dar una tregua a su rendido cuerpo. El viaje ha sido duro y largo, se dijo y continuó caminando entre la neblina de la lúgubre estación sin saber bien a dónde se dirigía. Le dolía el cuerpo.

Siguió, empero, intentando desentrañar la respuesta a su novedosa existencia. Sabía que su vida era nueva, como recién adquirida. Intuía que no siempre había sido igual y que en otro tiempo, que ahora le parecía remoto, su mundo y su realidad habían sido muy distintos. Su cuerpo se desplazaba sobre el suelo de tabloncillos resacas y podridos como un autómatas. Caminaba lentamente como si su propia sombra le pesase. Y sin darse cuenta se encontró en un bar mugriento y sucio. Al fondo de la barra la iluminación era débil y macilenta por lo que decidió sentarse allí de inmediato. Un camarero descolorido y giboso le colocó un vaso de cerveza caliente. A la primera invita la casa, le espetó sin esperar contestación. Se volvió y siguió haciendo como que quitaba el polvo a unas copas de cristal. Bebió la cerveza y sintió que el sabor era reconocible: cerveza. Podía incluso ubicar en su memoria mil trescientas cuarenta y ocho ocasiones en las que había tomado aquel líquido, los sonidos que hacía su garganta al tragar cada una de las veces y la suma total de lo que pagó por todas estas consumiciones. Podía recordar con nitidez las personas que había a su alrededor y las conversaciones que tuvo en los momentos en que ocurrían tales acontecimientos. Sin embargo, sintió un escalofrío. Era como si todo fuese una pantomima: el oscuro local en el que se encontraba, la propia cerveza, el contrahecho barman y sus precisos recuerdos. Todo parecía irreal y afectado de una sutil maraña de contrariedades. No podía discernir el matiz ni dónde se escondía el engaño, pero intuía, con vehemencia, que era atroz.

Acabó la cerveza. Quiso dar las gracias y despedirse del camarero pero éste parecía rehuirle por lo que prefirió marcharse sigiloso. El bar, tras él, quedó sumido en un silencio ceremonial, casi de caverna olvidada y antigua.

En el cielo se dibujaban las primeras estrellas de la incipiente noche. Algunas nubes rosadas y retorcidas como escorpiones furiosos parecían querer ascender a la inmensidad de la nada. Caminó sin rumbo por las viejas calles de aquella ciudad sin nombre. Intentó preguntar a algún transeúnte pero nadie parecía comprender su idioma. Tal vez temen a los forasteros, la gente en estos pueblos suelen ser así. Y a la vez que formulaba estos pensamientos se daba cuenta de que no eran totalmente suyos. No había nunca estado en un pueblo de este tipo, ni sabía con certeza lo que significaba la palabra temor. Por supuesto era capaz de explicarlo con palabras, como lo haría un diccionario, pero tenía la seguridad de no haber experimentado nunca tales sensaciones y le extrañó. Le extrañó y el extrañamiento le volvió a producir la vaga sospecha de que algo no encajaba. De que una leve discordancia se estaba dando. Tal vez, todo sea así, siempre haya sido así y sólo ahora por algún extraño motivo lo percibo de manera distinta, estimó a modo de consuelo. La extrañeza también le pareció un sentimiento novedoso.

Llegó a un hostal. Era modesto y su decoración precaria. Tanto el suelo como las paredes estaban forrados de tablas de madera. Pidió una habitación, sí, queda una en la última planta, es tranquila aunque no hay ascensor, pero es la más barata. De acuerdo, me vale. ¿Piensa usted quedarse mucho tiempo? En aquel instante volvió a sentir la extrañeza. Había pocas cosas que tenía claras pero lo que más se difuminaba en su pensamiento era la idea de una cronología establecida. Percibía el palpito de la eternidad retumbando en sus sienas. Pero su cansancio y su turbación le hacían sentirse oprimido por todo lo que le rodeaba. Era como si el tiempo le

apremiase de forma obstinada. Sentía que hasta el más mínimo detalle físico a su alrededor le abrumaba.

No lo sé, respondió sin darle mucha importancia a su interlocutor. Pagó una semana y subió confuso a su cuarto. Se desplomó en la cama y durmió durante varios días sin percatarse del anacronismo.

En aquel sopor indescifrable sin conciencia, que se le figuró una burda parodia de la eternidad, sufrió unas leves pesadillas desprovistas de formas, imágenes o entidades reconocibles. Todo era aristas, esquinas vacías y viscosas que parecían originadas por los sueños de un tercero. En esa ceguera lechosa y espesa no era capaz de distinguir de dónde le provenía el temor. Un temor. Una nueva sensación. Lo cual producía un efecto aún más espantoso y desolador. Despertó empapado en un sudor frío como el agua hedionda de un pantano, y a su mente acudieron ráfagas dispersas que mezclaban en una concatenación absurda sus sueños recientes con episodios de lo que parecía su antigua existencia. Le llamó la atención que la precisión de su memoria parecía haber cedido. Sus recuerdos, ya no tan exactos, se amontonaban de forma desordenada y caótica en el agrietado límite de su pensamiento. Y en este aparente desorden entendió cierto alivio. Una idea le sobrevino: no hay retorno, estoy asomado a un borde. Olvido.

Tengo hambre, y al evocar la comida y un vago recuerdo de aromas que alguna vez hubiese probado, sintió una felicidad casi infantil. Su cuerpo, repuesto del cansancio y del peso de una memoria que le huía, se disponía a experimentar una sensación deliciosa. Sabía, creía saber, que alguna vez había comido pero su memoria, que ahora le hacía un flaco favor, no le reportaba información alguna. Sin embargo, de forma irreflexiva, como casi todas las acciones de sus últimos días, se dirigió a la planta baja de la pensión. Tomó una mesa cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos y miró el escueto menú. Huevos con patatas y pan. Póngame también salchichas y arroz. De beber vino, sí, no, la marca me da igual. El vaso estaba sucio y el camarero también.

Calmada el hambre volvió a su cuarto y se tumbó sobre su cama. Todo lo que había engullido le había sabido a plástico insípido. No era capaz de apreciar el sabor en su totalidad. Había disfrutado de una experiencia terriblemente extraña. Era como si hubiese alimentado su organismo por primera vez en su vida. Y por eso, tal vez, no era capaz de identificar los sabores, texturas o aromas de las sustancias. Mi vida, mi existencia son sueños... todo se volvía más confuso y a la vez más sencillo. Más confuso porque una memoria y una experiencia pretéritas parecían ir abandonándole paulatinamente. Era como perder parte de sí mismo. Pensó en las miles, quizá millones de experiencias, actos, fechas y caras que a lo largo de una vida se van perdiendo. Simplemente se olvidan y dejan de formar parte de uno. Pero esta pérdida le producía cierta satisfacción. Abandonaba el caparazón de un yo-animal que se había vuelto obsoleto, y se metamorfoseaba en una nueva versión de sí mismo más liviana y ágil. Tras estos pensamientos concluyó que estaba loco y que nada tenía sentido. La locura es humana. Soy un ser humano de carne y hueso, soy humano, todo esto no tiene por qué sorprenderme. Se miró al espejo para corroborar sus impresiones y vio su rostro. Una grieta en el cristal dividía su cara en dos y la distorsionaba. Sus facciones eran adustas, y su pelo grisáceo y áspero le hacía parecer mayor de lo que en realidad era. Parezco un viejo. Estás loco, gritó al espejo. Este viaje en tren me ha deteriorado sobremanera. Sí, he viajado durante siglos. O quizá esté equivocado y el tiempo no exista... ¿Cuántos años tengo? ¿Cómo me llamo? A dónde voy, de dónde vengo. De repente se acordó de su vieja maleta. La abrió con intención de hallar una respuesta. En su interior encontró un fajo de billetes de cien bien enrollados y la foto de una mujer a la que no conocía de nada. Era

bastante hermosa pero sombría. Su profusa cabellera negra se derramaba en cascada a ambos lados de su cara pronunciando sus afiladas facciones. En su mirada gris se intuían sabiduría y una sensualidad desbordantes. Giró la foto. Por detrás leyó: *Búscame*.

Al caer la noche el silencio de la calle fue deslizándose hasta alcanzar la vieja alcoba de la pensión. Es la hora, pensó. Guardó la foto de la desconocida en el bolsillo de la camisa y salió a su encuentro.

Mientras caminaba por la calle observó que todo se le antojaba artificial y ajeno. Era como si el mundo, el cosmos, las personas, e incluso las voluntades de las personas, pudiesen ser dirigidos. De algún insólito método que escapa a mi entendimiento es posible dirigir el transcurso del tiempo, deslizó la idea sin proponérselo. Las vidas de todos los seres vivos estarían en mis manos si... Sabía que había una respuesta para tal enigma pero no lograba alcanzarla. Estaba ahí, en su mente, pero no era capaz de hallar la clave.

Caminó bajo la noche de aquel pueblucho solitario de casas destartadas. No encontró a nadie en su camino. Todas las luces de las viviendas permanecían apagadas y los farolillos en la calzada desprendían una luz tenue que sólo infundía sombras y desasosiego.

Llegó al bar en el que días atrás había tomado una cerveza. Extrañamente estaba abierto. Se acordaba con claridad del camarero chepado. Era su recuerdo más antiguo. Olvidaba. El extenuante viaje en tren era ya un amasijo de imágenes que se filtraba difícilmente en su leve memoria. Los antiguos y fastuosos recuerdos que albergaran el Universo y la totalidad de sus acontecimientos se diluían como una gota de agua en el océano. Entró en el bar. Estaba vacío. A excepción del arrugado camarero y de una sombra en la última y más oscura de las mesas. Una música de fondo, que le pareció triste y profética, le instaba a acatar el mutismo del bar y del mundo. Se dirigió hacia la sombra. A medida que se acercaba comprobó que era una melena oscura, con un vestido azul y un cigarro en su delgada mano; un cuerpo de mujer. El camarero contemplaba impassible la escena mientras pasaba un trapo por la barra. Sintió pánico ante la presencia de ella. La chica de la foto le sonreía desde la silla, siéntate, te estaba esperando. Era mucho más hermosa en persona. En sus gestos había elegancia. En su voz se vislumbraba amabilidad. Era natural y hablaba con delicadeza pero con aplomo. Te estaba esperando desde hace mucho tiempo. En la foto no te reconocí, admitió él. Ahora que te veo en persona creo que... no sé, parece como si ya nos conociéramos. Sí, claro que sí, respondió ella sin perder su sonrisa. Tendrás muchas preguntas y hallarás las respuestas, siéntate. Mientras hablaban, él no se percataba de que el pueblo, las calles y todo lo que le rodeaba se desvanecía como al despertar de un sueño.

Entre frase y frase ella se detenía, fumaba y expulsaba un humo azulado que llenaba las zonas iluminadas del antro. No, no tengo prisa. Creo que tengo todo el tiempo del mundo. Te equivocas. No lo tienes, respondió la chica con ironía. ¿A qué te refieres? Y su temor pareció empezar a solidificarse de algún modo. Verás, aquí sí que existe el tiempo. Aquí te extinguirás, es decir, dejarás por fin de ser lo que eras. Estaba confuso. Hizo el ademán de llamar al camarero pero al girar la cabeza comprobó que no estaba en un bar. Que se encontraba sumido en una cerrazón opaca que todo lo poblaba. Ni siquiera las sillas en las que supuestamente se habían sentado eran constatables. Sé que no hay retorno, confirmó. Pero, dónde estamos, el bar ha desaparecido, el pueblo... No, interrumpió la tenue voz de ella, sólo la voz de una mujer que ahora ya no era tampoco visible. El bar no ha desaparecido porque nunca ha existido. ¿Cómo? No es posible, estaba aquí, yo mismo lo vi. No, el bar, el pueblo, la imagen de la chica que te habla, todo ha sido creado, inventado por ti. Tu última y precaria creación. Nada existe salvo en tu conciencia.

Entonces, he muerto estoy en algún limbo, estoy loco... Veo que aún no has comprendido. Tú no has muerto porque jamás has nacido. Pero soy un hombre, me llamo... No encontró palabras para reforzar sus argumentos. Sintió un picor en las manos y al intentar rascarse comprobó que no tenía manos ni cuerpo. Que toda sensación física era un vestigio impreciso. Has sido desterrado y te desintegras en la nada. Te aferras a la forma más cercana a ti. A los hombres. A su forma de vida, sus pueblos, sus modos... Ansías una humanidad porque has sido despojado de tu esencia. ¿Y cuál es mi esencia? ¿Qué era yo? ¿Y por qué he sido desterrado? Las razones no existen, tal vez alguna vez las halles, tal vez las encuentres, no hay retorno, no hay retorno. Y tú eras, y la voz de ella se esparció rotunda en el vacío y en la inmensidad, como bien sabes, un dios. Eras un dios. Ahora ya no eres nada. Nada.

FLORES PARA OFELIA

La luz del mediodía se filtraba por la cortina y comenzaba a dañarle la vista. Atisbó la botella semivacia que se erguía con insolencia sobre la mesilla. El sabor a cerveza caliente le parecía repugnante por la mañana. Aun así tomó un trago. Lento pero prolongado. Tembló. Sintió la arcada que rumoreaba en su garganta. Recién levantado, su cuerpo temblaba por la resaca de la víspera. Un persistente malestar de agujones punzantes en su cerebro le devolvía a la realidad. Una realidad que le aprisionaba en un cuerpo yermo de miembros débiles y flácidos como la gelatina. Estar jubilado no es tan malo, se consoló, tengo más tiempo para mí. Sin afeitarse, con la camisa arrugada y un par de calcetines distintos, abrió el cajón de la mesilla y acarició la caja de pastillas. Tomó su dosis, como cada día. Posiblemente sin constatar la estúpida repetición. Una foto de familia sonreía sobre la mesilla. Intacta por el paso gris del tiempo. Él, cuando era joven, una hermosa mujer y dos niños rubios que se abrazaban a sus piernas. Se miró en el espejo para cerciorarse de que seguía siendo él mismo. Por su cabeza, como murciélagos en bandadas, cruzaban pensamientos. Cada vez más sombríos y precarios. Una idea le asediaba. La vida no nos pertenece. Somos frágiles. La vida es el tiempo que tardamos en saber que ya estamos muertos. Acabó de vestirse. La sensación de que las rutinas eran los preparativos para la muerte no le abandonaba.

Antes de salir del apartamento echó un último vistazo. Como cuando se abandona una habitación de hotel a la que se sabe que no se va a regresar jamás. Y una certidumbre le sobrevino: algún día será el último día que salga por esta puerta. Siempre hay una última vez, un último coñac, un último amor, un último atardecer... y a esta edad ya comienzan a encumbrarse las columnas de humo de las últimas hogueras.

Ignoraba que ese mismo día era su cumpleaños. Cumplía setenta y dos.

Caminaba lento. Pies cansados y afligidos. El frío de la calle era doloroso como una hoja de afeitarse oxidada. La chaqueta, desgastada y sucia, no era suficiente para aquel enero de Madrid. Pero no importaba mucho cuando todo lo realmente importante había sucumbido al paso del tiempo. Quince años de viudez dan para mucho. ¿O eran dieciséis? Berta murió de un fallo renal. Ella que siempre había gozado de una salud de hierro. Sin embargo... Pero primero fueron los niños. Tuvieron dos malogrados hijos. Bruno falleció de un infarto. Tan joven y recién graduado. Mauro se suicidó por un desengaño de amor adolescente. Sólo hay algo más terrible que perder un hijo. Perder dos. Pero hacía ya tanto de Bruno y Mauro que cada vez eran más parte de una vida

remota que se resguardaba con los sudarios de los años y el olvido. Eran tormentosos recuerdos, imágenes antiguas, postales de lugares que no se visitarían jamás y que ya nadie deseaba recordar.

Compartió la soledad y el dolor de la pérdida de sus vástagos con Berta. Compartir la soledad es la mayor desgracia del mundo. Hasta que ella también se subió al tren lejano y funesto que nunca regresa. Berta vivió tan triste que su muerte casi fue un alivio. Desde que los niños murieron no habían vuelto a ser felices. Al menos, él no lo recuerda. Porque su memoria se parecía a un libro escrito en un idioma indescifrable. Así que, cuando Berta murió, no entristeció. Solamente intercambió su vieja tristeza por otra tristeza más dolorosa y fría. Como quien se cambia la ropa sucia por otra igualmente sucia.

Sentía que su corazón no tenía suficiente espacio para albergar la soledad exangüe de toda una vida. Hastiado y viejo, cansado y desahuciado, revolvió la miseria de su día a día con la certeza de que siempre era un poco el final de todo. Y él, la última víctima.

La desesperanza era un refugio, al fin y al cabo.

Se sentó en la cafetería de siempre. Pidió una copa de coñac. Se la tomó de un trago. Pidió otra. Ojeaba el periódico sin prestar demasiado interés a las noticias. De forma mecánica paseaba su vista cansada por las páginas. Sin embargo un titular captó su atención:

Teatro Lope presenta 'Hamlet'.

Estreno, hoy a las 20 horas.

Era la misma obra a la que había asistido por última vez con Berta. Era, posiblemente, el último día feliz que recordaba.

Afuera, la ciudad era barrida por un viento cruel. El mundo ya no le pertenecía a aquel anciano achacoso y fatigado. No obstante, una leve esperanza se había filtrado en sus fibras y le rehabilitaba el alma.

A las siete y media, con su entrada en la mano, hacía cola frente a la sala del Lope. Tomó asiento en una butaca de la primera fila. A pesar del estreno no había mucha gente. Se atenúa la iluminación, silencio y comienza la obra. La tensión va en crescendo, los personajes se ciñen al guión y todo transcurre como en la vida misma. Pero él sólo tiene ojos para Ofelia. Si estuviese aquí Berta, suspira un instante. Pero pronto olvida a Berta y todo es presente, Ofelia llora abrumada por la locura incipiente de Hamlet. Ofelia es una sombra clara en las retinas gelatinosas de él. Siente un cariño antiguo por ella; aguas que se encharcaron en el pretérito rumor de su alma vuelven a discurrir por él con vida. Ofelia, Ofelia, se dice como recitando un verso prohibido. La languidez de Ofelia parece una luz que vibra en el proscenio. Contempla aterrado cómo la frágil y hermosa Ofelia se sumerge en la sinrazón y el desvarío. Lloro con ella sin poder evitarlo. Cuando acaece su muerte abandona la sala entristecido sin hacer caso al quinto y definitivo acto. Siente humedad en su pecho y sabe que proviene del río en el que yace el cuerpo de Ofelia.

Al llegar a casa todo es distinto. Ofelia está ahí. Es un alma semejante, un ser que ha perdido el amor de una forma irremisible y que sufre los desdenes de su entorno. Un palpito cómplice le zarandea desde adentro: es Ofelia que insiste.

La calefacción central no funciona y el frío del hogar se extiende a sus huesos. Sentado en una silla alienta su cuerpo con los rescoldos de un brasero de carbón. En sus temblorosas manos sostiene el programa de la obra. Los datos técnicos, sinopsis y algunas fotos de los actores. Hamlet meditabundo. Ofelia envuelta en las aguas del río, con los ojos entrecerrados, flores... Arruga el folleto y rompe a llorar desconsolado.

Esa noche no consigue conciliar el sueño. Hace casi veinte años que tiene dificultad para dormir. Pero esa noche el insomnio es una pátina azulada que insiste con el rostro de Ofelia. Como si de

un eco remoto se tratara, la voz de la compungida reina resuena en sus oídos:

‘*¡Ay, Laertes; tu hermana se ha ahogado!... y calló sobre el arroyo sollozante*’. Y comprende de un modo atroz que la pérdida de Ofelia es real e irreparable. Al alba no se acerca a la botella de cerveza ni al acostumbrado desayuno de coñac y tedio. Se da una ducha, se afeita lenta y concienzudamente; plancha una camisa de las menos viejas y se pone la chaqueta gris de pana que le regaló Berta una Navidad. Se siente otro. Un poco de felicidad le embarga y casi no es capaz de reconocerla. Se tambalea de emoción, amor o quizá miedo. Vuelve al teatro al encuentro de Ofelia. Siempre en primera fila. Siempre dispuesto a acompañarla en su melancólica existencia. Vuelve a escudriñar a Ofelia. Durante todo el mes de enero acude fiel a su cita. Ofelia, en alguna ocasión se ha percatado de la presencia obstinada del ridículo anciano. No es muy normal, piensa algún miembro de la compañía, pero un pobre hombre como el de la primera fila es inofensivo.

Llega febrero. Las actuaciones se alargarán felizmente hasta marzo. Viernes, sábados y domingos. Acude a todas. Siempre fiel a esa extraña costumbre que se ha vuelto un ritual ineludible en su anodina vida.

Los días transitan lentos como el propio océano. Se respira el olor a tierra mojada al pasear por el Retiro. Vive sumido en una extraña conmoción. Ha olvidado que es desdichado. Sólo discurre en soliloquios acerca de Ofelia. La joven Ofelia comienza a volverse un ser conocido y cercano. Su pelo claro y su tez pálida. Sus delgadas manos que tiemblan cuando habla.

Por las tardes, antes de la función siente los nervios de la primera cita. Luego, en el patio de butacas, Ofelia y él son los únicos seres humanos que habitan el mundo. El resto es una oscuridad incipiente que todo lo anega. La contempla, respira sus palabras y repite sus intervenciones que ya conoce de memoria. Mueve los labios y responde por Hamlet a su solicitud de amor. Es a él, sólo a él a quien van dirigidos los suspiros y los anhelos de Ofelia. *Claro que te amo, Ofelia, por fin estaremos juntos, para siempre...* A veces abandona la sala justo antes del anuncio de su muerte. No tiene necesidad de sufrir tanto. Pasea hasta su apartamento. Sigue igual o más sucio que nunca pero no lo advierte. La basura se amontona en la cocina pero su débil olfato ya no le alerta de la podredumbre. No obstante, por las noches ha recuperado el sueño y sospecha la presencia de Ofelia junto a él. Lleva más de un mes sin tomar la medicación.

Mira el calendario. Es el último día de función. Después de varios meses, de citas enardecidas con su tácito amor, hoy ha decidido que será el día. Se acercará a ella y por fin podrán estar juntos para siempre. Se viste con su mejor traje. El anticuado esmoquin negro que lució el día de su boda. Le está grande y le hace parecer un espantapájaros. Se lava las manos y la cara a conciencia. Sus arrugas no le impiden esbozar una mueca de felicidad. Su pelo ralo está amarillento y graso por la falta de higiene.

Compra unas flores rojas y hace como que las huele. Es incapaz de percibir el aroma, mas sonrío y paga a la vendedora con agradecimiento. Son flores para Ofelia, le explica de un modo casi infantil. Son rosas rojas de plástico. Casi es incapaz de atisbar el camino. Una neblina opaca empieza a formarse entre su mirada y el mundo. A duras penas llega al teatro Lope. *Hamlet: última función*. Toma asiento con ademanes ceremoniosos y elegantes. La gente lo mira con recelo o lástima. Coloca el ramillete sobre su regazo. Empieza la obra. Transcurre el primer acto. En la escena tercera debería aparecer Ofelia pero una chica que no es ella interpreta su papel. Dialoga con su hermano Laertes, finge ser ella, pero no lo es. No da crédito a lo que está sucediendo, dónde está su amada, qué extraña trastada le está jugando el destino. Quién es esa farsante. Se levanta de su butaca ofuscado por la falacia. Mira fijamente al escenario, se gira y se marcha airado. El ramo de flores rojas queda abandonado en su butaca. Flores mudas para Ofelia. En la

puerta pide explicaciones: *Dónde, dónde está Ofelia, requiere con ira. Lo sentimos señor, no sé a qué se refiere, Ofelia, si es ella, la actriz principal ha sido sustituida, problemas personales, de salud, lo sentimos, sí, ella es Ofelia, la obra es la misma.*

Explicaciones que no logra comprender. Comienza a sentir que todo se tambalea. Intenta llegar a su casa pero el camino es cada vez más borroso. Finalmente, en mitad de la calle, cae de rodillas al suelo. Alza los brazos al cielo y comienza a gritar desesperado el nombre de Ofelia. Rompe a llorar consciente de que lo ha perdido todo. Se desvanece envuelto en la tiniebla de su soledad. Ofelia, Ofelia... Los transeúntes acuden y alguien avisa a una ambulancia.

Cuatro días después

Creo que aquí seré feliz. Echo de menos mi hogar, mis paseos por el Retiro, pero me dicen que no puedo volver a casa. Que debo quedarme en este hospital hasta...no sé hasta cuándo. La comida es buena y la gente parece amable. Todas las mañanas viene el doctor a verme y me trae unas pastillas que me dan un poco de sueño pero que me sientan bien. Ofelia ya estaba aquí cuando llegué. Aún no he tenido ocasión de hablar con ella. Pero esta tarde, por fin, podremos compartir ese antiguo amor que nos corresponde y que nos aguarda.

Se acerca a ella con un ramillete de flores silvestres que ha cortado del jardín. Ofelia está sentada; vislumbra a través de la ventana cómo resbala la lluvia en los cristales. Tiene la mirada perdida. Parece asustada y se esconde en sí misma. Se sienta en un taburete próximo a ella. Está más cansado que nunca. Pero es feliz. *Hola, Ofelia, qué ganas tenía de volver a verte. Estas flores son para ti. Creí que no te encontraría, que te había ocurrido algo; en el teatro aquel día, no te vi, y pensé...*

¿De veras me has reconocido? ¿Sabes quién soy? Oh, alabado sea el cielo; toda mi familia, incluido mi querido hermano Laertes, pensaban que había perdido el juicio. Nadie me reconoce, nadie sabe que soy Ofelia. Te reconozco, tú eres...

Sí, soy...

No hables, eres Hamlet, mi amor, por fin, por fin...

TAL VEZ ÍTACA

A Joaquín Piqueras,

Uno de los supervivientes de Troya

La tormenta parecía amainar y Odiseo comenzó a sentir, mientras recobraba la consciencia, la arena pegajosa y húmeda en su torso desnudo y el salobre mar que le lamía las plantas de los pies y las pantorrillas. Se encontró tumbado bocabajo en una playa de arenas blancas y oliveras dispersas. Le rodeaban algunos riscos de arquitecturas pétreas imposibles que el sol calcinaba con inclemencia. En su cabeza, aún aturdida por el estruendoso naufragio, bailaban con vehemencia los recuerdos atezados de los días previos. Recordaba el arribo a la isla de los feacios, hombres ilustres y compasivos que le habían proporcionado una modesta embarcación para alcanzar su ansiada ínsula. Su anhelada tierra; ésa, al menos, era la historia que Odiseo había narrado a aquellas y a tantas otras crédulas gentes que encontraba en su inusitado deambular. Pero en verdad, tras aquellos febriles años en Troya y demás paraísos insulares de su peregrinaje de retorno, Odiseo había comenzado a albergar desesperanza y oscuridad en su alma. Todos los

hombres, y algunos supuestos e improbables dioses, lo admiraban. Era considerado un héroe de carácter recto y moral intachable. Así que cuando había llegado a una isla y había sido asaltado con preguntas sobre sus supuestos deseos de alcanzar Ítaca, siempre enmascaraba sus lúgubres ánimos en una nostalgia de hogar insobornable y un inquebrantable amor hacia Penélope. Sin embargo, la idílica belleza del rostro de su esposa era una sombra que el tiempo, vestido de realismo, había insistido en mancillar. El color de su pelo, los detalles minuciosos de sus ojos, su húmeda boca o sus leves pómulos eran retazos burdos semejantes a la tosca decoración de una urna o de un ensueño difuso y hueco. Pero lo peor era no recordar su voz, que según siempre había pensado, superaba con creces los cantos de las pérfidas sirenas. Al menos al principio, porque con el tiempo...

Se incorporó y tras lavarse la cara con el salado unguento oceánico se sentó sobre un peñasco a la sombra de un olivo. Parecía que al final había alcanzado su remoto lugar de origen, su Ítaca natal. Miró hacia el oeste para corroborar que se hallaba en su tierra. Allí, a poniente, se alzaba la leve colina de Nérito envuelta por numerosas grutas oscuras que, en la distancia, semejabán ojos diabólicos. Pero por alguna razón el cerro le pareció distinto, más rechoncho y de menos altitud. Hubiese jurado que no era el mismo pero tras veinte años de ausencia lo más probable era que su memoria le jugase una sutil broma de espejos y contrariedades.

En su cabeza todavía flotaban los primorosos recuerdos de las cálidas noches con la hermosa Calipso. Y fue en aquellas veladas de amor calenturiento y febril embriaguez sexual donde Odiseo comenzó a desplazar el deseo antiguo por su incierta Penélope a un segundo y recóndito plano. El amor por su esposa era una especie de añoranza que se confundía con los recuerdos de su tierra y de sus gentes. Y cada vez se hacía más difícil discernir qué era cariño y qué melancolía. Y en aquella saudade imprecisa comenzó a fraguar su amor por Calipso. Muchos te temen, Calipso, creen que eres pérfida, y que no eres una buena mujer. No, no lo soy, Odiseo, soy una ramera y por eso eres tan dichoso en mi lecho. Y tras pronunciar estas palabras se abalanzaba sobre él, le lamía el cuello, le masajeaba el sexo y lo poseía con un ardor y una pasión desbordantes.

Pero aquellas tardes en las que el aromático vino tinto y el cuerpo turgente de la vil Calipso enturbiaron el alma de Odiseo habían ocurrido mucho tiempo atrás. E igual que todos los actos y pensamientos humanos, habían sido también sepultadas por las cenizas inevitables del olvido. Ahora, Odiseo navegaba perdido por los fondos abisales de su propia alma. Se demoraba en cada isla que encontraba a su paso. Retrasaba su retorno al hogar de forma parsimoniosa para comer lotos con extraños hombres que parecían bestias, o para beber vino y relatar leyendas de dioses y fantasmas como cualquier aedo vulgar, borracho y taciturno. No quería regresar a su antigua existencia pero era la única e inflexible opción que el destino le otorgaba. La voz de su conciencia era clara como los designios de Zeus Cronida: *mendigo de todos los mares o rey de una sola isla*. Y sabía que su cuerpo no era el de aquel joven soberano que se alistó para derrotar a los troyanos. Se sabía un incipiente anciano cuya vida se escurría como la arena del reloj crepuscular de los días. Y ahora, después de tantas aventuras, batallas perdidas y amores frustrados, era el momento de enfrentar la tibia realidad.

Las olas del destino lo habían devuelto a su patria. Y se hallaba en el país que antaño fuera el suyo, donde, según había oído decir cientos de veces, le aguardaba la hermosa y solícita Penélope. Y cuando le anunciaban en cada bodega de puerto a la que llegaba que la reina de Ítaca le seguía esperando incondicionalmente su corazón sentía un pavor indescriptible. Nadie podía intuir que la verdadera y secreta razón por la que abandonó la isla fuese para huir de sus penosas obligaciones conyugales. Penélope, la hija de Icaro, se había vuelto con los años una arpía celosa

y manipuladora que ejercía un control pernicioso y exasperante sobre su afligido esposo. Además, su porte ilustre, voluptuoso y distinguido se había difuminado tras dar a luz al obeso Telémaco. Sin embargo, Odiseo no odiaba a su mujer en particular. Sentía aversión por la vida moribunda del palacio y todo lo que eso significaba. Sentía tristeza por ser el gobernador de una insignificante isla remota en la que sólo había rebaños de cabras, tedio y parrales. Además, sus súbditos eran pobres labriegos que lo admiraban y encumbraban como a un dios. Y esa innmerecida idolatría, el tormentoso sentimiento de su debilidad humana contrastada con la engañosa ovación de aquellos seres indignos e incultos multiplicaba su aprensión y su sentimiento de mediocridad hasta olímpicas cotas. Así que cuando acabó la larga y agotadora guerra del fraudulento equino lo último que albergaba su corazón eran deseos de volver a caminar por sus tristes calles itacenses y vagar por las somnolientas salas palaciegas de su morada.

En su debilitada memoria la estampa de la bella Calipso volvía y volvía como las olas de la misma playa en la que ahora se encontraba. Y en aquel dulce recuerdo que olía a néctar y a las sales balsámicas que la audaz puta le preparaba cada atardecer, otro triste recuerdo le sobrevino de repente. Rescató el momento en el que decidió abandonarla. Después de varios años de placer carnal y lujurias desmedidas, la hermosa Calipso y todo su ser se empezaban a tornar monotonía y cotidianidad. Todo el aliciente de los primeros días primaverales se cubría con las hojas podridas de lo habitual y lo consuetudinario. Y sin despedirse, una fría mañana desplegó el pálido velamen de su cóncava nave y se perdió para siempre de los brazos de la lujuriosa bruja.

Ahora todo era una marea borrosa de recuerdos deshilvanados e inconexos que se filtraban por los poros de su piel. Todo su cuerpo rezumaba memorias fallidas, y cada átomo de su alma sufría los latigazos de una borrasca inacabable. Sabía que lo peor estaba por llegar. Intuía que la arribada a su reino era el comienzo de un calvario: contar todas sus andanzas, inventar excusas que justificasen su demora, fingir amores incoloros. Pero Odiseo era un hombre curtido por la experiencia y ducho en ingenios. En miles de ocasiones había inventado narraciones acerca de dioses que lo ayudaron en la batalla, de cíclopes abismales que había asesinado con sus propias manos y de bajadas al inframundo a consultar oráculos improbables. Y cuando concebía tales fábulas el vino le era regalado, y así, se animaba a seguir fabricando ilusiones y mitos hasta que caía rendido por el sopor de la borrachera. Y lo más gracioso, pensaba aturdido, era que todos le creían.

En su mente comenzaba ya a discurrir acerca de los embustes que habría de recrear en los próximos días. En su cabeza trató de dibujar la faz de Penélope y su antigua vida; y un sudor frío le heló las palmas de las manos. Sintió que se desvanecía y a punto estuvo de volverse a la nave y desaparecer para siempre de Ítaca. Inmediatamente recordó que su barca había sido tragada por el negro océano. Además, su cuerpo estaba agotado. Un cansancio de siglos poblaba todo su ser. Y, decidido a enfrentar los designios de su sino, se encaminó hacia su castillo.

Por el camino polvoriento y serpenteante iba sumido en sus pensamientos. Esgrimía un discurso coherente de sus travesías. Ideaba respuestas plausibles para cada una de las cuestiones que pudieran surgirle. Frente a él se alzaba, al fin, el amplio e inescrutable palacio, la elevada torre, el grueso muro que ceñía la ciudadela y los ondeantes estandartes que coronaban cada almena. Desde la distancia la ciudad, el castillo y la orografía eran irreconocibles para él. Todo le resultaba extraño, como si volviese a un lugar desconocido y singular. No tuvo tiempo de contrastar sus remotos recuerdos con la apremiante realidad. Un pastor lo abordó y sin mediar palabra se lanzó a sus pies, rey, nuestro ínclito rey ha vuelto, alabados sean los Dioses. Poseidón ha cedido al fin a nuestras súplicas. Y corrió, delante de él, hacia la ciudadela, lanzando gritos de

júbilo y reclamando la atención de todos los curiosos que por allí iban apareciendo. Mientras llegaba a su destino advirtió que los blasones y los banderines no se correspondían a los de su Ítaca. El palacio, aunque similar al hogar que había habitado en su mocedad, disponía de un foso mucho más ancho, y una hermosa fuente, que el otro no tenía, se divisaba en el centro. A medida que caminaba y cambiaba de ángulo advirtió que más torres se desplegaban tras la primera. Torres que él no reconocía y un extravagante claustro flanqueado por jónicas columnas. Los soldados que salieron a su encuentro iban ataviados con armaduras y lanzas levemente similares a las que él recordaba. Fingió turbación. Reina, aquí está nuestro rey. Una hermosa mujer de cabellos rubios se aproximó a él. Su belleza era abrumadora y sus labios rojo corinto superaban con creces el fulgor de la aurora. Su hermoso talle, envuelto con una túnica translúcida, era fácilmente apreciable, y Odiseo advirtió unas curvas sinuosas, una hembra voluptuosa y sensual que se acercaba con recelo hacia él. Una diosa, debe ser una diosa, concedió para sí mismo, subyugado por su más indómita humanidad. Cariño, eres tú, casi no te reconozco, amor, mi rey, Antímaco, mi rey eres tú, ¿verdad? Sí, soy yo, reina mía. Sintió un deseo irrefrenable de abrazarse a aquel cuerpo desbordante de lujuria cuando, irremediablemente, se desmayó.

Tres días y tres noches padeció pesadillas y delirios. En su angustiada inconsciencia bailaban su odioso hijo y su detestable esposa. Ambos danzaban a su alrededor y proferían reproches por su tardanza, desdeñaban su autoridad y el valor de su ardua misión, y le conminaban a proseguir con sus interrumpidas e inevitables tareas familiares. No lo olvides, mañana tenemos oración en el templo y una hecatombe de tres bueyes con mis progenitores. Despierta, mi amo, despierta. Y al abrir por fin los párpados tras la última y desalentadora pesadilla se encontró con el rostro angelical de su presunta esposa. Ésta le explicó que hacía tres días que dormitaba y profería gritos. Pesadillas, soñaba con bestias, con Polifemo y con Cancerbero que trataba de engullirme, mintió. Soy Perséfone, me recuerdas, amor mío. No, desde el último naufragio, he perdido casi todo resquicio de mi memoria. Quién soy, amor mío, dime mi nombre y cuánto tiempo he estado ausente. Ha debido ser pródigo en días para olvidar belleza tal que iguala a las moradoras del Olimpo. Eres Antímaco...

Odiseo urdió sutil y eficazmente su red de falacias, y la crédula Perséfone, avivada por el olvido y por el tenaz deseo de recuperar a su perdido esposo cedió al engaño. Le narró con detalle la biografía de su suplantado monarca, los secretos íntimos del reino de Tacia. Odiseo escuchó atento. Después, la agarró de la cintura, con una fuerza ciclónica la levantó en volandas y la poseyó como jamás lo había sido en su mísera vida. Antes de desmayarse de placer, tras varias horas de cópula enardecida, Perséfone tuvo tiempo de exhalar un alarido y dar gracias a Eros y a Afrodita.

Cuando Odiseo abrió los ojos, los dedos rosados del amanecer se filtraban y acariciaban la estancia. Las sedosas telas del lecho abrazaban con delicadeza su piel endurecida por las fatigas del tiempo. El olor almibarado de Perséfone persistía. Aún entumecido por el prolongado y reparador sueño atisbó la sala: un tocador con un enorme espejo enmarcado en láminas de oro. Mármoles verdinegros, columnas de alabastro que se elevaban en espirales pináculos. Alfombras de fieras pieles, vasijas de plata, urnas decoradas con dioses y gacelas, y, junto al balcón, un retrato. Se acercó mientras se desperezaba. En él encontró la imagen de un rey que le miraba fijamente desde su trono. La profundidad de la mirada y la vestimenta áurea confirmaban que su autor había intentado emparentar al retratado con los olímpicos dioses. Éste soy yo, se mintió el viejo Odiseo. Ciertamente el azul de los ojos y el rubio y ondulado cabello eran bastante parecidos. Su nariz, más arqueada que la del auténtico, era igualmente fina y los labios, en ambos

casos, gruesos y carnosos. No soy yo, admitió no exento de sarcasmo, pero quién podría demostrarlo.

Al momento, la pesada puerta de madera se abrió mostrando a la hermosa Perséfone. Una joven, igualmente bella, una copia exacta pero en miniatura de la reina, la acompañaba. He aquí tu hija Alixandra. La engendraste antes de partir hace ya veinte años. Nunca te conoció en persona. Pero le he hablado de ti y de tu grandeza cada día. Odiseo contempló a la joven princesa. Un pudor infantil lo invadió y le recordó su desnudez. Como envuelto en un huracán inconcebible su alma sintió el deseo irrefrenable de poseerla. Ven, hija, abraza a tu padre. La temblorosa adolescente de tersa piel apretó sus duros senos contra el farsante, sin pudor. Odiseo sintió una leve erección. Hija, bésame, no te recuerdo, pero igual te siento mía. Y besó sus labios rosados y vírgenes, una lloraba de emoción, el otro de frenesí. Esto es el paraíso, pensó.

Aquellos días fueron extraños y febriles. Nadie reconoció al embaucador rey de la otra isla. Algún vetusto general que dudó de su identidad fue enfrentado al filo de la espada al alba. Todos, inspirados por la fe de su benévola reina, admitieron al intruso. Odiseo, parapetado en una falsa amnesia, aprehendió día a día los secretos de su nuevo reino. Por las mañanas, junto a Patroclo, su más fiel cortesano, asimilaba las costumbres de Tacia, una isla sencilla y tranquila que flotaba en mitad del glauco mar. Soy Antímaco, soy Antímaco, se decía cada noche antes de dormir. Su pueblo, igual en anhelo de monarca que su reina, daba gracias y ofrecía hecatombes a los dioses por el ansiado retorno. El tiempo pasaba y se confundía con la brisa del mar y la eternidad.

Soy Antímaco, soy Antímaco se repetía para sí mismo. No, no lo eres, le respondió una noche la reina. Había susurrado sus pensamientos en voz alta de forma involuntaria y su falsa esposa lo había advertido. No, no lo eres, pero nadie lo sabe. Aquella noche, Perséfone le confesó en pocas palabras que había advertido la falacia desde el primer día que copularon, pero Odiseo superaba al verdadero Antímaco. Antímaco no era un verdadero hombre, le reveló. Ojala se lo hayan comido las ballenas o se pudra en algún páramo remoto. Tú sí que eres un verdadero héroe, debes ser hijo de algún dios.

Cada noche madre e hija satisfacían sus más fervientes deseos carnales. Pasiones tanto tiempo silentes y enfrascadas en la burbuja dolorosa del tiempo y de la corte.

En otra isla sin rey, tal vez Ítaca, una reina seguía destejiendo las horas desesperanzada y moribunda. Su alma se emponzoñaba de rabia y rencor. Esperaba un improbable retorno.

Odiseo, sin proponérselo, había encontrado su anhelado olimpo.

IMÁGENES DE AYER

La casa es más grande desde que vivo solo, piensa Víctor. A quien más echo de menos es a Elena. Sólo tenía diez años cuando ocurrió el accidente. Ahora en la ineludible soledad de la noche, entre el humo de los cigarros y el amargo sabor a vómitos y vodka, su imagen se escurre y se pierde en otro plano de la oscuridad. Pero la soledad no llega sola. La soledad no es como una brisa sin nombre que aparece y desaparece sin dejar rastro. Siempre trae a alguien de la mano y lo arrastra y el dolor y las lágrimas saben más de nosotros que nosotros mismos. Trae a la pequeña Elena de la mano, con un puchero en la boca a medio romper en llanto o reproche y también trae a Mariado. Mariado conducía el automóvil que acabó estrellándose contra el viejo roble de la curva aquella última noche de octubre. Un enorme y viejo roble, un tronco casi infinito, como un milenio en el purgatorio, se interpuso entre Mariado y la vida, y la despojó de aliento y cerró sus

ojos, y Elena, la pequeña Elena, frágil cuerpo sin comprender la vida aún aprendió la muerte. Y ahora todo son cenizas inmóviles y dolor.

Víctor veía cada noche el Ford aplastado como un acordeón contra el árbol inclinado y grave. Eran recuerdos claros, como fotos de familia que pasaban ordenadamente por su cabeza. El coche, el árbol; luego, el cordón policial, los gestos de conmiseración y angustia, lo sentimos mucho, señor; los cuerpos de su mujer y su hija retorcidos entre el ovillo de hierros y sangre y ropa despedazada y ramas de árboles al borde de la carretera y olor a gasolina y humareda. Todo era como un volcán que entrase en erupción inversa y ardiese hacia dentro. Como arrastrar el peso del mundo con el pecho. Y el dolor le resultaba tan asfixiante como una pesadilla infinita. Un dolor mudo pero gigantesco. Y nada en el mundo cambia esas cosas. Las cosas tan tristes jamás se pueden intercambiar por otras más felices. Y si alguna vez ocurre todo es una mera ilusión.

Desde el árbol de la curva se veía su casa en la cima de una leve colina. Faltaban poco minutos para haber llegado al hogar. Como tantas otras veces. Pero eso ya no sucedería nunca más. La vida es un haz de luz en mitad de la galaxia. No sabemos cuándo empezamos a existir. Pero menos preciso es el final. Todo sucede como una exhalación. Una luz se enciende y luego se apaga. Sólo eso. Y algunas cosas permanecen durante un instante iluminadas después de haberse apagado la vida. Algún corazón, unas fotos, olor a piel, una cama deshecha, la alegre voz de una niña. Pero luego llega el tiempo o la eternidad y limpian cualquier vestigio de nuestra existencia. Y a eso lo llamamos Olvido, que es lo que sucede justo después de la Muerte.

En el despacho la ausencia de Elena y Mariado parecía empezar a fraguarse en forma de cotidianidad. El teléfono sonaba menos veces, o no sonaba. Los clientes preferían tratar sus asuntos con los otros abogados o con un asesor directamente. Y a Víctor le importaba poco. La imagen nítida de Mariado volvía como reclamando su derecho a pertenecer a este mundo. Un fantasma que había olvidado su idioma o una sombra que pretendía balbucear alguna palabra. Y Víctor, como un simple contratado a tiempo parcial de la vida, sólo podía observar su presencia pero sin autoridad suficiente para cederle un minuto más en el mundo. Y es que la vida era eso para Víctor: un precario estado transitorio donde lo habían instalado sin manual de instrucciones. Un mundo de penumbras, como una ciudad hundida a mil metros bajo el mar. Y él caminaba las calles de esa ciudad. Comprendió que la felicidad no es la suma de momentos felices que se han vivido. Es la suma de instantes tristes que se logran olvidar. Pero no es fácil olvidar. La memoria es una vieja usurera que nos reclama los más insignificantes y dolorosos momentos.

Hacía más de dos años que se empeñaba en borrar la tragedia de su memoria. El tiempo transitaba lento por los relojes cansados de su vida. Olvidar. La desolación era inevitable. Sin embargo, la amargura de los primeros días fue cediendo a una nostalgia poblada de cariño y gratos recuerdos indoloros. Tenues pinceladas de Mariado sentada en la cama, o en la cocina preparando café por la mañana mientras la pequeña Elena tomaba el desayuno con los ojos aun adormilados. Víctor veía cómo los recuerdos se tornaban irreales pero llenos de colorido como en una extraña pintura de Magritte o de Chirico. A veces había soñado que Mariado y Elena seguían viviendo entre los muros de la casa como imágenes bidimensionales y fantasmagóricas. No podía abrazarlas ni oírlas pero las veía correr por la pared del salón como sombras chinas que se perdían detrás de la librería y volvían a aparecer al otro lado.

Recordaba los versos de un poeta inglés. '*Desiertos de vasta eternidad*' en los que vagarían las almas inertes sin amor. Y esas líneas le traían a la memoria a Mariado. Y esas líneas volvían y los desiertos se habían colado en su propia vida y cada vez eran más lejanos los ecos de Mariado y

Elena. Y los desiertos más dilatados. Y la última luz no llegaba. Las manecillas del reloj son honestas, no mienten. Y eso es lo que más duele: la ominosa verdad.

Pero, qué harías tú, Mariado, si la zarpa de la vida nos ha tocado ya.

La vida es un sucedáneo de otra cosa. De otra vida más real. Es todo un reflejo que nos imita. Y todo es así de extraño. Como si nos quisieran explicar una canción o el sentimiento de un poema. Las noches son el destino de los que mueren cada día, decía aquella canción que nadie tomó demasiado en serio. Y, ahora, nadie puede tomar en serio a nadie. Todo es ayer y es mentira.

Llovía débilmente. Todo era una mancha de humedad que empezaba en el cielo, caía desde las nubes y se extendía en lo más profundo del ser. La noche de octubre era igual de fría y silenciosa que aquella de hacía tres años. El tiempo se sujetaba con alfileres, colgaba de un hilo delgado y parecía perder el equilibrio y derramarse en la eternidad. Tal vez estaba de vacaciones porque hacía varios días que no acudía al trabajo ni recibía llamadas de clientes ni del juzgado. Sí, estaba de vacaciones pero daba igual. Los días eran idénticos, lunes, martes, domingo...

Sentado en su viejo sofá escudriñaba el mundo a través de su ventana. Primero, el leve reflejo de su rostro en el cristal. Más allá, un columpio que moría en el jardín y la lluvia infinita, y la ladera y el árbol tumbado. Encendió un cigarro y pasó un par de horas en la misma postura. Inmóvil, escuchando el diluvio y su repiqueteo sobre el tejado y los cristales. Hacía ya tres años del accidente. Los calendarios son silenciosos pero nunca se equivocan.

El recuerdo de Mariado lloraba por toda la casa. Encontró unas viejas fotos que ya había dado por perdidas. Las ojeó con desánimo. Elena con Totó en la bañera, Elena sola vestida de blanco junto al columpio del jardín, el cabello rubio, las piernas delgadas, tan alta para su edad. Elena y Mariado sentadas en el césped, a la entrada de la casa, Mariado mirando el mar, o con un vestido palabra de honor, de gala en la recepción de un premio que ya habría caducado. Su pelo castaño, su dulce sonrisa... Nostalgia y gusanos subiendo por los pliegues de su espíritu. Ascendiendo como las cenizas póstumas de una hoguera en la noche. Tras cuatro cervezas las fotos comenzaron a bailar por encima de la mesa. Escuchó la voz chillona de Elena. Luego el silencio. La silueta de Elena se dibujaba fuertemente como una sombra en un tiovivo imaginario y giraba por toda la estancia. Elena en silencio recogía su rostro entre las manos y evitaba mirar a papá. Hija, ¿eres tú?, pero todo era una tenue desazón sin forma o, tal vez, con la forma precisa y ciega del deseo. Mariado acercó su mano y casi sintió Víctor un murmullo de alas de mariposa y de espasmo. Deslizó las fotos con la pata de las gafas, sin atreverse a tocar ese otro mundo que se insinuaba. Las imágenes se hicieron un montón y retomaron su habitual forma de objetos. Estaba despierto pero pronto cayó rendido en una infinita pesadez que le recordaba su propio cuerpo y su carne. Elena le miraba absurdamente. Le recordaba que no estaba ahí aunque no era tan fácil de constatar. Le dio la vuelta a la fotografía para esquivar su mirada antigua de niña traviesa.

A medianoche despertó. Las fotos permanecían quietas pero revueltas como hojas secas tras una tormenta. Sintió sed, se levantó y fue a la cocina a tomar un vaso de agua. Hija mía, qué haces aquí. Deberías estar durmiendo. No podía dormir, papá. Te quiero. Elena le miraba estática, de pie, junto al frigorífico. Llevaba el mismo vestido blanco. Posaba como en la fotografía, con las manos en la cintura, en jarras, dibujando una leve sonrisa y los ojos resplandecientes y vivos. Un fantasma vomitado por la noche. Se supo en una ensoñación y no quiso sufrir más el tormento de las pérdidas. Cerró los ojos con la esperanza de no encontrarla al abrirlos. Y al abrirlos Elena no estaba sola: Mariado la acompañaba, se habían sentado en el suelo y le miraban con reproche. Deberías sentarte a jugar un rato. No pasamos mucho tiempo juntos últimamente. Ya no nos

quieres, verdad. Míranos, somos tu familia, por Dios. Deja de mirar como un estúpido y juega con tu hija... No te vayas...

La noche se extendía por los pasillos de la casa y dibujaba sombras, y las alargaba con tenebrosa elegancia. Todo era silencio. El silencio y la oscuridad se deslizaban, alcanzaban el alma de Víctor, alcanzan mi sucia alma, y me desnudan, y se desnudaban juntos. Había algo de terror en su cuerpo. Y la lentitud de su ser parecía derrumbarse. Ya no existen subterfugios inverosímiles en los que demorarse u ocultar el peso de la realidad. La locura me está llegando, lo sé...

Abrió el grifo y bebió agua directamente de él. Un sabor a cloro le devolvió a la cocina solitaria. Aulló el perro de un vecino y la soledad nocturna retornó de una forma casi sepulcral. Ya no llovía y el viento había muerto de repente como el leve suspiro de un hada moribunda.

Esa noche no volvió a conciliar el sueño. Las fotos permanecían vigilando los rincones. La casa deshabitada parecía poblada de presencias. Presencias, sí, presencias pero más reales que los mismos sueños. Por eso eran terribles.

Mamá, tengo miedo. Elena miraba a su madre. Se cubría con la sábana hasta la barbilla y cambiaba la voz, más infantil, como cuando de verdad sentía miedo. Mariado la abrazó de forma maternal. Miró sus pequeños ojos tristes. Tristes y asustados.

Mariado acariciaba el pelo a su hija mientras bebía un poco de leche caliente. En su pequeño cuerpo, en sus gestos, podía intuir la huella de su padre, su forma de mirar hacia arriba, los hoyuelos, su sonrisa abatida y sincera. Hoy deberías ir al colegio. Pero es que todavía tengo tos. Elena forzó un carraspeo, frunció el ceño y, la sonrisa triste de Víctor reapareció en su faz. Mariado miró a otro lado para que la hija no viese la lágrima provocada por el recuerdo. Memoria cansada que la poseía desde el accidente. Víctor ya no estaba en casa a pesar de que algunas noches las voces, la luz del pasillo al atardecer, el álbum de fotos cambiado de lugar, el grifo en la cocina... Mariado y su hija se sentían demasiado solas para no inventar presencias.

Papá, es papá. Y por qué no habla, está muerto, verdad. No digas eso. Papá nos quiere mucho. Pero, desde el accidente ya no está. Mariado calla. No es capaz de decir la verdad a la pequeña Elena con palabras. Aunque Elena es una niña pero no es estúpida y sabe. Las ausencias son tan densas como el aliento de una estatua de bronce. He visto a papá, en la cocina. Déjalo estar, Elena. No inventes, ya no eres una niña. Es más duro si no dejas las cosas estar. Pero Elena parece sincera aunque no quiere enfadar a mamá y se abraza a ella. Mariado siente que es ella la que no es sincera. No, no lo siente, lo sabe. No es sincera con ella misma y esa es la más humillante de las verdades. Papá no está y no es capaz de admitirlo. Sí, hija, seguramente te gustaría que papá estuviese aquí, a mí también...

Es duro admitir el dolor. Es como reconocer la muerte. Todos estamos de paso, pero siempre imaginamos que la muerte llega al final. Y casi tenemos la certeza de que no nos incumbe. La muerte, se miente Mariado, ocurre al final y no nos dolerá. Pero, a veces, el final llega antes de tiempo. Sólo los muy valientes son capaces de admitir que un millón de siglos de inexistencia nos aguardan. Puede llegar dentro de veinte años. O puede llegar hoy mismo. Puede llegar de una enfermedad o de un trágico accidente de tráfico. Pero el millón de días de vacío nos alcanza inexorablemente. La vida es una gran carrera en la que todos participamos cargados de esperanza y deseos de alcanzar la meta. Cada cual imagina su premio, su lugar en el podio de los campeones. Pero al llegar a la meta no hay premio. Sólo hay final. Y no hay ganadores. El que antes llega antes pierde. Mariado pierde a Víctor. He perdido el rumbo de mi vida, al menos tengo a Elena. Y Víctor la mira desde el cuadro que hay sobre la mesilla. Es un retrato tan real. Pero ya es una

imagen de ayer. Y todo tiene solución excepto el pasado. Elena mira a mamá. Mamá contempla el cuadro casi sin parpadear. Víctor, desde el retrato, mira a Elena. Siente la presencia de Víctor en la casa, en la voz certera de Elena. Todo es un silencio de imágenes que se recortan como sombras agazapadas en las esquinas de la casa. Humo gris, el mismo humo gris de después del accidente, sangre, hierros, el árbol caído, como un ángel negro y alado. Y luego las lágrimas y siempre la insobornable soledad.

– Hace ya tres años que ocurrió el accidente. No, nadie ha vivido aquí desde la tragedia y la casa es fantástica. Tiene unas vistas estupendas. Sí, adelante, mire usted la cocina.

La nueva familia es joven y dispuesta a comprar. La chica de la inmobiliaria es consciente de su predisposición y no precisa engañarlos. – Fallecieron los tres, los padres y la hija, de un accidente de tráfico. Justo allí abajo, en la curva, donde aquel árbol torcido. Y la joven pareja miró por la ventana y vio una sombra absurda como un dios moribundo que era un viejo árbol sin vida. Una pena, sí. La vida es así, que...

Y mientras recorrían la casa como intrusos indecisos y ruidosos, el silencio se recogía, se plegaba; las fotos abandonadas volvían a ser fotos y el tiempo dibujaba extrañas siluetas e imágenes imprecisas que huían hacia la nada.

LA VOZ DESNUDA

Por la tarde el aguacero se había transformado en una ausencia fresca y lívida. No llovía ya por lo que decidió salir a dar su habitual paseo. El cielo, aún nublado y triste, acumulaba una luminosidad inusitada y caprichosa que era reflejada por los últimos charcos, por las resbaladizas y póstumas gotas de la tormenta. Aurelio constató que su tenue sombra comenzaba a dibujarse en el suelo. Sí, se dijo, ya oscurece otra vez temprano. El otoño comenzaba a recortar las siluetas de los días. Aun así, cada atardecer, no renunciaba a su paseo por la ciudad.

Por las mañanas trabajaba en un programa de radio. Era actor en *Crepúsculos del Corazón*, una radionovela romántica que estaba muy de moda entre solitarias y taciturnas amas de casa. Su voz grave y varonil era amada secretamente por miles de mujeres. Mujeres penitentes que encontraban en Alberto Rosacruz, el protagonista principal, la respuesta emocional a sus privaciones cotidianas. Un hombre romántico, sensato, cariñoso, fiel e ingenioso. Alberto Rosacruz, la voz firme pero artificiosa de Aurelio, se filtraba cada mañana en los corazones indefensos de miríadas de féminas que anhelaban ese algo que no hallaban en sus acostumbradas existencias. Aurelio, este papel es para ti, dictaminó Jairo con acierto, el director del programa. Y desde aquel día se convirtió en la estrella de *Crepúsculos del Corazón*. La voz silenciosa que atravesaba, cada mañana, las penumbras de oscuras almas.

Encendió un cigarro a la altura del cine Rex. Miró los bancos mojados del jardín y sintió una tristeza monótona. Continuó caminando, pensando en alguna improvisación vocal, un giro más dramático en la entonación, tengo que dar vida a Alberto, imprimirle mi huella, el guión nuevo, Camila no debe cometer adulterio por una sola noche conmigo, pero el guión es el guión, aunque no se lo debería permitir, Lidia me quiere de verdad, pero tiene dos hijos que no me aceptan. Qué vidas tan llenas de vida, la existencia intensa que ocurre cada día, de lunes a viernes a las 12: 30 tras las noticias. Un sentimiento difunto y vano. Porque sabía que ese amor secreto que le profesaban tantas mujeres desconocidas era un sentir falso y precario. Que su voz no era totalmente suya y que, escondido tras un micrófono, Aurelio no era más que una impostura que

nada tenía que ver con el magnánimo Alberto Veracruz. Era mucho mejor que él mismo y por eso lo odiaba secretamente. Era una escisión obligada de su propia realidad, cada mañana, cambiar la entonación, entrar en el papel de aquel ilustre señor de cuidados modales, trato distinguido y educación refinada. Un señor, un donjuán que si fuese corpóreo vestiría un traje a medida y una corbata de seda. Todas lo aman, pensaba con envidia. Y tuvo la certeza de que su voz era una protuberancia añadida y ajena.

En la lánguida tarde de nubes y paseo trataba de poner orden a sus ideas. Reconciliarse de algún modo con Alberto. Lo odiaba pero no tanto como él hubiese querido. En cierto modo le estaba agradecido por tantas cosas: una vida nueva, el aplauso multitudinario de una muchedumbre enardecida. Esto último había sido un misterio para él: ¿cómo podían las gentes enamorarse de una voz? Pero, pronto halló una respuesta: la gente inventa por necesidad, pone rostro a una voz, no un rostro cualquiera sino el mejor de los rostros posibles. Así que él, o sea, Alberto Rosacruz, era el hombre de los mil rostros. El hombre que habitaba mil corazones distintos y distantes, y con una faz diferente y siempre amable en cada uno de ellos. Mientras que Aurelio, el actor, era un ser desconocido y solitario. Un hombre con un único y poco agraciado rostro que mostrar. Un ser que dibujaba un destino invisible en ninguna parte. Comenzó a soplar un viento frío y se refugió en una cafetería de la concurrida Platería.

– Cuando Frida murió la radio fue mi salvación. No pagan mal y... Ponme otro whisky, pero esta vez sin hielo. Ya sé que aquí, en esta provincia remota, no me conoce casi nadie pero me llegan cartas de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de todas partes. Mujeres que querrían conocerme, me envían hasta flores, fijate, flores a mí, no, sin hielo, pero ya no estoy para rehacer mi vida. Desde que Frida murió no tengo el cuerpo para más amores...

Sabía que el orgullo era falso, las flores que solía recibir no eran para él sino para el señor Rosacruz.

En su voz, enfervorizada por el whisky barato, se adivinaba cierta displicencia fingida. Encubría con costumbres y amores antiguos el miedo a la felicidad. Se refugiaba en la cómoda mediocridad que regala el tiempo, en su fisura personal con un mundo que lo devoraba; Alberto Veracruz, ese sí que sabría qué hacer, pero yo, yo ya no tengo fuerzas para seguir luchando. En su alma el amor era una metáfora de lo que algún día sintió.

–¡Alberto Veracruz!, eres tú, te he reconocido.

Aurelio se giró. En una exigua mesa había una hermosa joven sentada que acababa su café. Junto a la taza vacía observó un libro blanco escrito con extraños caracteres. Era braille. La mujer movía las manos con manifiesto nerviosismo. Le hablaba sin mover la cabeza hacia él. Acariciaba el libro como si fuese un suave gato, te he reconocido, no puedo creerlo, eres tú, Alberto Veracruz, decía como si violase su propia timidez. Excitada pero ausente.

Aurelio se apresuró a corregir el equívoco, lo siento pero estás confundida, yo sólo soy un actor, la radio...

Sí, lo sé, pero para mí, en mis circunstancias, comprenda usted que...

Cómo no, y Aurelio ya no era Aurelio, sino un tal Alberto Veracruz, y la chica invidente parecía una presencia irreal en aquella modesta cafetería del centro de la ciudad. Su conversación era animada, distendida y pronto se sintieron cómplices. Aprovechaba que ella no podía verle para observar la perfección de su rostro, una tristeza que se fundía en los pómulos, una frente lisa y recortada por dos mechones de rizos oscuros que se derramaban hasta los hombros, sus ojos profundos y vivos parecía observar el infinito. Sus pechos redondos bajo la blusa... Me llamo,

Noelia, por favor, claro que puedes sentarte, es un placer, balbuceó. En sus labios las palabras se llenaban de emoción contenida.

No parece... sí, lo sé, perdí la vista hará dos años, hereditario, un caso difícil, pero no quiero hablar de eso ahora, añadió restando importancia al asunto, cuéntame sobre ti, Alberto, qué ocurrirá con Camila, no parece tan buena, sí, tienes razón, se nota que sigues la serie, claro, a diario, no me pierdo ni un episodio, los días que tengo visita al oftalmólogo mi hermana me lo graba, tomaré otro café, hace una tarde perfecta para charlar, quién hubiese dicho, tú aquí...

Tres horas después la acompañó a su apartamento. Sube si quieres, tengo coñac...

La noche, tras el rosáceo crepúsculo que se agitaba en las pupilas de Aurelio, bullía. En la sala de estar de Noelia las primeras barreras de timidez se habían derrumbado y una línea transparente pero sólida comenzaba a dibujarse en ambos sentidos. La niebla que poblaba los ojos de ella era el refugio tácito de la desnudez emocional de Aurelio. Se fraguaban los corazones en un incipiente calor que se tejía en las primeras frases, el tintineo del hielo en el coñac, algo de magia, porque Aurelio era Alberto, su prosodia algo disimulada y firme como la de Alberto Veracruz, una representación de carne y hueso, en el sofá de una extraña, tu voz, amo tu voz, decía medio en broma, siempre te oigo a ti, los demás me dan un poco igual, una sonrisa que se desplegaba como unas alas incandescentes de mariposa, una escasa falda que no ocultaba las piernas suaves de Noelia; dos finas piernas que se cruzaban de izquierda a derecha buscando la posición adecuada, un juego delicioso para los aturdidos sentidos de Aurelio, y sírvete tú mismo otra copa. Las primeras estrellas refulgían en la noche azul. Las nubes huían como jirones inservibles de una sábana olvidada y cenicienta. Amo tu voz, dijo por última vez antes de sucumbir al beso de Aurelio. Se midieron las bocas con deseo y Aurelio sintió que una parte de la ceguera que anidaba en Noelia resbalaba en su pecho a través de la boca y le revoloteaba oscuramente como un enjambre de avispas hambrientas en el estómago.

No, no apagues la luz, no me importa que me veas. Se desnudó lentamente para que Aurelio fuese testigo de un cuerpo blanco como el mármol y perfecto como una estatua de Bernini. Sus muslos eran alargados y duros como rocas y al rozarlos tuvo que esforzarse para no desfallecer de placer mientras oía la dulce voz que lo llamaba, Alberto, Alberto, por fin... y se escondió aún más en la silueta de Alberto y fue Alberto y Alberto fue él. Sin apagar la luz hicieron el amor escondidos por la oscura noche que gruñía tras los cristales.

Cuando se marchó ella aún dormía.

De vuelta a casa, aspiraba el indeleble y amargo aroma a sexo que impregnaba sus dedos para corroborar que no había sido un sueño. La noche brillaba como si una pantalla de cristal cubriese el cielo. Sintió felicidad. Seguidamente tuvo miedo de que esa felicidad le abandonase.

No pudo conciliar el sueño hasta bien entrada el alba. Al día siguiente en la emisora no dejaba de evocar la nívea imagen de Noelia. Sus ojos ciegos y su cuerpo turgente y salobre formaban un laberinto en el que sus recuerdos se disfrazaban con la voz y el espíritu de Noelia. Y una pregunta le sobrevino: ¿quién es ella? ¿Quién? Porque podía afirmar que era una extraña que había conocido en un bar y con la que se había acostado. Una mujer. Pero envuelto en el halo de tristeza que impregnaba su existencia, el encuentro no parecía serle tan casual.

Era su turno, dijo sus frases y esperó en silencio mientras Camila le reprochaba un encuentro frustrado en el páramo, la voz de Camila le llega como desde muy lejos, es su turno, la réplica que todos los oyentes esperan, pero cuando habla las palabras son falsas, no van a Camila sino a Noelia, es a Noelia a quien dedica sus pensamientos y la única mujer real que existe para él. Acaba la emisión, has estado extraño, Aurelio, un poco ausente, tal vez deberías tomarte esos días

que te corresponden, podemos hacer un descanso en la novela, unos días sólo, cambiar algún diálogo, nos vendrían bien a todos... Sí, tal vez sea lo mejor, sí, claro, Jairo, tienes razón, unos días me harán bien, así podré estar con Noelia, piensa para sí, esa es la única razón que existe. Noelia es ese inesperado leño que lo ha de salvar en el oscuro océano de su mediocridad. Cuando todo parecía perdido Noelia aparece y en la inexpresividad de sus ojos encuentra la luz que lo habrá de guiar, un paso adelante, ascendiendo, alejándose de su infierno, peldaño a peldaño, Noelia, por qué...

Antes de llegar a su casa se detiene en una cabina de teléfono. Marca el número que Noelia le dictó en una servilleta de papel. Suena un par de veces hasta que la voz de ella surge por el aparato. De inmediato la estrecha cabina rodeada de inhóspita ciudad, se inunda con la presencia de Noelia. Estaba esperando tu llamada. Te llamo desde la cabina porque no aguantaba a llegar a casa. Hablan durante más de una hora, me muero por abrazarte, Noelia, sí yo también, pero ahora no es buen momento, estoy resfriada, no me encuentro muy bien, mejor otro día, he pedido unos días en la emisora, qué te parece si..., pero al momento intuye que la propuesta es precipitada, casi no se conocen y no quiere apresurar las cosas. Yo también te echo de menos, Noelia habla como si se conociesen de mucho tiempo y a Aurelio le agrada la complicidad, el ritmo cercano de ella, imagina su cuerpo atlético y lechoso... Mañana te llamo, Alberto, mi amor. Y Aurelio no se atreve a corregirla, lo deja pasar y aguarda hasta el día siguiente.

Cerca de las dos, Noelia llama a Aurelio. Necesitaba oír tu voz, si quieres me acerco a tu casa, yo también necesito, no, mejor por teléfono, impone ella, ahora no es buen momento, pero imagíname, ya conoces mi cuerpo, imagíname desnuda mientras te hablo, igual que hago yo, es lo mejor de momento. Aurelio siente un pánico atroz, una especie de burla, pero entiende que Noelia es sincera y le ofrece su voz. Él acata el tácito pacto, continúan departiendo, hay ternura en sus palabras, Noelia es un umbral que Aurelio o Alberto traspasan. Llega al otro lado, acariciado por la serenidad de Noelia, se reconoce en ella y es por eso que no es capaz de volver sobre sus pasos. Como vivir en un sueño en el que no sabes que estás soñando. Pero lo aceptas porque eres feliz en él. Su vida es muy aburrida, un viudo sin hijos que trabaja en la radio, pocos amigos, costumbres monótonas, así que va deslizándose algún dato inocente de Alberto Veracruz en su biografía, la finca en el campo, los paseos a caballo cada domingo, embadurna su anodina vida con el ungüento milagroso de la ficción consentida. Ella no protesta. Al contrario. Noelia reclama a Alberto y a través de la distancia que impone la línea de teléfono todo fluye sin contrariedades. El frío bloque de las latitudes que los embarga adelgaza y es compensado con la creciente voz de Alberto. Alberto Veracruz se impone y Aurelio acaba esquinado y mudo en un ángulo muerto. Tras la inusitada conferencia, Aurelio se siente desfallecido. Sabe que Noelia es feliz porque ha hallado a alguien. Pero, a cambio, él se ha perdido a sí mismo. Un extraño intercambio en el que no ha salido muy bien parado. Pero qué más da. Tiene la sensación de que Noelia está ahí de algún modo, puede sentir sus brazos anudando su cuello, sus senos apretados contra su pecho, la blancura de su piel cegando el oscuro desnivel que se ha producido en su alma.

Los días pasan. Vuelve a incorporarse a la radio. Sus actuaciones pierden brillo y Jairo le advierte que se esmere o perderán la audiencia. Y recuperar audiencia es más difícil que perderla, le amonesta casi con ironía. Pero a Aurelio le da igual. Reserva su energía y su voz para Noelia. Cada tarde desde su casa por teléfono. Sólo voces que se desnudan a través del teléfono.

Después del primer encuentro no se han vuelto a ver. Hace ya tres meses. Pero cada día conversan y hacen el amor por teléfono. Ella se muestra solícita, apasionada, cercana. Intuye los deseos del pobre Aurelio y los colma con una respuesta inmediata y correspondiente. Aurelio se

deja amar. Y ama. Aunque Alberto no le permite que el triángulo se estire hacia su lado. La contingencia telefónica se extiende en los días y las semanas porque cuando menciona la idea de un encuentro físico ella se deshace en frías evasivas, hoy me es imposible, tengo médico, mejor otro día, estoy fuera de la ciudad, sí, yo también siento eso por ti, por qué lo dudas, no te he fallado ni un día desde que nos conocimos, es mejor no adelantar los acontecimientos. Y Aurelio comprende que no tiene nada que hacer y cede. Alguna vez ha pasado por delante de su casa. Pero no se ha atrevido a llamar. Sabe que si irrumpe en su intimidad la puede perder, ella ya le advirtió. No, mejor esperar. Esperar...

Un año después Aurelio comprueba que está enamorado de un fantasma. El recuerdo de una sombra blanca que casi no recuerda ya. Una imagen que pertenece más a su olvido que a su memoria. Noelia, la hermosa joven que conoció en aquella cafetería, es sólo una quimera. Ahora sólo tiene una voz. Un susurro que con el paso del tiempo ha ido decorando con toda clase de símbolos. Ahora, aunque él no lo sabe, ella es, en su imaginación, discretamente más alta, su piel menos blanca y sus ojos de un verde inexistente. Ha inventado unos gestos (se aparta la oscura cabellera de la frente con elegancia, una forma lánguida de mirar mientras hacen el amor) para suplir el vacío que se teje en su corazón. Ha dibujado mil recuerdos, paseos por el parque de Floridablanca al atardecer, abrazos, palabras musitadas al oído en forma de secreto u oración. Sin darse cuenta hace lo que miles de mujeres hacen con respecto a él. Incluida Noelia. Dar vida a una voz. Pero Noelia no se ha conformado con la unilateralidad dolorosa de la voz lejana. El grito silencioso que le ha estado llegando desde hace tanto tiempo, tan dulce, tan doloroso, la ha impelido a erigirse demiurgo. Ha fabricado un Adán para ella sola. Lo ha delimitado con un trazo grueso y torpe y lo ha colocado donde ella ha elegido. Ahora, Aurelio, el precario Adán que Noelia-Eva-Demiurgo ha creado se desvanece lentamente como un muñeco de nieve en el desierto.

Necesito verte, lo necesito ya, Noelia, por lo que más quieras... Está desesperado y se enfrenta a su destino sabedor de que lo apuesta todo.

Lo siento, Aurelio, pero no te conozco. Nombra a Aurelio por primera vez. Un día amé a Alberto Veracruz. Pero ya me cansé del juego idiota.

Noelia ha recobrado la vista y la sensatez y olvida al pobre desgraciado al que ha soportado por puro entretenimiento.

RETRATO DE MORELLA CON FONDO AZUL

‘El día sólo nos avisa de que la noche nos aguarda’

Edgar A. Poe

1

Cuando leí la carta comprendí que nada comprendía. Ella me había abandonado hacía ya un mes. La soledad y la tristeza son dos caras de la misma moneda. Por más que me empeñase en voltear mi suerte en el aire siempre obtenía las mismas respuestas. Cara o cruz, soledad o tristeza. Morella me abandonó un día sin previo aviso y sin una mala explicación. Nuestra relación naufragaba por las aguas pantanosas de la desidia y el desamor. Yo la amaba pero el amor no es siempre suficiente. Se marchó. Y estas cosas siempre llegan por sorpresa. Como una tormenta que se viene anunciando, no haces mucho caso y finalmente arrasa tu vida y tu corazón. Morella

desapareció y nunca más supe de ella. Hasta ahora. Esta mañana. Ha llegado una lacónica carta sin sellos ni remite: *Ven, estoy aquí*. Me insinúa que sé dónde se encuentra. Una especie de juego macabro. Paso de la perplejidad al asombro y de la soledad abrumadora a la perturbadora compañía de un fantasma del pasado que ha regresado a mi vida de improviso. ¿Qué querrá decir esta misiva? ¿Tiene la vida sentido, al fin y al cabo? Al menos la mía no lo tiene o es que no logro alcanzar algunos de los destellos que refulgen en mi existencia de una manera arbitraria.

Después de estudiar el extraño papel garabateado con sus palabras esbeltas, la o alargada y la t estilizada como una sierpe concluyo que sí, que es su letra, sin duda. Ella se marchó hace más de seis días sin decir una palabra, sin anunciar su huida. O quizá sí. Tal vez me estuvo enviando señales durante mucho tiempo y yo no supe interpretarlas... ¿Será verdad que, como repetía ella, hablamos distintos idiomas?

Miro por la ventana y el azulado y quieto cielo no parece aceptar que aquí está comenzando a levantarse un huracán. Mi vida se reduce a este presente extraño en el que las piezas inexactas de un rompecabezas se disputan mi destino. Porque mi pasado, ahora lo sé, se compone sólo de pérdidas. Y quejarse no solucionará nada. Así que, a pesar de que mi ayer es una gran farsa repleta de vacío, no pienso gastar ni un segundo en lamentarme. No hay marcha atrás. Sólo he de mirar al futuro. Y mi futuro comienza ahora descifrando por qué Morella se marchó sin avisar y qué significa esta nota que ha aparecido en mi buzón: *Ven, estoy aquí*.

Dónde estás, Morella, dónde y por qué...

2

Se llevó todas sus fotos. Y por supuesto el resto de sus pertenencias. Sólo me quedó el silencio. Y el cuadro de tonalidades azuladas en el que ella abraza un árbol bajo la luz débil de una luna que la ilumina como en un sueño hermoso. Ahora, al contemplar sus lánguidos ojos y su melena negra, comprendo que no nos conocíamos. Me parece una extraña. Ella nunca fue mía y yo nunca comprendí su forma de deambular por el mundo. Tal vez esa sea la razón por la que se haya marchado. Miro la extraña imagen de la mujer que vivió conmigo nueve años. Abrazada a la rugosa madera del tronco. El árbol parece más viejo y ella no tiene la sonrisa tan pronunciada. Casi una levedad que simula una mueca de desasosiego. Tal vez, en este cuadro halle las claves de algo que no he sido capaz de vislumbrar en muchos años... Nueve años, miles de días que no sirven más que para confirmar que estamos solos a pesar de vivir en compañía. Incluso nosotros mismos somos indefectiblemente habitados por la insondable soledad que hay en el universo. Estamos siempre solos a pesar de que nos dejemos engañar con el amor y de que compartamos nuestro tiempo con otras personas que también están solas. Y quizá Morella se dio cuenta de que vivía junto a un espectro y por eso se marchó. Contemplo el retrato. Medio cuerpo, su hermoso busto y los finos brazos acariciando el tronco de un azulado y antiguo árbol que jamás existió. Morella, igualmente, es como si nunca hubiese existido. Un sueño. Hasta ahora mismo. Hasta este momento en el que he recibido la enigmática frase: *Ven, estoy aquí*. Intenta herirme o volverme loco. Quizá sólo busca ayuda. ¿Algún terrible problema le impide volver conmigo? ¿Ha sido llevada a la fuerza y por eso no se despidió? En el cuadro advierto detalles en los que antes no me había fijado. Hay una mansión en el fondo izquierdo. Me es familiar pero no consigo establecer un vínculo entre la imagen y mis recuerdos. Es una casa en dos plantas, amplia, de fachada neoclásica flanqueada por blancas columnas de alabastro. El tejado a dos aguas divide el edificio en dos mitades desiguales. La luz de la luna desdibuja la silueta de la casa pero igualmente se aprecian detalles como las amplias ventanas iluminadas y la puerta entreabierta. La noche azulada

del cuadro es fantasmal y trágica. Morella parece querer decir algo en ese silencio que embarga la perturbadora imagen del retrato. No mira al frente pero tampoco esconde la mirada. Se sujeta al árbol como si de él dependiese su vida. Se adivina cierto temor agazapado en su rostro y quizá ese secreto que recoge el cuadro sea la respuesta a la repentina huida de Morella. En el lienzo, además, hay otros detalles que no había detectado con anterioridad. Es como si la imagen del óleo hubiese fraguado cambios en mi ausencia. Es una sospecha idiota y pueril como la sensación de que nuestro reflejo adquiere vida cuando apartamos la mirada del espejo. Pequeños detalles y sombras provocados por la incidencia de la luz lunar. Sutiles matices de perspectiva que no he sabido apreciar y que ahora se presentan agrandados por la falta de conocimiento previo. Si no fuese una locura juraría que la luna se ha desplazado unos milímetros y que la luz cadavérica que bañaba la casa, el árbol y el rostro de Morella hubiese infligido un cambio. El tono celeste se ha tornado en un azul eléctrico y algo misterioso y vital recorre el lienzo. No puedo seguir mirando el cuadro por más tiempo o me volveré loco.

3

He dormido a intervalos. En mi cama el sudor y las pesadillas han transformado la noche en una especie de humedad vaporosa que recuerda más a una travesía en barca que a la placidez de la alcoba. En los extraños sueños aparecía el cuadro de Morella abarcando todo mi campo de visión. Como si yo estuviese atrapado dentro de él. Morella abandonaba su posición junto al árbol y me miraba. Sus gestos eran lentos y sin mover los labios me hablaba. *Ya me has encontrado, por fin...* Y en ese momento de felicidad casi absoluta comenzaba a sentir que su imagen se deshacía, las capas de pintura que formaban su piel se descomponían en finas láminas que caían al suelo y Morella parecía una serpiente que abandonase su cuerpo real para transformarse en un sucio fantasma. Todo se tornaba ferozmente desolador, el azul pictórico de la pesadilla se apoderaba de la situación y la horrible imagen de Morella, a pesar de que trataba de huir de ella, estaba cada vez más cerca. Desperté sobresaltado y comprendiendo que la verdadera pesadilla me esperaba en la vigilia, en mi propia casa, en el cuadro. Me dirigí al salón y encendí la luz. Allí estaba mi alucinación diurna. La imagen reanudada de mi inhóspito sueño. Me equivoqué al creer que la visita al cuadro me tranquilizaría. Que me vería reconciliado con la realidad, y que los espectros se desvanecerían. Me equivoqué. Morella atrapando al árbol con sus brazos me pareció una escena tétrica y oscura. El azul que teñía todo la pintura me abrumaba. Y mis nervios se crispaban por momentos. Me estoy volviendo loco, pensé. Recordé que un día el cuadro me había parecido hermoso y seductor. Pero visto a través de la soledad su fuerza se tornaba terrible y amenazadora. Cuando me disponía a volver a la cama sentí un temblor que provenía de la pintura. Casi imperceptible pero real. Fijé la mirada en el óleo pero no hallé nada extraño. Salvo quizá un pequeño destello en los ojos de Morella. Su tímida sonrisa parecía derivar en una evidente y menos disimulada carcajada. Aunque no estoy del todo seguro, quizá la oscuridad o mi memoria me jugasen una mala pasada, deduje. Y el cuadro, toda la imagen del cuadro, es una ligera variación del que yo recuerdo. Es como si me hubiesen dado el cambiazo. Hay detalles: su cabello negro parece alborotado, la mirada, antes ausente, parece querer escurrirse hacia el espectador. Y, lo más llamativo, la puerta de la mansión al fondo de la pintura está un poco más abierta. La luz macilenta que proviene de la casa se ha incrementado levemente y asoma por las ventanas y por la puerta principal. Claro, esto es imposible... así que lo mejor es que me acueste y trate de dormir. Tomo un somnífero y me voy a la cama. Sueño con la tela azul que me envuelve, Morella es un ser de plástico que me abraza como si yo fuera el árbol. Con una fuerza

sobrehumana. Es una pesadilla oscura y añil como la noche y la angustia. Fiebre, tengo fiebre.

4

Amanece. Me encuentro más cansado que ayer. Preparo un café mientras medito sobre la desaparición de Morella. Ella había dejado de quererme, de eso estaba seguro. Pero hay detalles que han sido borrados de mi memoria. Huecos blancos como paredes vacías usurpan el lugar de esos momentos que no logro recuperar. Sé que están ahí pero no consigo acceder a ellos. Como intentar recordar un resbaladizo sueño. Nuestra vida había llegado a un punto sin retorno. Las noches no nos servían como refugio y la ilusión había viajado a algún lugar remoto del que no teníamos noticias. Éramos dos columnas distantes y mudas que sostenían un mismo templo erigido en honor al dios del vacío. Nuestras conversaciones se limitaban a los usuales y sucintos salmos que rezábamos en nuestra rutinaria liturgia del desamor y la cotidianidad. Como una fractura ósea. Por fuera nuestros cuerpos simulaban la existencia conjunta de siempre. Pero, en el fondo de nuestros caparazones el hueso que sostiene el alma y mantiene en pie nuestra humanidad estaba quebrado. Y la cicatriz se extendía a todas las planicies de nuestra relación. Todo eso lo comprendo aunque me haya costado aceptarlo. Pero el misterioso juego triangular que se establece ahora entre ella, yo y el cuadro escapa a mi vulgar forma de asimilar la realidad. Porque intuyo que entre ella y yo está el retrato. Sé de un modo casi animal que la pintura tiene que ver con su desaparición más de lo que parece. O al menos está vinculada a su retorno, a la extraña carta que recibí de Morella.

He colocado una silla frente al retrato y me he sentado. Lo observo con una minuciosidad de pintor de atardeceres melancólico. El cuadro es una pieza inmóvil que tiene la capacidad de introducirse en mi alma. Hay algo de inexacto en la pintura, como un querer comunicar el sentido último de un secreto, la azulada tonalidad que en algunas zonas roza el negro de la noche y en otras el abismo del océano. La luz amarillenta de la luna que inunda el paisaje y la lejana casona. El pelo oscuro de Morella que el invisible viento desordena. Un viento que igualmente agitará las hojas de la copa del árbol. Una brisa molesta que se escuchará en la quietud de esa noche ancestral en la que Morella parece aguardar algo. Quizá espera que yo emprenda su búsqueda. Quizá, sólo huye de mí, o se burla de mí. Cómo saberlo. La puerta de la casa está totalmente abierta y un borrón se ha dibujado en ella. Como si la pintura se hubiese corrido. Una mancha absurda que parece una sombra distante en el umbral mismo de la casa. Fumo un cigarro tras otro. El humo crea una neblina grisácea que se extiende como una nube entre la pintura y yo. Me escuecen los ojos, me los froto y mi vista se nubla y creo intuir que Morella mira ligeramente hacia la casa, es un extraño efecto óptico, porque es imposible, lo sé, la mansión se encuentra al fondo del lienzo, y Morella que mira ligeramente al frente parece desplazar las pupilas hasta el rabillo del ojo con recelo y temor, y hay tensión en todo su cuerpo...

5

Me he quedado dormido en la silla mientras vigilaba el óleo. Sé que estoy dormido pero mi consciencia establece una continuidad y se aferra de un modo desesperado a la acción previa. Sigo mirando el cuadro y Morella se agita y suelta el tronco del árbol. Me observa con una ausencia de pudor que me intimida. Y a la vez me subyuga, la mirada incluye lo más recóndito y femenino de Morella y es irresistible. La pintura vibra como si fuese una sustancia gaseosa. Las dimensiones de la casa del fondo parecen descuadrarse del lienzo. Hay un desenfoque y la mansión es más grande o está más cerca. La sombra en el umbral de la puerta principal va

adquiriendo una forma cada vez más precisa. Es un hombre y avanza a paso lento hacia Morella. Intuyo el peligro pero no puedo hacer nada. Corre, Morella, grito desde mis adentros. No sé si me escucha. Morella, en un acto inesperado, huye despavorida. Y despierto.

6

Las cosas se han vuelto más y más extrañas desde que recibí la escueta carta. En todos mis sueños la imagen insidiosa del cuadro de Morella aparece. Y cada vez es más turbadora y maléfica. Hay algo terrible y macabro que no logro comprender. Lo siento como un escalofrío que recorre mis nervios y no me permite concentrarme en nada más. Llevo varios días sin abandonar mi casa. Tengo miedo de que algo horrible ocurra en mi ausencia. No sé qué es lo que puede suceder pero está ahí y yo parezco ser su finalidad.

La casa es cada vez menos tranquila. Todo parece invadido por la azulada presencia del lienzo. He pensado que tal vez debería deshacerme de él. Pero no puedo. Es un sentimiento de atracción-odio el que ejerce el retrato sobre mi persona. Paso el día revisando los detalles del cuadro. Hay diferencias con la pintura que yo recuerdo. Morella parece tornar la cabeza de forma oblicua y mirar hacia la casa. La silueta humana que apareció en el umbral es ya claramente una figura masculina que avanza hacia Morella. Observo la tela detenidamente para descubrir la mano burlona de algún enemigo que busca mi locura. Pero no he abandonado el cuadro en días. Es imposible. Y la forma del hombre que se desplaza en el lienzo es de óleos secos que fueron pincelados en la obra mucho tiempo atrás. Tengo miedo a dormir. Siento la intrusión de la pintura en mi vida como una inexorable fuerza que no se detendrá con nada.

7

He tomado pastillas euforizantes y una gran cantidad de café. Pero la inercia del sueño me empuja hasta que me despeño por el acantilado de la pesadilla. La casa, mi cuarto y los muebles. Todo. Todo es azul espeso y melancólico. Lo primero que hago es recordar a Morella y su forma estática y fría en el retrato. Me despierto y acudo a visitar su imagen que parece evocar la lánguida sospecha de un antiguo rito inacabado y mortal. Todo se escurre por la noche de cobalto en una ensoñación que se desprende de otras cosas que no llegaré a comprender jamás pero que están ahí, y Morella aguarda y me dice en secreto que la siga por el camino de la casa y el añil de su piel es una realidad palpable, siento su mano fría que toma la mía para que la siga, vamos a la casa, me dice, y la acompaño y no doy crédito a lo que sucede porque tengo un terror indescriptible pero la sigo sin rechistar. Todo continúa de un azul intenso y abrumador y cambiante y oceánico. Sé que todavía estoy en el sueño pero el miedo no me abandona. Morella tira de mí, sin volver la vista, sin dedicarme una mirada de complicidad. Intento hablar con ella, preguntarle que a dónde vamos, que me explique qué está ocurriendo. Se detiene en seco y clava su mirada en mis ojos, me atraviesa y siento que hay odio en su corazón. No te detengas y comprenderás todo, musita, y continúa la marcha hacia la mansión. A lo lejos, desde la mansión, la figura imprecisa de alguien que viene hacia nosotros. Es la sombra que se formó en el umbral y que avanza a paso lento. Nos cruzaremos con la figura en unos instantes. Ya casi la tenemos encima, puedo ver su rostro y no doy crédito: soy yo mismo. Despierto y tengo la impresión de que el sueño no se ha deshecho del todo, que sigue aquí entreverado con la respiración y los arañazos de las sábanas. Todo es azul y distinto. El azul de la pesadilla ha bordado la frontera de mis sueños y se ha derramado delante de mis ojos. Como una pátina de irrealidad. Mi cuerpo parece aletargado y mi vista nerviosa comienza a inspeccionar el entorno. No lo reconozco: muebles antiguos,

candelabros y esculturas de bronce decoran la estancia. El ambiente de luz azulada desentona con la atmósfera de suntuosidad de la alcoba. ¿Dónde estoy? Me encuentro descolocado. Me levanto de la cama, de la desconocida cama. Me hallo en una habitación desconocida y estrafalariamente decorada en un estilo clásico. Hay una nota sobre la mesilla de alabastro: *ven, estoy aquí*. Abandono el dormitorio y accedo al pasillo principal. Es un corredor amplio y deduzco que estoy en una edificación antigua y vasta que no reconozco. El suelo es de mármol y las paredes están decoradas de retratos en estilo barroco. El azul, el azul impera en toda la mansión. Comienzo reconocer el sitio. Llego hasta la puerta principal y la abro. Afuera, un pórtico con columnas azuladas de mármol. La luna amarillenta despliega un haz de luz falso y demacrado que baña el jardín y un sendero. Al fondo un árbol esbelto y arrugado. Estoy del otro lado. Comienzo a andar lentamente por el camino que acabará junto al árbol. Bañado por el azul de la noche, al fondo, más allá del árbol, creo ver la silueta de Morella que me mira desde el salón de mi casa con una mueca irónica y vengativa.

TE AMARÉ TODA LA MUERTE

*Para Anabel,
que comparte mi sangre y mis miedos*

En estas profundas grutas nuestros ataúdes han hallado una insospechada calma. Nerea y yo fallecimos en un accidente de tráfico. No obstante, y a pesar de las vicisitudes de la vida ultraterrena, nuestros precarios cuerpos siguen resistiendo los embates del tiempo y de la muerte. Nerea, cadavérica hembra, conserva sus hermosos ojos verdes que refulgen desde dentro de su calavera. Y sobre todo, mantiene su cabello, que grisáceo y poblado de arañas, es profuso y hermoso. Parece una salvaje rosa de la muerte, una enredadera abisal de corales cenicientos. Su cuerpo ha comenzado a pudrirse aunque persiste el frágil contoneo de sus años vitales y lascivos. Sus harapientas ropas van cediendo a la fatiga de los días y se adhieren a sus huesos y a los restos de su descarnado cuerpo formando una improvisada mortaja negra que la envuelve. Parece el hermoso ángel de la Muerte cuando corre como ausente por entre las tumbas decaídas.

Todavía conservo vagos recuerdos de cuando vivíamos en el mundo de los vivos y acariciaba sus voluptuosos senos y besaba sus carnosos labios. Lo recuerdo como un placer fatal y blando. Ahora sólo logro palpar sus blancas costillas como astas de ciervo. Sus manos huesudas no acarician gatos ni recogen flores frescas en las tardes de primavera... pero sí que enredan hiedras y serpientes que acuden a su regazo a jugar en las noches de más claras lunas del cementerio.

Somos felices. Yo aún guardo un reloj de pulsera que siempre marca la hora exacta del accidente. Del comienzo de nuestra nueva alianza en el infierno. También sigo vistiendo el traje que llevaba puesto aquel póstumo día. La sangre se ha secado y dibuja un extraño estampado en mi suéter de lana. Mi carne, aparentemente, no se pudre tan fácilmente como esperaba. Los gusanos y otros pequeños comensales celebran el festín de la corrupción desde adentro. Los siento en mi interior. Es un bullir como de olla a presión, un hormiguelo, mordiscos livianos y chirriantes. Recuerdo un día que al descubrir a Nerea junto a un arcaico mausoleo bizantino sentí la belleza de la noche que recortaba su figura escuálida y femenina como en una pesadilla. Un sentimiento de amor inundaba mi alma podrida. Le dije: te amo. Te amaré toda la muerte. Y sentí las mariposas por el estómago... no, respondió ella cuando se lo conté después. No, no son mariposas, sólo son

lombrices que recorren tus intestinos. Comenzamos a reír como dos locos y hasta los espectros más añejos que vigilan la medianoche se estremecieron de emoción. Agarré su hermosa mano huesuda, acaricié su grisácea melena de flores y tarántulas y besé su frágil calavera como de porcelana. Si tuviera piel en las mejillas, confesó, me sonrojaría. Y de las carcajadas perdió algunos huesos de la columna y mi ojo derecho se coló hacia adentro. Lo sentí rodar por la garganta y ya los gusanos lo habrán devorado como si de una bola de azúcar se tratase. Soy feliz, somos felices y ya la noche no nos da pavor.

Ayer encontré un espejo roto de los que olvida la gente entre las lápidas. Pude contemplar mi rostro de nuevo. A pesar de la negra cuenca que se abre como un pozo en mi ojo derecho, y de que mis labios se pudrieron y mis dientes asoman en una diabólica sonrisa sigo teniendo mi atractivo. Nerea me ama, siempre ha sido así y cada noche alaba mis virtudes mortales y hacemos el amor en nuestros exiguos ataúdes de fieltro carmesí. Jadeamos como hombres-lobos y el suelo retumba con tal estruendo que algunos zombis vecinos nos han confesado que temieron la sacudida de un terremoto. No importa, oímos que suspiran sin consuelo, ya estamos demasiado muertos para espantarnos.

Intuyo que también son felices a su manera.

Muchas noches de luna llena nos deslizamos silenciosos entre los sepulcros y el viento; nos agarramos de las manos y Nerea se emociona. Nos agazapamos como una densidad informe de huesos y sombras y nos escondemos en el hueco misterioso que se ha formado en el umbral de un viejo castillo que linda con nuestra necrópolis. Allí, atravesados por telarañas y los silbidos de murciélagos, nos miramos a las cuencas de los ojos. Evocamos aquella otra vida que ya nos parece un sueño lejano y casi olvidado. Buscamos restos de cristales y asfalto del accidente que se esconden entre los pliegues de la carne y nos burlamos del destino por aquel golpe doloroso que nos ha regalado la Eternidad. A veces, guarecidos en nuestra fortaleza de piedra y noche, nos callamos de golpe porque hemos oído pasos que se acercan. Un ánima o un cazador de fantasmas. Contenemos la respiración. El caminante nocturno parece valiente y decidido pero cuando descubre nuestros rostros su cara palidece y corre como si nosotros pudiéramos hacerle algún daño. Es por mi ojo tuerto, digo yo. No, que va, es por mi cabellera blanca y despeinada que parece una medusa enfurecida, ríe Nerea. Acaricio su pelo gris que cada vez es más duro y se enreda y no deja de crecer como la hiedra. Ella introduce su falange huesuda por mi ojo vacío y acaricia mi cerebro y me hace cosquillas.

Por el día, en los amaneceres invernales, compartimos el mismo féretro. No hay mucho espacio pero necesitamos el uno del otro. No hace frío pero lo percibimos, tal vez por el recuerdo. Tal vez por la costumbre. Tal vez por el miedo a estar solos en la eternidad. Así que nos apretujamos y cruzamos los días gélidos enmarañados en un solo cuerpo. Dos amantes que se desvanecen y se pierden en las profundidades de la muerte. Pero dos, al fin y al cabo...

En aquel rincón en el que la suerte me deparó un espejo roto, hoy encontré una canica de cristal. Es roja y brilla como una estrella a punto de estallar. La he colocado en mi cuenca vacía y, según Nerea, mi mirada es salvaje y escandalizadora. Como lumbre en la penumbra. Como un fuego fatuo transitando bajo los oscuros cipreses. El único problema es que refulge considerablemente y ciega a quien se cruza en mi mirada. Mi ojo se ha vuelto insoportable. Encandila. Incluso Nerea entorna sus párpados cuando nos besamos. Y cada vez le molesta más porque su fina piel se deshace como alas de libélula moribunda. Y en las noches más negras, si correteo por entre las callejuelas de los panteones, parece como si una luciérnaga se hubiese vuelto loca y huyese del infierno.

Nerea está sentada sobre una tumba blanca de un niño que ninguno conocemos. Sólo, los datos del mármol, su edad: 7 años y sus iniciales: H.O.R. Oímos su llanto que brota del pequeño sarcófago de jaspe. Nos produce lástima y Nerea se sienta todas las noches un rato para consolarlo. Hubieses sido una buena madre si hubiésemos vivido lo suficiente. Oigo su dulce y sepulcral voz que canta una nana, y el llanto cede. Contemplo su grisácea cabellera blanca que el viento ondea sobre sus níveas clavículas y vuelvo a sentir el apabullante rumor de mariposas enamoradas o insectos hambrientos en mis vísceras. La amo, es tan humana a pesar de ser una muerta. Ella me mira tiernamente como si adivinase mis pensamientos. Sonríe y la pálida luna reverbera en su osamenta blanquecina y bella. Acaricia la joven tumba como si fuera una cuna. El niño cadáver se habrá creído que duerme y será feliz y soñará con sus padres aún vivos y abatidos. Es una pena, será un niño para siempre y vagará por estas exangües nocturnidades cargado con el peso de la inocencia. La muerte precoz es como saltar desde un precipicio sin final. Una caída infinita en el vacío, inerte y mortal, perpetua y hueca...

Mañana hará un año desde que fallecimos. El tiempo ha dejado de importarnos pero, fieles a las antiguas costumbres que rigieron nuestras efímeras vidas, hemos decidido celebrarlo. La felicidad y el amor no entienden de tránsitos. No habrá un restaurante de etiqueta, por supuesto, ni regalos ostentosos que se paguen con tarjetas de crédito a largos plazos. No. No queremos dibujar una continuación de nuestra antigua existencia ni de sus días con sus rutinas. No. Acaso hemos olvidado nuestro aniversario real. La muerte erosiona la memoria y casi hemos olvidado los rostros y los nombres de los viejos familiares y amigos y quiénes éramos entonces. El olvido anega nuestras noches de forma lenta pero eficaz. Así que, como aún nos amamos y eso no se olvida, queremos festejar nuestra nueva eternidad juntos. Y como la fecha de nuestra muerte sigue cincelada en nuestros ataúdes de alabastro esos serán el mes y el día que celebraremos cada año.

Y mañana es nuestro primer aniversario en la Muerte.

Hemos optado por una velada íntima en un apartado recodo del camposanto. Es un lugar romántico porque en estas fechas la luna desprende su dorada luz desde la primera hora del crepúsculo. Unos lánguidos rayos lunares iluminan el rostro de un ángel de mármol erigido sobre una sepultura. Es un ángel verdeado por el musgo que sonríe y sus alas dan la impresión de ser de plumas y en cualquier momento, susurra Nerea, comenzará a volar sobre nuestras cabezas, será Cupido y nos clavará sus flechas. Allí, en aquel improvisado nicho de amor, la luna y el ángel de mármol serán testigos de nuestra desafortada pasión. Nuestro amor es eterno y sabemos que cuando nuestras últimas carnes se mezclen con el detritus y la fauna cadavérica de este solar seguiremos amándonos. Pero los gusanos y los ácaros y las moscas no hallarán nuestros corazones porque en un acto de sed y de lujuria enfermiza han sido ya consumidos por nosotros mismos. Yo tomé el suyo en mis manos y lo mordisqueé hasta que acabé saciado. La sangre corría por la comisura de mis labios y me relamía sintiendo que en cada gota Nerea se escurría entre mis manos. Ella, más prudente, envolvió el mío en un pañuelo y lo saborea día a día con tímidos mordiscos por miedo a que se agote. Pero el corazón, a diferencia del alma, no es infinito. Y ya no tenemos corazón y quizá tampoco alma. Pero somos felices y queremos celebrarlo. Así que mañana será el día. Nuestro primer aniversario.

La idea es que acudiremos a nuestro lugar secreto por separado. Cada uno portará un regalo para el otro. Cualquier cosa valdrá. Imitaremos a los enamorados felices que celebran las rutinas de sus vidas. Para ella he pensado varios regalos. Un corazón de perro para que sienta los latidos de nuevo en su pecho. Pero al instante desecho la idea por cruel. También se me ocurrió que un poco de musgo para rellenar sus flácidos miembros la haría parecer menos esqueleto de lo que es...

pero ella está orgullosa de su desnudez carnal y casi sería una ofensa. Y, por supuesto, he pensado en un anillo que decore su fría falange. Pero... el hueso no acoge bien el resbaladizo metal.

Ya es el día que consigna nuestra lápida como fecha aniversario de nuestra muerte eterna. En mi bolsillo guardo el obsequio. Le cambié a un vetusto espíritu, que falleció asesinado hará mil años, mi ojo de canica roja por una antigua diadema que recoja los blanquinosos cabellos de mi amada cadavérica. Es una diadema griega de cobre y sin brillo. Pero igualmente es elegante y pálida y Nerea podrá recoger su luenga melena para parecer una princesa inmortal. Me ha costado un ojo de la cara, mi ojo rojo que tanto deslumbraba a Nerea, pero ha merecido la pena. Estoy impaciente por ver su boca al recibir la sorpresa, el brillo de sus fulgurantes ojos verdes como esmeraldas en la noche. Me muero de nuevo por ver su pelo recogido en un moño alto que permita admirar su famélica nuca de marfil.

He llegado el primero a nuestro lugar del ángel de mármol. Hemos venido por separado, como acordamos, para no restar misterio ni emoción a nuestros regalos. Para crear un ambiente mágico en este momento tan especial. Me siento frente a los altos panteones agrietados por el tiempo. La noche es tranquila y la luna dibuja sombras en el suelo y en los muros de los mausoleos. En una de las paredes la figura negra del ángel parece arrancar en un vuelo irreal. Las cruces que coronan la mayoría de las tumbas se proyectan como torreones de una ciudad fantasmal y sórdida. Pero qué paz, qué felicidad me embarga en esta noche. Una silueta comienza a surgir de la penumbra. Tras las criptas góticas contemplo la efigie de Nerea aparecer como un fantasma temible y bello que desafía a la eternidad y a las gárgolas. Cubre su cabeza con un pañuelo oscuro y no puedo ver su melena de alambres. Se aproxima, casi parece flotar, y me acaricia la cara e intenta tocar, como es su costumbre, mi bermeja esferita ocular. En vano. Observo su rostro perplejo. Hay cierta decepción en su mirada verde y cansada. Pero tu ojo, tu brillante bola roja que tanto me gustaba, reclama casi con rabia. Se sienta a mi lado. Hay unos segundos de silencio y algún murciélago sobrevuela nuestras cabezas atraído por la singular escena de amor. Lo siento, pero he cambiado mi ojo por esto, verás que merece la pena, digo mientras saco la diadema y la coloco sobre sus cinco falanges. Cada vez Nerea parece más perpleja. Pero, pero... balbucea casi con el hálito suspendido y perdido en la incipiente noche. Se destapa la cabeza y la sorpresa de su gesto salta de inmediato al mío: su pelo no está. Una calavera calva corona el cuerpo de mi amada Nerea. Acaricio con ternura su cráneo desnudo, es suave como una bola de billar, paseo mi mano por su mandíbula amarillenta y pregunto: ¿dónde está tu melena, tu adorable pelo gris en el que escondíamos orugas y botones? Ella sin apartar la mirada de mi cuenca oscura y vacía suspira: lo cambié por un regalo para ti. Es una funda de piel de camaleón curtida para tu ojo. Cambia de color según el estado de ánimo, me dijo la hechicera calva que me la procuró. A cambio, por supuesto, de mis pelos. Pero, por lo que veo, ya no la podrás usar. Tampoco yo podré utilizar esta diadema, añade con resignación.

Un extraño silencio nos acoge en aquel rincón del cementerio en el que sólo habitan los cuervos y las mandrágoras. La tímida sorpresa cede a la carcajada desternillante y poblamos la noche de alaridos horripilantes. Me gustas igual con el agujero negro bajo tu ceja, me confiesa. Yo te amo, calaverita mía, le respondo con sinceridad, tu cabeza me servirá para jugar a los bolos cuando no la necesites para pensar en nada. Miramos los objetos inservibles que nos hemos intercambiado. Una funda para un ojo que ya no tengo y una diadema oxidada para una cabellera que no existe. Y comprendemos que simbolizan el amor. Son las piezas equivocadas e inconexas de un puzle de sentimientos imposible de construir; pero que sólo tienen sentido cuando están juntas.

CIUDAD ESCONDE TU NOMBRE

'-Nadie podrá escapar de aquí.

-Pero si no hay barrotes

-Por eso'

El Enmascarado

PREFACIO

No creía que pudiera llegar la noche tan pronto. La ciudad, hace unos segundos, continuaba tras la ventana y tenía nombre. Y un paisaje definido y obstinado. Era la imagen real de algo palpable, un vínculo con mi vida y la prueba irrefutable de que todo sigue el curso de la normalidad. Pero ha llegado la noche desdibujando los contornos antes precisos de esta urbe en la que me encuentro aprisionado. Ni siquiera un resquicio de soledad me sirve para justificar este silencio atroz con el que me visita la tibia oscuridad. Las ciudades son todas iguales. O todas las ciudades son la misma ciudad, y todos los silencios son el mismo extraño sonido que parece decir que el demonio nos está escuchando...

No hay manera, ahora lo sé, de escapar de esta ciudad.

I. Bienvenidos a Ciudad

'Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otros mares.

La ciudad te seguirá. Vagarás

por las mismas calles.'

Kavafis

'Todas las ciudades son la misma ciudad' mintió Enmascarado. De todos modos hoy ya sabemos que esta aseveración es infundada y que cualquier intento de acotar la naturaleza de Ciudad carece de sentido. Ciudad es única porque es una imagen de nuestras almas, del resto de las ciudades que alguna vez has conocido y del Universo. Ciudad es un topónimo ilusorio que va más allá de nosotros mismos. Nadie ha llegado a comprender jamás su naturaleza a pesar de su aparente simpleza. Las cosas sencillas, como las invisibles, son las verdaderamente importantes. No obstante, todos somos habitantes de Ciudad. Todos somos Ciudadanos. Y todos nos sentimos importantes.

'Bienvenido a Ciudad', dijo Enmascarado. Y todos y cada uno sintió que la frase iba dirigida a sí mismo. Incluso yo, que me encontraba entre los más distantes, pude observar la mueca de su máscara y creí que se refería a mí. Bienvenidos, tú y tú y tú. Ahora comprendemos la falacia malintencionada. Nadie es un recién llegado aquí. Todos habitamos esta urbe desde tiempos inmemoriales. Ahí radica uno de sus arcanos más silenciados: no hay un comienzo ni un final. Alfa y Omega se disipan en la enredadera de calles de Ciudad. Enmascarado, ahora ya lo sabemos, siempre miente. Lo cual es una sutil forma de sinceridad. Cualquiera de sus afirmaciones se puede confundir con sus presupuestos antitéticos. Bienvenidos, pues a Ciudad. Y tras su fría bienvenida nos dispersamos por las calles y veredas húmedas de Ciudad y acogimos el olvido y lo hicimos

parte de nosotros mismos.

II

En las encrucijadas de Ciudad no encuentras cuatro sencillos caminos divergentes para elegir de entre ellos tu inmediato porvenir. Tu destino, nuestro destino ya fue escrito y tan sólo deberíamos escrudiñar nuestro espíritu para desentrañarlo. No obstante, la lógica euclidiana que simplifica la tesitura en continuar los dictados de nuestra alma frente a seguir los impulsos de nuestra razón no tiene vigencia en Ciudad. En Ciudad muchos más instintos nos guían. O quizá sólo sea la propia urbe que nos arrastra y se manifiesta en formas diversas. De todos modos, a nosotros sólo nos preocupa la dificultad de encontrar el acertado destino. En una intersección, por lo tanto, sólo tenemos una opción: Permitir que Ciudad decida por nosotros. Todos los caminos son el mismo en Ciudad. O ningún camino es el adecuado porque todos son ilusorios.

¿Es tan importante hallar un camino? ¿No estamos todos en perpetuo movimiento?

Sí que sabemos que estas extrañas incertidumbres son una forma absurda pero necesaria de mantener el contacto con la realidad y no volvernos locos.

III

Nunca sabemos quiénes somos hasta que caminamos por nuestros propios senderos de Ciudad. Sigue el camino que se aleja de ti mismo y te hallarás.

Aprende a desandar tus propios pasos y volverás a Ciudad.

Todos estos dichos son verdaderos o falsos aquí.

Hay una urbe menor, a la que llamamos simplemente ciudad, que es una prolongación de Ciudad. Esta región vicaria y complementaria es nada más y nada menos que nuestro propio cuerpo. El alma es el casco urbano, las venas y todas las vísceras que lo pueblan recorren nuestro sombrío interior. Miles de kilómetros de oscuras vías de sangre y tejido carnoso se doblegan enroscadas en silencio bajo nuestra armadura kilométrica de piel. La piel es el inalcanzable universo estrellado y lunado que recubre nuestro mundo interior. Es aquí, en este submundo de laberintos y senderos sangrientos donde acaece la vida y se transita. Los sueños son los barrios impenetrables del extrarradio. Nosotros mismos somos el Más Allá de Ciudad.

IV

El nombre de Ciudad fue elegido por sus fundadores al azar. Abrieron un diccionario de forma arbitraria, lanzaron el dedo índice y cayó justo sobre la palabra *Ciudad*. Leyeron en voz alta: *Conjunto de edificios y sus habitantes destinados a una determinada actividad*. Y se dijeron que no conocían qué actividad podría ser esta. Pero les agradó cómo sonaba la palabra Ciudad y ya todo fue siempre Ciudad.

Algunos la confunden con universo, alma o eternidad. Son habituales los errores de este tipo.

Y todavía siguen sin saber qué actividad los une. Porque no hay tal actividad. Y lo que es más extraño: No saben quiénes son los habitantes de Ciudad a pesar de ser ellos mismos los que formularon todos los conceptos. Esto significa que somos víctimas de nuestros propios secretos. ‘*Los dioses que hemos creado se nos revelaron un día y ahora nos castigan por olvidarlos*’,

dice Enmascarado. Tal vez Enmascarado es un dios que pretende fustigarnos por algún pecado que desconocemos.

Según Enmascarado nada tiene sentido si se enfrenta a la mirada del deseo y de la palabra. Si Ciudad carece de nombre es porque no lo precisa. Los nombres, ya se sabe, reducen las esencias a meros artefactos. Los nombres son lazos, prisiones gramaticales que encierran a los seres y merman su significado y su existencia. Así si llamamos a Ciudad, digamos Raechel o Quivira, cualquiera podría buscarla en un Atlas e intentar asediarla. Sólo una cosa se puede hacer en Ciudad cada día. Y es fundarla. Ciudad es fundada cada amanecer por sus habitantes.

Por esa razón nadie conoce mi nombre, ni mi rostro, termina diciendo Enmascarado. Y todos callamos y asentimos porque, a pesar de saber que siempre miente, le creemos y sabemos que todo lo que nos susurra esta noche es lógicamente aterrador y fulminante. ¿Será él la Ciudad?

Sin embargo, sabemos que la lógica no cabe en Ciudad. Pero sería desatinado creer lo contrario. Y Enmascarado es como todos nosotros. Porque, ¿quién conoce el verdadero rostro de algún otro ciudadano?

V

Tengo la sensación de que la noche nos vigila. Nadie conoce a sus vecinos. La razón es sencilla: no existen tales vecinos. Vivimos solos en Ciudad. Miles de seres habitamos este vasto mundo en el que la Soledad nos habita. Compartimos la tristeza y las habitaciones y las distancias y los bares. Pero también compartimos la incomunicación y el desarraigo y la música que se teje al alba. La tierra baldía es Ciudad. Los poemas que se olvidan son canciones de Ciudad. Habitamos este desierto tártaro de edificios grises y acristalados de forma individual. No conocemos nuestros nombres. Ya prescindimos de ellos. Si encuentro una mujer en mi camino no contemplo sus hermosas piernas ni deseo sus senos. Porque no sé si ella existe. Y si existiera, pienso, sólo querría saber su nombre. Ella, igualmente, ignora mi existencia y mi nombre. Ella piensa: *'no es más que un fantasma ciego. Sólo se inquieta porque cree que yo también lo soy. Pero, qué más da, si él es sólo una sombra anónima'*. Esta es la forma que tiene Ciudad de hacernos prisioneros de nosotros mismos. ¿Quién contempla una sombra deforme y la considera provocada por un objeto real?

Una noche cualquiera a las 3: 34 de la madrugada.

– Aquella turbia noche miré por la ventana de mi apartamento. Era jueves. La penumbra de mi salón imitaba la oscuridad del Universo, y la soledad era una lánguida sombra que revestía los muebles y las paredes volviéndolos incoloros. Hacía frío y la calle estaba despoblada. Es gélida Ciudad, me dije. Ni un alma se aventuraba a cruzar la niebla. El silencio borraba las huellas del atardecer y los edificios estáticos y fantasmales parecían estatuas de mármol recién erigidas en memoria de un Dios tenebroso. Ciudad es una efervescente creación de algo que no tiene lógica. Es primitiva y sus calles parecen temblar bajo el influjo de un demiurgo tenaz. Ciudad se estremece en la noche. Como si una brecha insondable hubiese desgarrado la trama de la existencia y de lo cotidiano. Un vapor silencioso y blanco se cernía y parecía el aliento de mil millones de cadáveres. Miraba sin intención de ver nada. Y entonces la vi. Permanecía inmóvil y miraba hacia mi ventana. Era ella y aunque no veía su rostro con claridad intuí que me miraba a mí. Ella era alta y hermosa. Al menos desde aquí lo parecía. Sabía que no la conocía pero su rostro me era familiar. Apareció de repente, como un espíritu fulgurante que reclamase su antiguo y deshabitado cuerpo. Las ventanas de los edificios nos vigilaban como ojos enfebrecidos y

mudos. Es una locura, la estoy soñando, me consolé. Pero volví la vista a la acera y ella continuaba allí. Estática. Se introdujo en la cabina pública de la esquina y agarró el auricular. En ese mismo momento mi teléfono sonó. El silencio de mi apartamento se quebró como la quietud de una laguna oscura al contacto de un pájaro que cayera muerto en su superficie. Pero esa ave que destrozaba la calma de mi casa era una voz. La voz de una mujer, una música cadenciosa y cargada de siniestros silencios. Intuí el miedo y el frío que emanaban de ella. No nos conocemos, me aclaró anticipándose a mis pensamientos. Pero acudo a ti porque eres la única persona que puede ayudarme... Quise invitarla a subir a casa. Me encontraba atónito por la súbita revelación, fascinado por la extraña belleza de aquel ángel lánguido y misterioso que dibujaba su silueta entre la niebla de la calle y desplegaba su voz en el silencio de mi apartamento. El teléfono ya comunicaba. Un vacío metálico provenía del otro lado de la línea. Corrí hacia la ventana pero cuando llegué ya no estaba allí. Miré y descubrí la cabina deshabitada. El teléfono descolgado oscilaba como un péndulo que marcara el tiempo inefable que nos queda hasta la muerte. Y sentí un escalofrío, y una necesidad imperiosa de volver a hablar con ella me invadió.

Todo ha cambiado, lo sé. Ciudad había adquirido una tonalidad distinta. El tiempo se había detenido y sentí que la vida real estaba teniendo lugar en otro planeta lejano y aquí en Ciudad sólo transcurría una farsa inestable y absurda.

VI

A pesar de que el destino está escrito en las mismas avenidas y parques de Ciudad, sus habitantes disfrutan indagando en sus propias almas, en libros misteriosos y consultando a sabios extranjeros. Pero pocos son ya los que acuden a mostrar su sabiduría a estos barrios póstumos. Está esculpido en las avenidas vuestro porvenir, mirad aquí, grita Enmascarado señalando una fuente blasonada con inscripciones arcaicas. Todos miran estupefactos. Sí, pero está escrito en un idioma desconocido. El destino es así, ríe con ironía Enmascarado.

Y alguien entre la multitud hace gestos como insinuando que este lugar es indescifrable porque se encuentra a las puertas del infierno. Ninguno lo creemos pero todos lo hemos pensado alguna vez.

VII

El tiempo no existe, todos lo intuyen. El pasado se escurre como un sueño al despertar. Deja un leve resquicio, una reminiscencia afilada y precaria a la que los habitantes nos aferramos. Es lo que todos conocemos como Memoria. Y es útil para adivinar a dónde iremos mañana. Algunos incluso creen que si se esfuerzan demasiado lograrán aprender o recordar sus nombres y conquistarán un escalafón más elevado en su existencia en Ciudad. Ignoran, o quieren ignorar, que en el pasado no hallarán más nombres que en el mismo presente. El pasado, nos advirtió Enmascarado, es un sueño deshabitado y peligroso.

Y el futuro, ya se sabe, es el resultado de escapar de Ciudad.

Aún así todos buscamos.

Aún así Ciudad lo es todo.

Un poeta cantó hace tiempo:

*El hombre es un ser mitológico y ciego
con un ojo en el pasado y el otro en el futuro.*

Abrid los ojos, cíclopes y elfos.

Pero si ese mensaje estaba cargado de respuestas ya no importa. Fue olvidado y nadie retuvo ni el nombre del poeta ni el significado del verso. El poeta quería desdeñar el poder del tiempo. Pero ya murió y los años le han vencido.

VIII

La mujer de la cabina. Sé que la he visto en algún lugar. Y a pesar de que la noche y la eternidad y el miedo y una nefasta amenaza se ciernen sobre mí no cesaré en mi búsqueda. Sé que la he visto en alguna parte pero no logro acordarme. Sé que Ciudad no permite recordar con claridad. Sé que desde que habito este extraño mundo de sombras mis recuerdos son precarios. No obstante, y a pesar de intuir temeridades, he de encontrar a la mujer a la que pertenece este rostro y esta voz. Ella existe y eso es bastante aquí en Ciudad.

– Todo transcurre como si ya hubiese sido vivido por otra persona: ¿Estaré loco? Sé que conozco a la hermosa y desesperada mujer que me llamó ayer en busca de ayuda.

– ¿Quién es, cómo es...?

– No estoy seguro. La vi de lejos. Sólo hablamos por teléfono.

– De qué...

– Bueno, habló sólo ella y me dijo: ... *eres la única persona que puede ayudarme...*

– Deberías olvidar el asunto. Parece peligroso.

– Para ti es fácil.

– ¿Por qué?

– Porque no has visto su rostro enmarcado por la niebla de Ciudad. No has escuchado su voz desafiando el silencio de la noche. Además, la conozco. No sé de qué pero ella existió, existe en mi vida.

– Olvídala.

– ¿Acaso hago otra cosa? Ya lo estoy haciendo. Todos los días nuestros recuerdos se pierden como espíritus de fuego en el frío infierno. Pero me niego a seguir olvidando.

IX

Ciudad no conoce nuestros nombres. Nosotros no conocemos el nombre de Ciudad. Vosotros sólo sois estúpidos, gritó Enmascarado. Aulló Como si hablase para una multitud ciega o sorda. Pero en la habitación sólo estaban Escriba y él. Ambos habían bebido toda la noche y charlaban sobre el *Malleus maleficarum* y la Transmutación. Reían y bebían.

Sabes, yo creo que tengo algunas claves de mi existencia, murmuró Escriba como si revelase un secreto prohibido. Sí, continuad, me interesa vuestra historia, respondió Enmascarado mientras acercaba el whisky a la boca, ladeaba la máscara y sorbía lentamente del vaso. Creo que mi historia se repite, quiero decir, que estoy repitiendo la historia de gentes que vivieron hace muchos años. No hablo de reencarnación. Soy una persona nueva pero que imita otras existencias de forma burda. Te parecerá increíble pero tengo pruebas. Comencé a hallar indicios de mis antiguas vidas casi por casualidad. Un libro viejo de un autor japonés del siglo XVIII. Un tal K.W. que relataba batallas entre feudos como excusa para describir mundos fantásticos y oscuros en los que las almas son espejos rotos. Son, según él, metaciudades en las que sus habitantes sueñan con la muerte eterna y los muertos deambulan entre los vivos. En una de estas narraciones comprendí que uno de sus personajes, un ser extraño y giboso era idéntico a mí. Quizá sea una coincidencia,

protestó Enmascarado. Sí, eso pensé yo, pero esas coincidencias se repiten en más de cincuenta libros de distintos períodos y autores. Y aún me quedan más de mil obras por consultar. Las coincidencias no dejan margen de duda. Por ejemplo, en *Ciudad de los pájaros*, una novela pakistaní del siglo XIX, el protagonista tiene un gato azul. Igual que yo. En el poemario *Huérfanos que ya no hablan porque morirán*, de un autor que aún no ha nacido, se hablará de un escritor al que le falta el alma. ¿Ves?, Exclamó Escriba mostrando su pecho desnudo. Quizá todos tengamos, puede que tú tengas alma, exclamó contrariado Enmascarado. Quizá, pero el libro es futuro y no cabe duda de que en Ciudad el alma se gasta inexorablemente. Y callaron porque tenía razón.

Enmascarado dio la espalda a su interlocutor y se alejó unos pasos. Escriba observó cómo silenciosamente se desprendía de su máscara. No pudo verle la cara pero imaginó que suspiraba. Después se volvió a poner su antifaz y se giró. Estáis locos, escritores. Y tras su máscara imaginó que se burlaba de él y que posiblemente esta vez no mintiera.

X

La primera vez que soñé o, al menos, que recordé uno de mis sueños éste tenía lugar en los apartamentos naranjas y antiguos que hay en la zona sur de Ciudad. Es un área lejana y poco transitada que no conocí hasta un año después del sueño. Y por esa razón sé que los sueños no son producto de la experiencia. Quizá la vida es el resultado de nuestras ensoñaciones, aunque esta teoría es harto improbable. Todos me han dicho que algo así es normal, que a ellos también les ocurre. Resulta que nadie ha soñado un lugar que no pertenezca a Ciudad. Todos los sueños y pesadillas acaecen en Ciudad y ya no le damos la más mínima importancia. Damos por sentado que no hay vida más allá de Ciudad y que los sueños y la vigilia pertenecen al mismo plano, se desarrollan en un mismo orden. Te pondré un ejemplo: un comediante actúa en un teatro. La vida y el actor son Ciudad y son reales. El protagonista que interpreta la obra, y la escena en concreto de la función son el sueño. También son reales aunque sólo sucedan durante un corto período respecto al tiempo externo. La vida transcurre a la vez sobre las tablas y en el patio de butacas. Son un instante y una eternidad al mismo tiempo. Y todo es Ciudad.

Ahora no estoy seguro si a ella la soñé. El recuerdo de la fría noche, la llamada de teléfono en la penumbra, su voz que se colaba como si acudiese asustada del infierno. Qué frío es el mundo que ella habita, pienso encolerizado por la impotencia. Debo ayudarla, ¿pero, cómo?

XI

Desde mi ventana observo gente nueva. Son forasteros. Portan equipajes compuestos de maletas y trastos viejos. Algunos niños cargan con sus propias bicicletas y los más ancianos descansan en los sillones de tela que el camión de la mudanza ha abandonado en el suelo. Hay fundas de guitarra, cajas de libros y vajillas. Hay gatos y muebles. Son felices pero parecen desorientados. Pronto se dispersan. Algunos en taxi, la mayoría a pie, arrastrando el equipaje lentamente.

Al día siguiente, camino por la avenida. Tengo la esperanza de encontrarla. Ella. Pero no tengo suerte. Sé que me necesita y que nuestras vidas se volverán a cruzar. Me tropiezo con algunas personas que pasean plácidamente. Las reconozco. Son los extranjeros que llegaron ayer. Pasean y los escucho murmurar: *Ciudad está espléndida, qué buen día hace en Ciudad. Recuerdas aquel día que comimos en aquel restaurante*, murmura un señor ancho señalando al fondo de la plaza

con la punta de su bastón. Es increíble. No puedo creerlo: llegaron ayer y ya atesoran vastos y antiguos recuerdos. Ciudad, Ciudad, ¿cuánto tiempo hace que yo vivo aquí?

¿Llegué yo también ayer o anteayer y no tengo forma de saberlo?

Al atardecer, también olvidó a los forasteros y el temor a ser uno de ellos se disipó.

XII

Por la noche Asesino-23 acudió a una cita a ciegas que había concertado a través de un anuncio en un periódico local. Era su víctima número 22. Todas son mujeres jóvenes. De momento. Había acabado con todas las chicas que lo conocían directamente. Eran veintiuna, incluyendo a su vecina del segundo. La número 22 era una muchacha con la que tuvo una leve aventura en el instituto. Ella ya ni lo recordaba y se citó con él sin saber que el antiguo amante adolescente era Asesino-23. La acuchilló y ya no se supo más de él. Todos esperan a que vuelva a actuar. Y todas las mujeres temen ser la víctima próxima, la número veintitrés. 23.

Ciudad no es muy grande y cualquiera puede ser la siguiente presa del desconocido autor de la muerte. Escribe epístolas anónimas y las envía a un diario muy conocido junto con una rosa amarilla. Son tristes cartas de amor y la gente que las lee hasta le profesa una tímida admiración, respeto o temor. Es un poeta que sólo ha establecido trato con la muerte y la soledad. Las mujeres solitarias temen y desean morbosamente que Asesino las encuentre y las haga suyas.

XIII. COSMOGRAFÍA

*Arderán tus caminos en la
Curva leve del horizonte.
Caminaré tu cuerpo, Ciudad,
Hasta hallar el tenue sudor de tus
Vastas y lóbregas avenidas.*
Anónimo

El centro de Ciudad podría ser el alma de cualquiera de sus habitantes. Como todo está en perpetuo movimiento y el alma es infinita cualquier punto puede ser el centro. Es casi lo mismo que afirmar que no hay un centro. Por el corazón de Ciudad cruza un sinuoso río cuyas verdes aguas siempre acuden caudalosas y ataviadas de espuma. Nadie se ha bañado en este río y pocos lo han visto. Sus aguas albergan misteriosos barcos hundidos de gente antigua y peces con formas humanas.

Al sur se extiende un océano inmenso y salvaje que un elevado acantilado separa de Ciudad. Y este indómito mar se pierde entre una incipiente neblina azulada que los románticos llaman Agua de ayer o Marea brumosa. Y entra en Ciudad a través del río de aguas verdes y corriente invertida. En septiembre ballenas negras se acercan a la costa y cantan y juegan entre los barcos y los pescadores beben y sueñan con La Sirena de cabellos turquesa y todos se entrelazan en los sueños y continúan hasta que la noche clarea y el sol más blanco del año anuncia la mañana y olvidan que son pescadores y sueñan y sueñan. Pero sólo sucede en septiembre. Los demás meses el cristalino del mar se enreda con la espesa niebla y nadie se atreve a acercarse a los acantilados. Suele haber fuertes huracanes. La gente que ha cruzado el litoral después de septiembre no ha regresado. Al sur también hay barrios de casuchas anaranjadas como la puesta de sol.

Al norte de Ciudad hay un valle infinito y llano en el que sólo hay silencio y árboles secos como esqueletos. Aquí y allá se observan obeliscos infinitos de humo que alcanzan el cielo como columnas incorpóreas de mármol que sostuviesen el mundo. Nadie me dijo jamás quién enciende las grandes hogueras. Hay miles y su sentido es un misterio para todos.

Al este no hay nada. Y eso no significa que haya barrios vacíos u oscuridad. No hay nada y al mirar hacia allí tu vista se vuelve como hacia dentro y es como si fueses un ciego perdido en las tinieblas. Nadie sabe qué enigma se oculta en la Nada. Pero el miedo es mayor que la curiosidad. Nadie hace preguntas porque tampoco hay quien las pueda responder. Por el este casi nunca sale el sol.

Al oeste la ciudad se convierte en un barrio-dédalo de calles ensortijadas que siempre devuelven al caminante de nuevo, y de manera invariable, al lugar del cual partió. Si comienzas a caminar hacia el oeste desde tu casa pronto te hallarás de nuevo en ella. Si estás en el sur mirando el vetusto mar y decides ir a poniente, cuando menos te lo esperes, aparecerás de nuevo en los precipicios australes y la salobre brisa del mar te recordará que no hay manera de llegar al oeste. Nadie recuerda una puesta de sol porque nadie ha visto el verdadero poniente. Este barrio es conocido como el Laberinto del Eterno Retorno. ¿Cómo serán los ocasos de los que habla Escriba?

XIV

Por la mañana salí a dar un paseo por la costa austral de Marea brumosa. Los barcos yacen en el puerto como dinosaurios muertos. Las olas los balancean y sus breves mástiles tiemblan asustados por la brisa. Desde los precipicios menos elevados observo el mar que se pierde en mi pupila acuosa y pienso que algo de su profundidad me penetra y mi corazón se entristece. En el muelle hay una mujer vestida de blanco. Parece un frágil fantasma que el viento atraviesa. Está sentada de espaldas y su melena es como una bandera agitada y rubia. No veo su rostro pero sé que es ella. La joven que me llamó la otra noche. No dudo ni un instante y bajo por la escalinata de piedra. Ella me está esperando, lo sé. Tengo que ayudarla.

XV

En Ciudad nada es lo que parece. Algunos de mis vecinos llaman a este lugar Intersección. Si hay una frontera que separa un mundo de otro está en Ciudad. Los sueños y la vigilia están delimitados por una delgada y sutil barrera. Esta barrera es Ciudad. Los menos ingenuos saben que hay muchos y variados mundos pero nadie los ha visto todos. Siempre nos acecha la certeza de que hay un lugar habitado por los que ya han muerto. Y sabemos que universos paralelos conviven próximos a otros. Ninguno de estos universos es Ciudad. Ciudad no existe como tal. En Ciudad tienen lugar las fronteras, las orillas, las encrucijadas, los márgenes, las riberas, los bordes, los límites, las líneas divisorias, los umbrales, los espejos, la niebla... Ciudad es tránsito y movimiento. El borde que franquea realidad y fantasía se encuentra en estas calles. Todo habitante de Ciudad tiene un camino que recorrer o una misión que realizar. Nadie descansa aquí.

Todos habitamos Ciudad de un modo transitorio y casual.

Enmascarado dice: *‘todos vestís máscaras más falaces que la mía. Yo soy Enmascarado y mi rostro es mi propia máscara. Vosotros, sin embargo, tenéis un disfraz que utilizáis como un sustituto de vuestra personalidad y de vosotros mismos.’* Pero su máscara también es un objeto

transitorio y casual. Igual que sus palabras. Todo lo es en estos extraños días que computan la cronología de Ciudad.

XVI

Muchos no saben que los sueños siempre suceden en Ciudad por una sola razón: sólo existe Ciudad. No hay nada más allá de esta urbe. Enmascarado nos lo advirtió a todos cuando nos congregó hace unos días en su casa. Vive en un viejo apartamento naranja que hay en las afueras. Aunque este lugar puede que sea otra de sus máscaras. Los vecinos comentan que no tiene hogar. Que deambula como un fantasma por las calles desiertas de Ciudad y que por las noches se esconde en agujeros negros que se forman en los lóbregos callejones de los barrios periféricos. También se le ha visto atravesar el dédalo del eterno retorno y no volver. Y navegar en una barca sin velas y perderse en el horizonte azulado del mar durante siglos. Yo mismo soy la Ciudad, nos dijo un día que había bebido bastante. Nadie le hizo caso, por supuesto. En su apartamento naranja nos lo aclaró todo la otra tarde: sólo existe Ciudad. Muchas personas están destinadas a no encontrarse jamás. Las líneas de sus vidas deambulan por órbitas paralelas que jamás se cruzarán. Jamás. A mí me ocurrió con una mujer que amé. Un año después de conocernos y de amarnos, nos confiesa Enmascarado con seriedad, descubrí que jamás habíamos estado juntos.

¿Cómo es posible?, le preguntamos de inmediato.

Ella y yo nunca coincidíamos realmente. Nunca ocurrió un encuentro entre nosotros. Cuando yo dormía soñaba con ella. Pasábamos las noches en mis sueños o en los suyos. Cuando ella soñaba yo la veía aparecer por mi casa y paseábamos juntos y nos acercábamos al bosque y veíamos las hojas caer en los otoños brumosos. Sólo había nexos entre nosotros dos cuando uno dormía y el otro estaba despierto. Si dormíamos o estábamos despiertos al mismo tiempo nuestras vidas no se entrecruzaban. Sólo podíamos tocarnos y vernos cuando uno de los dos dormía y el otro permanecía despierto. Y sólo nos dimos cuenta al cabo de los años. Cuando intentamos vivir juntos. Fue terrible.

Y rompí a llorar y a reír histriónicamente. Y pensamos que estaba loco o que sufría de un modo atroz. Y que posiblemente lleve la máscara desde entonces. Pero tampoco hay modo de saberlo con certeza. *Porque la historia bien puede ser sólo una metáfora de nuestras vidas aquí y por lo tanto o él duerme mientras narra su experiencia o lo hacemos nosotros o bien miente y nada tiene por qué ser cierto o acaso si sueño lo he inventado yo, todo interrogantes y nada.*

XVII. FRAGMENTOS DE UN DIARIO

Después de la conversación con Enmascarado tengo la sospecha de que ella sólo existe en mis sueños. ¿Y yo en los suyos? Debo aclararlo cuanto antes. Sé que algo está a punto de suceder pero no soy capaz de intuir la magnitud del peligro. Corremos un grave riesgo si nada cambia. Ayer me encontré con ella en el puerto. No hablamos mucho y ella parecía cansada. Por fin pude ver su rostro. Es tan hermosa como imaginaba. Quizá más. Sus ojos son tristes y verdes y su melena rubia parece un coral cuando el viento la agita. Vestía un traje de seda blanco y sus pies descalzos eran pequeños y frágiles como manos de bebé. Con una voz silenciosa como una música dulce y liviana me dijo: no sé por qué pero te conozco. Yo, le dije: siento lo mismo que tú. Y te voy a ayudar. Dime qué te ocurre. Asesino, tengo miedo de Asesino. Seré su próxima víctima... Todas le teméis, interpele con intención de tranquilizarla. Y antes de poder continuar hablando, la brisa se trocó en

un fuerte vendaval y tuvimos que huir del puerto. Grandes olas agitaban los barcos de forma amenazadora. Corrimos y la lluvia nos azotó como un húmedo y frío látigo. Corrimos con todas nuestras fuerzas, debí asir su mano pero no lo hice por pura vergüenza. Cuando quise darme cuenta se había perdido entre la multitud. No tengo noticias tuyas desde entonces. No sigo escribiendo. Siento melancolía por un tiempo futuro y por momentos que aún no han tenido lugar en mi vida. Pero los presiento aquí y ahora.

Deseo volver a verte. Sé que la conozco. ¿Dónde la habré visto?

XVIII

Asesino sigue en busca y captura. Se sabe que planea la muerte de otra joven. Todos le tememos. Ha vuelto a enviar una nota al periódico. Decía:

‘He tomado barbitúricos y alcohol y me voy a la cama. En este último sueño he de encontrarme y acabar con mi propia vida. No lamento la muerte de nadie porque el bien y el mal son fantasías a las que no estoy dispuesto a hacer la más mínima distinción. Si he decidido matarme en sueños es por puro placer no por deseos de morir. La vigilia no es eterna, huiréis tarde o temprano y aquí estaré yo aguardando con la guadaña temible’.

Firmado: Asesino Infinito.

La opinión pública descansó aliviada al saber que Asesino ya no andaba suelto. Pero lo peor era que se había descubierto que a todas sus víctimas las había asesinado a través de los sueños. La policía advierte a las jóvenes: no durmáis solas. Él está ahí, en vuestras pesadillas. Ya nadie duerme en paz en Ciudad. Si Asesino es capaz de matar en sueños y si ahora está encerrado en un sueño eterno nadie está a salvo. Asesino ha alcanzado la inmortalidad. ¿Cómo se podrá detener esta vorágine de violencia? Las muertes de jóvenes con la firma de Asesino se han multiplicado. Se las conocía porque en su boca dejaba una rosa amarilla. Ahora, al ser un criminal incorpóreo, todos reconocen al autor porque las víctimas sueñan con una rosa amarilla la noche anterior a su asesinato. Ya nadie enumera los cadáveres. Hemos perdido la cuenta.

XIX

Hoy me acosté temprano. Ella, probablemente, despertó. ¿Qué hago en este lugar? ¿Dónde estoy? Pregunté.

Estás en mi casa. No sé cómo has llegado aquí.

Yo sí lo sé. Estoy soñando contigo, aclaré. Tú y yo no podemos vernos si no es a través de la frontera de los sueños. Ella abre los ojos con forzada sorpresa y siento que me abarca con su mirada y que todo lo que nos rodea se desplaza formando vertiginosos círculos en espiral, un caracol de luces cuyo epicentro somos yo y ella.

Lo sabía, me dice, y miro sus lívidos labios y sé que miente. Está aterrorizada.

¿De qué tienes miedo? Estoy aquí para protegerte. ¿Recuerdas el sueño de ayer en el puerto? Me mira con sorpresa y asiente. No sé qué nos ha unido pero de algún modo estamos vinculados y haré lo posible para detener a Asesino. Yo soy un vigilante, no debes tener miedo. Y es cierto que soy un vigilante de Ciudad pero no es ésa la razón por la que la ayudaré. La razón es el amor. Esa noche beso sus manos por primera vez. Ella tiembla. Sabe que no estamos seguros en Ciudad. Nada es seguro. Pero no hay dónde huir.

Al despertar mi casa es un pozo de oscuridad. Es tan lúgubre que al volver a cerrar los ojos una

claridad me ilumina por dentro y creo que todo va a comenzar a arder. Me levanto, ya son más de las doce y la ausencia me abrumba. En la calle llueve y tengo ganas de llorar.

Paso el día en casa. No hago más que pensar en sus ojos claros como auroras boreales. Ella sabe de la imposibilidad que nos atañe y aún así me acepta. Aún huelo su pelo. El aroma de su piel persiste en mí. Busco entre mis recuerdos. Hay una maleta en mi desván que no abro desde hace más de veinte años. Son fotos antiguas y relojes de mi abuelo. En la vieja maleta del padre de mi padre encuentro cientos de fotografías atadas en grandes fajos. Son todas en blanco y negro y, a excepción de mi abuelo, no conozco a ninguna de las personas que aparecen en ellas. Examino las fotos lentamente y al final encuentro lo que buscaba. Sabía que te había visto antes. Ahí estás, no has cambiado nada. Es ella. Las fotos, espejo, tendrán casi cien años y tú sigues igual, tu cabellera profusa que la brisa ondea, tus gélidas maneras de representar tu papel en el mundo. Parece que el viento existe por y para tu pelo. ¿Cómo es posible? Deberías haber muerto pero aún estás aquí en Ciudad.

Si no fuese porque sé que estás viva pensaría que eres un fantasma.

Además de las fotos hay relojes en la vieja maleta. El tiempo ya no les importa y por eso se detuvieron. Marcan momentos del pasado. Justo la hora en que dejaron de vivir.

XX. AMORES EN LOS PÓSTUMOS ESPEJOS

A través de la maraña de cristales invertidos que llamamos espejos suceden nuestras existencias pero con variaciones. La vida allí se duplica monstruosamente y acaso va más allá. Los amantes y los buscadores de cariño postergado, después de lo que le ocurrió a ellos, no han vuelto a hacer el amor frente a un espejo de Ciudad. Ellos eran los amantes.

Qué les ocurrió a los amantes.

Escuchad, esta es su historia, dijo Enmascarado:

– Se miraron lentamente en la penumbra grisácea del cuarto. La lluvia furiosa golpeaba los cristales. Un frío silencio, un hombre y una mujer poblaban la estancia. El espejo les devolvía la imagen nítida pero improbable de dos amantes que ya lo habían perdido todo. Ella improvisó un guiño, sin palabras y él enjugó su llanto amargo. Era una tácita despedida. El silencio lo decía todo. Pero la casa era aún de ambos. Los finales no ocurren tras el punto y final. Y sin preámbulos a un destino distinto e incierto comprendieron que todo había acabado. El amor había desfallecido. O ellos lo habían matado. Ya daba igual. Abandonaron la estancia. Se distanciaron como nubes de otoño zarandeadas y rotas por la tormenta. La noche cayó como un párpado arrugado y ceniciento. Ella durmió en la cama y él busco refugio en el exiguo sofá. Pero en la oscura tibieza de la madrugada algo se movió en el espejo. Una sombra se irguió en el tenue cristal. El reflejo de él, aún enamorado e inverso, se desplazó por ese otro mundo de contrarios e imágenes intercambiadas. Buscó el reflejo de ella. Lo encontró. Yacía en el espejo del dormitorio. Reflejando aún a su dueña que dormía embriagada en el dolor de las febriles y póstumas jornadas. Mientras, en este lado los amantes destruidos por la rutina dormían. La abrazó sin ruidos. La amó en el murmullo quedo de la noche que se fraguaba detrás del espejo. Pero un leve crujido asistió al silente momento. Ella, la real, despertó y encendió la luz. Contempló horrorizada el espejo. Sin comprender. Sólo desazón o desvarío. No vio su acostumbrado rostro. En el insólito cristal su reflejo postergaba el sueño y la caricia con el reflejo de él. No era posible. Será un sueño intenso. Intentó despertar en vano. No soñaba. Vocalizó un rotundo grito con el nombre del que había amado tanto tiempo. Éste despertó

asustado en el solitario sofá. Surgió veloz en el umbral de la alcoba y, junto a ella, contempló el obscuro reflejo. Los amantes del espejo retozaban ausentes en el reflejo de la cama. Sintió amor o celos de sí mismo. Una angustia inusitada acudió a su garganta. Ella le miró. Sintió deseos o envidia de la otra pareja que moría de pasión en el cóncavo espejo. Juntaron sus tímidas manos. Contemplaban absortos la escena. El miedo cedió lentamente. No se dijeron lo que ambos ya sabían. Y comprendieron que aún los rescoldos de sus vidas exhalaban los vestigios inciertos de otra primavera. Otra primavera. Tal vez la última. Pero otra más. Se fueron a la gélida cama y solaparon de nuevo sus cuerpos errabundos y anhelantes a la imagen díscola del reflejo. Recobraron la normalidad. Y se amaron otra vez. Y volvieron a poseer tenues reflejos que imitaban sus suspiros y sus besos de una forma lógica y rotunda.

Al alba, otra vez enamorados, temieron que el espejo no fuese fiel a la costumbre. Rompieron todos los espejos y huyeron por las tibias callejuelas de Ciudad.

¿Y es por eso que nadie ama frente a un espejo?

Esa es sólo una de las razones. Ya sabéis que Ciudad es también un espejo.

XXI

Aclaremos las cosas, me dije. Si ella es la mujer de la foto, ahora mismo estoy enamorado de un fantasma. Quizá es sólo una coincidencia y sólo se parece a ella y yo he añadido detalles con mi imaginación y mi ardor. Pero intuyo que ella es real.

Asesino ha vuelto a actuar. Ha incumplido su promesa de matar sólo a veintitrés mujeres. Ahora en sueños acecha por Ciudad a todos y cada uno de sus habitantes. Mujeres, hombres y niños y recuerdos. Fotografías y carteles de despedida de sus próximas presas aparecen repartidas por todas las paredes y muros de Ciudad. La víctima no tiene escapatoria. Sueña con la rosa pálida y se despide de sus seres queridos. Sabe que al día siguiente fallecerá envuelta en un charco de sangre mientras sueña. Cuando duerme, Asesino la alcanza, la destripa y la aniquila. En el estado onírico ha multiplicado sus fuerzas y es imparable. Debemos hacer algo ya. Antes de que Ciudad se vea abocada a su apocalipsis. Todos estaremos muertos. Y una metrópolis de muertos es inconfesablemente triste.

Enmascarado ha dicho: yo seré el último en morir porque no tengo rostro. Pero también moriré. Quizá ya estemos todos muertos y esto sea un sueño. Ciudad, acógenos en tus largas avenidas, déjanos caminar por tus veredas grises y no nos permitas naufragar en tu mar de niebla y muerte.

Enmascarado está loco o nos quiere hacer creer que lo está.

Quizá sólo tenga miedo.

¿Qué habrá más allá de Ciudad?

XXII

Ella y yo. La noche desapacible nos rodea. Hay tormenta. Mira estas fotos, le digo cuando aparece bajo la lluvia. ¿Quién estará soñando de los dos? No importa. Nuestras vidas ya están entreveradas en Ciudad. Nos refugiamos de la lluvia bajo un zaguán. Siempre ha sido así, me dice ella y yo respondo que tiene razón pero que la eternidad se presenta a veces en forma de instantánea y que justo en este momento refulge nuestro destino como una estrella.

Ella parece lastimada y a punto de llorar: ¿qué te sucede?

Lo que has dicho es muy bonito y muy triste. Nuestro destino brilla como una estrella y las

estrellas son más brillantes cuando están a punto de morir.

Estamos cerca del final, ¿verdad?

Ella responde con otra pregunta: ¿crees que deberíamos abandonar Ciudad como el resto de la gente? Muchos han empezado a preparar el viaje.

Ambos sabemos que no hay manera de abandonar esta metrópolis azul.

Pero pronto será septiembre y el mar estará calmo. Además tengo que confesarte algo, me declara a la vez que aprieta mi mano con fuerza.

No quiero que me confiese lo que yo ya me estoy temiendo. Aguarda un poco, primero quiero que veas estas fotos. Hay más de media docena de fotografías en las que apareces. Son fotos muy viejas y no me explico cómo es posible.

Ella toma una fotografía en sus manos. Las baraja como naipes y me mira. No soy yo.

¿Qué?

Lo que estás oyendo, esa chica no soy yo.

¿Quién es entonces?

Es mi abuela. Me parezco a ella tanto que nos confundirían si ella viviese y fuera joven.

Todo tiene sentido ahora, pero falta saber qué tiene que ver tu abuela con mi abuelo.

Quizá fueron amigos o amantes. Sabes, ella me contó una historia. La historia de unos novios que se amaron frente a un espejo.

Todos conocemos esa historia y se cree que es pura leyenda.

Según mi abuela esa historia le sucedió a ella...

Y él, ¿quién era él? ¿Crees que fue mi abuelo?

Apostaría un dedo a qué fue él, murmura mostrando su falange sin sortijas.

Y en aquel instante sintieron que sus destinos habían estado ligados desde mucho tiempo atrás. Sus destinos eran sólo una ramificación de los destinos de otros, una continuación de las vidas de sus antepasados.

La vida es un árbol. Todos creemos que somos raíces. Tenemos la falsa sensación de que acabamos de llegar, de ser los primeros y los más importantes. Pero no es así. Sólo somos ramas que brotan de un viejo tronco. Un bosque nos precede. Provocaremos una selva...

Igual que Ciudad. Todos creemos que hemos fundado estas calles y sus sueños. Pero sólo somos la continuación de gentes antiguas y remotas que ya estuvieron aquí.

¿Ellos fundaron Ciudad?

No, Ciudad también es anterior a todos ellos... Pero nos hemos desviado del asunto. Tú me querías contar algo.

Es demasiado triste. Pero tengo que decírtelo antes de que sea demasiado tarde. He soñado con la rosa amarilla. No me queda más de un día...

Y la noticia es la historia más triste que he escuchado en toda mi vida. El tiempo, por primera vez, es un ser vivo y real que corre hacia nosotros con un cuchillo en la mano y una rosa amarilla en la otra. El tiempo es la más fría de las noches.

Sólo hay una opción, debemos acabar con Asesino...

Pero, ¿cómo es eso posible?

Enmascarado nos ayudará. Él sabe muchas cosas de Ciudad...

Pero no es de fiar.

Es posible, pero ahora sólo nos importa sobrevivir. Te quiero...

Ella me besa, sus labios son fríos y húmedos... Entonces despierto.

XXIII. NADIE PUEDE DETENER A ASESINO

Muchos han intentado detener a Asesino pero es inútil. Asesino es todos los personajes de la función, es el director y el público. Quién quiera que ose asesinarlo se convertirá en su sucesor. Será Asesino. Quieres cargar tú con la tarea de aniquilar a mujeres y hombres el resto de tu vida... Tal vez ya eres un criminal y deseas con todas tus fuerzas transformarte en Asesino, la cara sangrienta de Ciudad. Asesino es la Muerte y no hay guadaña para cercenar la cabeza de la Muerte.

No, no, estás loco, yo no quiero ser Asesino, sólo vine a pedirte ayuda...

Yo sólo te digo las opciones que hay. Si quieres salvarla sólo...

Pero no escucho más a Enmascarado. Sus ojos tras la careta parecen inyectados en sangre, ¿será Enmascarado el Asesino? Y recuerdo sus palabras: Asesino es *todos los personajes de la función...*

¿Seré yo Asesino? ya no sé quién es quién, nadie conoce a nadie y Ciudad se desmorona. Ella está, debe estar despierta porque no logro encontrarla. Es normal, está asustada y sabe que si duerme morirá. O quizá ya murió a manos de Asesino. Debo dormir. Debo encontrar a Asesino y protegerla. Todo ocurre en las avenidas de los sueños. Pero todos los sueños acaecen en Ciudad y será difícil distinguir qué es real y qué no lo es. Sólo la muerte es real en los sueños. Asesino, ¿Por qué te escondes en las frágiles almas de los que van a morir?

XXIV

Las calles de Ciudad están desiertas. La gente no camina por ellas. Es como si la Soledad hubiese tomado forma de viento y soprase por las avenidas y arrasase el mundo con odio y rencor. Las venas de nuestra urbe declinan y oscurecen lentamente. Ya no habrá más amaneceres. Todo es triste y frágil como un poema que ha sido pronunciado una única vez. Una voz anónima que callará para siempre.

Él duerme, (intenta soñar con ella), y continúa en Ciudad. Escriba, Enmascarado y él se sientan alrededor de una chimenea. Todas las paredes están cubiertas de libros y de polvo. Están en casa de Escriba. Éste les advierte: voy a leer una historia. Es una leyenda de Ciudad pero es real. Y comienza a leer de un gastado tomo de tapas verdes que descansaba en su regazo:

– La noche parece cansada, cercenada por la incipiente oscuridad; y las sombras se desploman arqueadas desde las bóvedas que cubren los callejones. Ciudad ya casi ha sido abandonada. En su callejuelas, adoquinadas y húmedas, los pocos viandantes que huyen son sombras envueltas en el halo gris de la consternación y la incertidumbre. Huyen todos. Lleva un maletín en la mano y espera a que le den la señal para actuar. No sabe cómo será la señal ni quién se la hará saber, pero tiene la vaga certeza de que comprenderá todo en cuanto suceda. En el maletín hay lo necesario para llevar a cabo su misión, o eso cree.

Los días previos había recibido un encargo. Viajar a Ciudad, la triste y póstuma ciudad que sólo recuerda por tristes canciones de amor. De un triste amor que ocurrió hace ya tanto tiempo que sólo es un vago reflejo de lo que se supone que es el amor. Un recuerdo de amor corroído por el óxido del tiempo, amarillento como las hojas secas de la última carta que ella le envió. Esa carta la recuerda bastante bien. Tal vez es lo que mejor recuerda: No nos volveremos a ver más, olvídate, nunca vuelvas a Ciudad. Y se prometió a sí mismo cumplir las órdenes impuestas por su destino. Pero a duras penas ha sido capaz. La porosa memoria lo ha

atenazado durante largos años. No ha sido capaz de diluir los recuerdos nefastos de aquel extraño amor. Todo parece lejano porque ya perdió la capacidad de distinguir los sueños de la realidad. Pero nada se puede hacer contra los sentimientos, así que se perdona a sí mismo por ello. El tiempo angosta las heridas. Y todo parece menos doloroso. Sin embargo, la otra orden 'nunca vuelvas a la Ciudad' sí que podría haberla considerado. Y, ahora ha retornado a las calles de Ciudad. No es nadie ni busca a nadie. Sólo tiene una incierta misión que deberá cumplir. Asesino, ella y Enmascarado son las únicas personas que hay en su mente. Y abandonará Ciudad y su triste viejo barrio cuyas calles deambulan bajo túneles abovedados y galerías cavernosas en las que se apostaban los borrachos hambrientos de vino y las putas sedientas de vida. Pero ahora todos huyen. La metrópoli palpita ante el fin.

Él es otra sombra negra dibujada en un vértice sin memoria de Ciudad. Se encuentra en el laberinto de calles que hay en el Oeste. Acaba de llegar pero ya siente el peso insobornable de la desazón. Muchos recuerdos que se agrupan como bandadas de cuervos en su pecho; aletean con fuerza y picotean y desgarran lo más íntimo de su ser. Y son oscuros porque están ligados a ella y a Ciudad. Una urbe de calles sinuosas y hambrientas, de túneles y laberintos en los que siempre se tiene la impresión de estar perdido. A pesar de reconocer sus rincones. A pesar de saber dónde está y hacia dónde se dirige. Sigue perdido, tiene la sensación de habitar una pesadilla y ser él mismo una imagen improbable y vana que es mordida por insaciabiles criaturas que le acechan. El tiempo también acecha.

Sentado en el banco no es capaz de dilucidar por qué ha aceptado la misión. Hay tantas cosas que escapan a su razonamiento. La presencia de ella le deambula por el alma como un cuchillo afilado y sangrante. Mira a su lado, un hombre calado con un sombrero de ala ancha se ha sentado junto a él en el banco. No ve su rostro, pero intuye una mueca de horror. Es la señal. El hombre misterioso deja un sobre cerrado sobre el asiento, se levanta, y sin volver la vista, se pierde entre la niebla azulada de una bocacalle. Lo ve marchar: es Enmascarado. Nieva.

No se atreve a abrir el sobre. Sabe que una vez abierto todo será irrevocable. Duda de sí mismo. Tal vez no debería haber emprendido esta aventura. Pero de inmediato comprende que otras razones, más oscuras y profundas, han guiado sus pasos. El destino, se dice sin didactismo barato, nos elige. Y no se siente capaz de escapar, esta vez, la última vez, de su propio destino. Vuelve sobre sus pasos, aplasta las primeras nieves que se posan en el suelo. Ciudad lo envuelve en su frío y rancio abrazo de ladrillos. Este enjambre de espejos agrietados y caminos inciertos. Nada es lo que parece.

Llega al lúgubre hostel. Está desierto. Todos se han marchado ya. Coge la misma habitación que aquella última vez que soñó con ella. La número 13. Es la misma habitación aunque todo es distinto de un modo sutil. El empapelado de las paredes ha sido arrancado en algunas zonas. Uñas de bestia, imagina, han arañado la pared. La cama parece más estrecha y falta un escritorio desvencijado que recuerda junto a la ventana. Hay flores de plástico en la mesilla. Son tristes. Se asoma por la ventana. Y la tristeza es lo más real de todo. Nieva, cae algodón gélido. Hay un rumor en la calle que parece disipar la soledad muda y glacial de Ciudad. Siente inquietud, sabe que no ha sido muy cuidadoso y que en cualquier momento Asesino lo puede sorprender en la habitación. Se va acostumbrando al olor a humedad y ya casi ni le molesta.

Está cansado. Alguien llama a la puerta. Se asoma por la mirilla pero no ve a nadie. Se habrán equivocado, piensa no sin reservas ni alivio. O lo habrá imaginado. Sus párpados van

cediendo, y el duro colchón se distribuye por todo su cuero, poco a poco, y un sopor milenario le embarga. La noche, la nieve, ella, el whisky...

A mitad de la noche despierta y la ve. Es igual de hermosa. Su cabello claro le cubre media cara y es misteriosa y frágil. Porta un hilo azul. No sabe qué es pero intuye que es importante. Un lazo azul con el que se sujeta el pelo. Lo espera, como en un sueño antiguo y profundo en el que cada cosa ocupara su justo lugar. Todo es una imitación de la conciencia y parece hábilmente dispuesto y ordenado.

Intuye que es un sueño pero no tiene deseos de evitarlo. Ella habla balanceando su figura grácilmente. Sin afectaciones. Es sensual y a la vez discreta y elegante. Es más hermosa que nunca. La siente más cercana cada vez. Amor. La palabra ya gastada de los corazones le brota en los labios como un rezumar de humedad recóndita y atávica. Amor, te deseo, quiero continuar este viaje contigo, murmura él en silencio. Esto no es un viaje, corrige ella. Es el destino final de un viaje. Es la última parada. Yo no estoy aquí...

Él la interrumpió con cierto temor. La intentó besar, en parte para hacerla callar, para no condescender al peso de la certidumbre. Es una tregua que se pliega en los agujeros subrepticios de su ser. No comprende nada, todo es irreal pero a la vez está cargado con la gravedad inquieta y urgente del ahora. Y sí que comprende pero sin razones ni verbos. Es una comprensión íntima que deriva de otras cosas, de un interregno agrietado y dudoso en el que ella también existe. La mira, escucha el silencio que emerge de sus labios. En el espejo sucio del dormitorio se duplica la escena. Vuelva la vista a ella. Luego al espejo. Hay dos mujeres idénticas que el espejo recrea con su juego de sombras. Son distintas aunque la misma. Un lazo azul en su cabello. Sin apartar la vista de la otra la besa. La del espejo se acerca y ambas lo abrazan y lo acarician con agitada pasión. Siente que el improvisado ménage à trois que el espejo ha elaborado en el salón va adquiriendo consistencia y las dos hembras, que son la misma, obran sobre él el influjo cálido del placer y la postergación. Todo sucumbe a la célula primaria del goce, se subvierten los sentidos y va cayendo por un túnel inexacto, su cuerpo es la única referencia, las cuatro manos como serpientes le rodean, los dos labios áridos y húmedos le recorren y siente la punzada de la excitación final, la minúscula muerte... Y despierta agitado y confundido.

Sabe que no debería estar todavía en Ciudad, llega el fin, la muerte, pero ella... Lleva un maletín. Aún no lo ha abierto. La desconfianza se tiñe de amargura e indolencia. La carta sigue cerrada pero intuye qué puede haber en su interior. Todo está relacionado: ella, Ciudad, Enmascarado, Escriba. Es posible que en el fondo nada tenga sentido. Que esta ciudad sea como cualquier otra y que ella ya no viva aquí. O puede que todo ocurriera de forma distinta: ¿los encuentros previos son ilusiones y nada es real? Pero, hay algo que no es del todo incierto, como el susurro de una vieja canción de cuna que nunca se olvida. Y esa mínima certeza que es casi una presencia silenciosa, le permite dar sentido y justificar sus intentos de salvar Ciudad.

Es el último día. Mañana todo habrá acabado y todo el mundo lo sabe. Por eso la ciudad está siendo abandonada. Asesino ha mandado rosas amarillas a todo el mundo. Incluso a niños y a mujeres. No sabe a dónde se dirige la gente. Huyen. Huir del destino es imposible e idiota. Pero todos tienen derecho a elegir su propia forma de esperarlo. Y es por eso que la oscura urbe está siendo abandonada y nieva. Es de noche. La oscuridad es lo más parecido a la soledad. El fin de las cosas no parecía que fuese a ser tan vacío. Tal vez triste pero no vacío. Si al menos pudiese sentir tristeza u odio o pena. Pero el vacío es un dragón omnívoro que todo lo absorbe, lo digiere, lo disipa. Y la nada junto al vacío son lo único real que conoce.

El edificio del hostel parece una fotografía en sepia del siglo XIX. Todo es caduco y somnoliento. Hace el ademán de apagar la luz al salir pero no hay electricidad. Alguien ha sacado un colchón al sucio pasillo. Como si pensasen huir con él pero luego hubieran decidido abortar la idea. Se siente la urgencia y el abandono. Y Ciudad, si no recuerda mal, es el primer lugar en dejar de existir. O sólo el único. Todos lo saben y por eso huyen como ángeles migratorios, sin mirar atrás en el viento. Y él ha decidido dar caza a Enmascarado por oscuras razones que casi no recuerda. La memoria, ya se lo advirtieron, va desdibujándose en el Fin del mundo. Y estas calles opacas y desamparadas son los umbrales del último amanecer. Todo acaba ahora y aquí. Nieva y huele a herrumbre.

Son las cinco. Al alba todo habrá acabado. La ciudad habrá sido tomada por el vacío y las sombras, y no habrá marcha atrás. En el horizonte se vislumbran los fuegos cárdenos de la muerte. Él no tiene un plan definido. Se deja llevar por una incierta intuición. Y por los recuerdos, inertes imágenes que se adhieren a su pecho pero con la inestabilidad de la brisa y el recelo. Amor, recuerda amor, amor. Había amor en Ciudad. Sin cerrar la puerta sale a la calle. Se gira. Mira el viejo caserón de siete plantas. La palabra Hostel del cartel es absurda y primitiva. El reflejo de la luna baila sobre el cristal de las ventanas de las habitaciones. Como una luz antigua que una vez brilló, alumbró aquella otra última noche en que todo tenía el sabor inquebrantable de la esperanza.

Camina por las calles solitarias de Ciudad. Su paso es lento y grave. Date prisa, imbécil, es casi la hora, le gritan unos jóvenes bastante borrachos desde un automóvil en marcha. Es el fin, el fin...Aceleran, dan un volantazo y se pierden para siempre. No le importa el tiempo. Va a encontrarla, está seguro. Tiene que adelantarse a Asesino. Mira el reloj. Falta poco más de una hora para el fin de todo. Encuentra un bar. La persiana está subida, la puerta no tiene la llave echada. No encuentra el interruptor de la luz pero la fría luna, ahora más rojiza y brillante, le permite distinguir las botellas. Alineadas en simétricas hileras resplandecen como brillantes, esmeraldas alargadas y zafiros líquidos. Agarra una botella de ginebra, es su desayuno, y se sirve un generoso vaso. El alma le dice que todo tiene un significado y antes de que acabe el mundo hallará las piezas que componen este puzle.

Termina su vaso de ginebra y sale a la calle. El silencio le recuerda su destino. Piensa que podría coger un automóvil y huir. Todavía tendría tiempo. Ciudad está a punto de ser consumida por las inclemencias de un Apocalipsis inminente. El vacío se yergue como una columna de humo sobre la hoguera de su alma gastada. Y él es la base, el centro del que surge una nada que lo consume. Ciudad parece invocarlo, siente el palpito de las calles en su pecho y en la sien. Cree ver una figura en la azotea de un edificio. No se lo piensa dos veces. Sube a la terraza de la torre azul cobalto. Las escaleras lo fatigan. Encuentra cadáveres ensangrentados en las escaleras. Todos portan una rosa amarilla entre sus manos o apretada entre sus dientes.

Está en la azotea del rascacielos. Falta media hora para el amanecer. Para el fin de Ciudad. No recuerda dónde están los demás pero sabe que a salvo. Él, las ratas ciegas de las cloacas y algún pobre solitario son los únicos espíritus que han sido desahuciados por el mundo. No le importa. La esperanza de ella, de su suave sonrisa de flores nuevas se mezcla con el sonrojado horizonte de nubes aplastadas y sangrientas. Fija su mirada en la lejanía. Tras los edificios azulados y agotados el cielo grita en cárdenos destellos. Va a amanecer. Llegan la eternidad y los recuerdos de odio y de amor. Ella le dice que no soporta más el dolor. Está triste y lívida. Te ayudaré, yo te salvaré, le dijo. Pero después la golpeó hasta la extenuación. Amor. No, sólo había odio y rencor. Ella lo odiaba. Él la persigue en las noches de Ciudad. La ata a la cama

con sogas azules y lacera su cuerpo. Ella le mira entornando los ojos vacunos, la mitad de su rostro en carne viva y las sogas azules y recias como el cobalto con las que la ata a la cama de aquella sucia pensión. El recuerdo de muchas noches, meses y años ha sido distorsionado por el ósculo callado de la memoria. La memoria es así, se disfraza y cabalga y encuentra coartadas y subterfugios. Y al final todo son fantasmas. Ella lo odia, y la última carta que le envió no era de amor. Era de odio: abandona Ciudad, no vuelvas a mí. Siente un pinchazo en el pecho. Una intuición demoledora le golpea el cráneo. Abre el sobre y lee la carta final. Todo cobra sentido. Sabía que vendrías en mi busca, esta es mi venganza, aprende tu destino en Ciudad. Sólo tú serás su habitante fantasmal y maldito. Muere. Y la firma de ella, su rúbrica nerviosa de desencanto, fatalidad y venganza. Desaparece de una vez, oye su voz. El maletín está vacío. Un vacío que le embarga y lo posee. Ella lo ha planeado todo minuciosamente. Y él recuerda y comprende que la venganza es merecida. Ella lo ha convocado a asistir a su trágico desenlace. Comienza a clarear, llega el final. Enciende un último cigarro y acepta. Una lágrima acude a inundar su retina. Ha parado de nevar. La extinción lo envuelve y no tiene tiempo de acabar el cigarro. Hay un espejo frente a él y puede ver su rostro...

Escriba interrumpió la lectura bruscamente. Le parecía increíble.

– ¿Qué haces Escriba? ¿Por qué no sigues?

– Sí, debo acabar esta historia, ya casi está, pero...

– Es triste, ¿verdad? Lo percibo en tu voz. Y Escriba dijo que sí, pero que era muy significativa.

He dejado el final sin leer, añade, por miedo a que se cumpla. Os lo mostraré a todos esta misma noche. Tal vez se aclaren muchas cosas. Tal vez Asesino haya llegado a su fin. Los libros que hablan de Ciudad hablan de todos nosotros. ¿Sabías que los espejos sólo devuelven imágenes o sueños de Ciudad?

Todo el mundo lo sabe, respondí. Pero dime, ¿de qué va exactamente ese libro que estabas leyendo?

No lo creerías. Hay cierto aire enigmático en su voz. Casi da miedo. Y continúa: habla de ti y de ella...

¿Cómo es posible? No, no es posible, respondió Enmascarado. Y Enmascarado comenzó a gimotear como un niño que ha perdido a su mamá. Todos supieron de inmediato que la historia era real y que Enmascarado había, por lo tanto, sido testigo de uno de los más tristes finales de Ciudad. Porque, ahora ya sabemos que no hay que dramatizar, que Ciudad muere y renace una y otra vez. En septiembre suelen suceder las reencarnaciones de Ciudad, según tenemos entendido.

Acaba la historia, le dijo a Escriba. Y Escriba retomó el volumen en sus manos, lo abrió por la página final y continuó:

Se miró en el espejo y antes de que Ciudad fuese aniquilada por las rosas amarillas vio la máscara que le observaba desde el otro lado del espejo. Eres tú, Enmascarado. Toda esta historia es tu historia. Ella te busca a ti.

La chimenea resplandece y la leña cruje. Escriba mira a Enmascarado con indolencia. Enmascarado observa los gestos pausados de Escriba y le pregunta: ¿de dónde has sacado ese libro? Creo que te has inventado esa triste historia para hacernos sufrir. Mira, responde Escriba mostrando el libro a Enmascarado. Éste lo agarra con violencia y lo abre por una página al azar: *Ella te busca a ti. La chimenea resplandece y la leña cruje. Escriba mira a Enmascarado...* ¿Qué significa esto? No entiendo nada, Escriba.

Ya veo que no comprendes. Este libro lo escribes tú, es tu historia. Sucede a la vez que tú. Se

modifica con tus palpitaciones. Tal vez, deberías despertar de una vez.

Enmascarado guarda silencio. Dile tú algo a Escriba, creo que miente o que está loco.

¿Con quién hablas? Inquiérese Escriba.

Con él, él es quien busca a la chica... Pero al volver la máscara descubre el sillón vacío y frío. ¿Dónde está él? Ha estado toda la noche aquí con nosotros...

Sólo somos dos. Tú y yo. Has venido aquí porque necesitas respuestas...

Y Escriba se aleja y me deja aquí solo y perturbado. Voy a por un poco de hielo para el whisky, susurra antes de cerrar la puerta tras de sí. Creo que me voy a volver loco. Bajo el anaquel cimbreado por el peso de los libros hay un espejo cubierto por una sábana. Las sombras que arroja la chimenea se contonean como espíritus delgados y diabólicos en busca de la noche. Me acerco dispuesto a mirarme en el espejo, a descubrir la verdad. Agarro la oscura tela y la arrastro con fuerza y creo que el espejo me miente y que no es posible pero ahí estoy yo: yo soy Enmascarado. Yo atravesé Ciudad en busca de ella y yo fui quien la dañé. Ella no me busca, no me necesita. Ella huye de mí. Esa es la razón por la que sólo nos encontramos en confusos sueños. Cuando me llamó por teléfono no me pedía ayuda, me rogaba que me alejase de su vida para siempre. Cuando nos vimos en el puerto la sorprendí. No se extravió entre la multitud, huyó de mi presencia como una sirena perseguida por un ballenero sanguinario. Los lazos azules, yo la ataba para que no escapase de mí... Y ella intentó acabar conmigo, me envió a uno de los finales de Ciudad para que el Apocalipsis colocase el infinito ante mí. Soy un indeseable, dije en voz alta. Y Escriba apareció junto a mí y me tranquilizó. ¿Sabes por qué llevas la máscara? ¿Conoces la naturaleza de las antiguas fotos?

XXV

– *Yo era joven. Aún no conocía la fisura que se tejía entre el mundo y yo.*

Muchos años atrás Enmascarado fue joven. En aquellos días Ciudad era un reciente esbozo de la vida y sus calles gozaban de luz y de esplendor. He fundado un mundo, decía mientras abrazaba a su amada. Ella lo amaba y los días transcurrían inmutables y falsamente simétricos. Como espejos. Pero Ciudad es muy pequeña y un día los amantes se encontraron vacíos y los espejos dibujaron el amor pero todo fue irreal. O eso fue lo que soñé. Antes de ocultar mi rostro con esta máscara yo fui un niño. Yo la amé pero, ¿es suficiente amar? Todo sucedió mucho tiempo atrás. Cuando el tiempo no era una palabra efímera y desquiciada.

Tendría once o doce años cuando empezó. No tenía amigos. Nunca los he tenido. Todos me evitan. Como siempre ha sido así jamás he sufrido por ello. La costumbre es la medicina más eficaz contra la tristeza.

La vida es, ahora lo sé, un acto solitario. Ciudad es soledad. Cuando antes aprendes que estás solo antes comienzas a ser tú mismo. Volvía del colegio y no paraba de pensar en ella. Era rubia y hermosa. Delgada y de piel nívea y limpia. Parecía un ser distinto a todos los demás que poblaban mi mundo. Mis padres, mis maestros y el resto de mis compañeros de clase eran demasiado humanos. Demasiado reales. Ciudad era extrañamente constatable en aquellos días lejanos.

Pero ella era distinta. Era delicada y suave. Parecía deslizarse por la vida como si todo fuese hecho de una materia distinta a ella. Una materia más densa y física. Al contrario que ella, que era más liviana, como la sustancia de los sueños y el amor y las estrellas. A pesar de que éramos niños yo comprendía la certeza de que nunca podría acercarme a ella. Jamás sería parte de su vida, aunque...

Aquella noche ocurrió por primera vez...

Mi madre siempre me escondía de las vecinas. Decía que era para protegerme. Ahora sé se avergonzaba de mí. Casi nunca me permitía salir del sótano si había visitas. Después de cenar y hacer mis deberes me acosté. El sótano era húmedo pero muy tranquilo.

La imagen de ella persistía en mí. Creo que ella fue el desencadenante de todo. O tal vez sólo fue casualidad, no podría saberlo.

Soñé un sótano como el mío. Pero, extrañamente reconocía los matices que lo diferenciaban del auténtico. El armario no era de un gris tan oscuro, ni la ventana tenía una cortina con elefantes verdes. Las cajas de herramientas junto a la escalera habían desaparecido. Las sombras de las cosas eran tenues y vibraban como si reflejasen aguas. Eran pequeños detalles que podrían escapar a la vista de cualquiera. Pero mi sótano lo conocía bastante bien. No me extrañé. Al contrario, el juego de espejos me transmitía tranquilidad. Era consciente de la variación y supe que yo tenía algo que ver. Busqué el cuadro de jirafas y nubes de colores. No existía. En su lugar, en su preciso lugar había un espejo. Las mismas dimensiones, el mismo marco. Pero un vago espejo. Su cristal vibraba como la superficie de un lago. No estaba asustado pero sí inquieto. Salté contra el cristal sin temor y llegué al otro lado del espejo. Era mi sótano pero invertido. Todo quedaba en el lado contrario. El pomo de la puerta, la ubicación de los muebles, las cajas y las letras de los libros se habían girado. Subí las escaleras. Abrí la puerta con decisión, (que extrañamente no estaba cerrada), pero no hallé el habitual y delgado pasillo. En su lugar me encontré un extenso jardín bañado por la luz del sol. Un solitario y vasto olivar se erguía en su centro. Y bajo el árbol, ella permanecía sentada y meditabunda, e iluminada por una luz que las ramas del olivo tamizaban. Pronto advertí que nos hallábamos en un jardín de Ciudad. Vestía un traje blanco. Era de una tela transparente que permitía vislumbrar sus delgados y suaves omoplatos. Me acerqué a ella. Giró la cabeza y me miró. Parecía sorprendida. Como si no esperase encontrarme allí. Al contrario que yo. Yo sí esperaba encontrarla. Incluso la buscaba. Me agaché, toqué su mejilla. Acaricié su cabello rubio y desperté.

Al día siguiente, paseando por Ciudad la encontré. Sentí que me miraba de forma distinta. Sentí que algo había cambiado entre nosotros dos. Antes, nunca me había prestado atención. Ahora aprovechaba cualquier situación para girar la cabeza y observarme. No sabría decir si era curiosidad, miedo o ternura. Sólo sabía que algo había cambiado desde aquel sueño. Un nudo invisible nos unía.

Volví a soñar con ella. A navegar por sus noches. En los sueños prescindíamos de la conversación. Jugábamos, nos mirábamos y bastaba. Ella hacía como que escapaba. Yo la perseguía por las intrincadas avenidas de Ciudad. No precisábamos mediar palabras para comprendernos. Para que el divertimento se trazase de forma natural. El juego es una mentira que inventamos para disfrutar del sufrimiento impunemente.

Todo se reducía a aquel juego extraño y ritual que parecía haberse dado desde siempre. No había extrañamiento como sucede en los otros sueños. Y todo hubiese sido tan normal si no fuese porque era real.

Comencé a amarla. Deseaba que llegase la noche con impaciencia. Mi padre no tenía que propinarme palizas para retenerme en el sótano. Era yo quien, voluntariamente, me encerraba de inmediato tras la cena. Sin replicar. En busca de mi nocturna visita al alma de ella.

Si nos veíamos por Ciudad me evitaba. No hablaba ni se reía como antes. El día no era una continuación de la noche. Como yo hubiese deseado. No. Era una ruptura. Un lugar extraño y luminoso en el que no nos reconocíamos. Y yo sufría. No entendía el porqué. Ahora sé que me

temía y odiaba. Lo que para mí era un simple juego para ella era una pesadilla recurrente. Yo anhelaba el sueño y por eso sucedía. Ella era la víctima. Sufría de forma pasiva mis irrupciones cada anochecer. Sin tregua, noche tras noche la acechaba en sus sueños como una sombra espectral. Zarandeaba su conciencia y la hacía mía. Yo era demasiado joven para entender lo que sucedió. Pero aquel juego de espejos y sombras que se entretrejía en la oscuridad de su alcoba era una locura inacabable que se cernía sobre ella. Y aún no ha cesado...

Una persona normal hubiese acabado perdiendo la razón al instante. Pero ella era fuerte. Cada noche, entraba en sus sueños, viajaba a su submundo y creaba otro nuevo. Lo creaba a mi antojo. Y ella era mi marioneta. Era presa de su impotencia y me dejaba hacer. Y por eso, entonces, no cedió a la locura. Por eso resistió. Era un ser fuerte. Pero no tanto.

Enfermó. Palidecía por días, dejó de comer y de hacer vida normal. Estuvo muy grave. Yo, tan inmaduro, no comprendía la gravedad del asunto. Pensé, equivocadamente, que con mis visitas noctámbulas podría ayudarla de algún modo. La visitaba cada noche. Cada noche. Cada noche.

Sé que ella deseó la muerte. Al principio en los sueños todo era confuso y me engañaba a mí mismo. Con el tiempo aprendí a diferenciar las cosas.

A los años el juego se volvió oscuro. La inocencia pueril de antaño se tiñó de ardor carnal. La deseaba, y en los plenilunios emboscaba su cuerpo y lo hacía mío. Buscaba su boca y sus ojos con mi boca y mis ojos. Azotaba su cuerpo con mis impetuosas caricias de zarpas libidinosas. La despojaba de su inocencia a fuerza de pesadillas tórridas y descarnadas.

Comprendí que ella sufría pero ya era demasiado tarde.

Nadie supo aclarar las causas de su muerte. Ocurrió por la noche mientras dormía. En mis brazos. Tan joven, tan inteligente, tan hermosa. Después de su entierro, aún soñé con ella dos noches más. Pero sólo era un sueño vano. Ella no se movía y su cadáver comenzaba a oler a podrido. Estaba quieta en su ataúd. Sin mover los labios parecía decirme *adiós* o *vete*. No volví a molestarla de nuevo. Y ya mis sueños son sólo Ciudad.

Ahora, en la soledad de la adultez, comprendo que mi rostro ulceroso y desfigurado por malformaciones congénitas era una imagen trágica y horrenda en sus noches. Desde entonces una máscara me protege de esta vida que transcurre en Ciudad. Las noches son solitarias pero el dolor desaparece...

Ahora que he recordado quién soy también puedo deducir quién es ella. Ella no es la nieta de una mujer antigua; ella es el fantasma de sí misma. Ella siempre ha estado aquí. Yo soy Enmascarado y no pretendo proteger a nadie. Ciudad no está en peligro. Asesino, ya sé quién eres. Me miro al espejo y Escriba asiente desde el cristal. Escriba es yo mismo que intenta decirme lo que ambos ya sabemos. Tú, nosotros somos Ciudad. Echo las fotos de ella al fuego. Sé que no volveremos a vernos. Ella descansará en paz. En un rincón del cuarto hay un cesto colmado de rosas amarillas. El brillo del puñal refleja la escena. Sé que cada mujer que ha muerto en mis manos ha sido sólo un intento ciego de acercarme a ella. Ella, el fantasma de cabello rubio y vestido blanco, ha existido alentada por el miedo y la certeza de que en la muerte la encontraría de nuevo. Nunca ha descansado y Ciudad ha trazado caminos y puertas entre nosotros más allá de la vida y el amor. Ahora te libero por fin de Ciudad. Pronunciaré tu nombre y te liberaré de mí.

Antes de que los rescoldos de la póstuma lumbre consuman las amarillas flores de la muerte busco la mirada cómplice de Escriba. Ya no está, sólo el espejo vertical y mudo. Y en él un hombre con una máscara. Recuerdo las tardes que pasé con Escriba. Y descubro que no existen. Intento recordar las hazañas que cada hombre esboza en su imaginario para justificar mi propia existencia. En mi caso se multiplican. He sido Escriba para ejercer de autor de mi propia vida. He

sido Amante para dar sentido a los afectos y las podredumbres que han poblado mi corazón. He sido Ciudadano de un mundo deshabitado y revestido de espejos opacos. Sólo con la intención de abolir la soledad que aqueja el alma frágil de un desamparado. He sido Vigilante para excusar mis pecados. Y sobre todo he sido Asesino para eliminar la bondad que nos vuelve débiles y asustadizos. Sé, ahora un poco tarde quizá, que de todas las existencias que han recorrido mi paso por el mundo ninguna ha sido cierta. Siempre he sido y seré un ser anónimo. Un loco, una amante y un criminal.

Miro al hombre de la careta de nuevo. Quizá la última vez. Su imagen tiembla en el cóncavo espejo avivada por el resplandor de las llamas. Es un desconocido para mí. Parece un dios extraño pero sólo soy yo. Mi nombre permanecerá oculto en Ciudad.

Me quito la máscara y la echo al fuego. En las llamas arden las promesas, el pasado y Ciudad. Porque Ciudad es la región que habita mi alma. Miro al espejo que se empaña con la humareda del fuego. El fuego que se extiende por todas las habitaciones, por todas las casas y por todas las calles de Ciudad. El fuego que recorrerá el mundo y aniquilará todas y cada una de las gentes, de las avenidas, de los monumentos y de las vidas que hay en Ciudad. Es el fin. Y el comienzo. Porque Ciudad es todo. Miro por última vez al espejo.

Y veo el rostro de Asesino que me observa con una mueca de complacencia y orgullo feroz. Veo la faz de los edificios oscuros, el mar salvaje, los laberintos que te vomitan a tu lugar de origen, las personas que olvidan su pasado para empezar una vida nueva. Veo el grito de los perros y las rosas amarillas manchadas de sangre. Veo todos los nombres que callé y el oscuro mapa de Ciudad.

XXVII. ÚLTIMO DÍA EN CIUDAD

Todos somos Ciudad, grito antes de que el fuego me consuma y sin tiempo para revelar mi nombre...